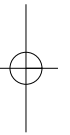




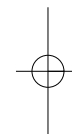
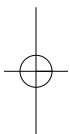
## **Teatro, sainete y farsa**

Raúl González Tuñón, Nicolás Olivari,  
Florencio Parravicini, Pedro E. Pico  
y Alberto Vacarezza



## ÍNDICE

Estudio preliminar .....	7
Dan tres vueltas y luego se van.....	27
Acto 1 .....	37
Acto 2 .....	57
Acto 3 .....	81
Tratado de moral y urbanidad .....	115
Del mismo barro .....	121
Los escrushantes .....	139



## **Estudio preliminar**

Bernardo Carey

### **Los textos teatrales**

La lectura de un texto teatral exige al lector condiciones de aproximación distintas a las de un texto literario. De la misma manera que una persona de nuestra generación posee particularidades distintas a las de la generación que nos precede o que nos sigue, un texto teatral tiene particularidades distintas a las que posee el literario. Por más que el acercamiento parta de una misma premisa: la lectura de un papel escrito.

El texto teatral carece de descripciones y tiene omisiones significativas. Para su comprensión, es tan importante lo que no se dice como lo que se dice. Los personajes son seres humanos en acción, que dicen verdades y mentiras, sin que el autor –el buen autor– lo señale especialmente. Por lo tanto, el espacio para la imaginación y la creación del espectador, en este caso del lector, es vertiginoso.

En este libro, hemos agrupado cuatro obras fundantes del teatro argentino. Cuatro obras inseparables de la ciudad que las vio nacer. Que de alguna u otra manera, alumbran a esa ciudad con una luz crítica que sólo se da en sus propios márgenes, en las orillas más sensibles de la curtida piel de la porteñidad.

Estrenadas entre 1910 y 1940, son un abanico de una teatralidad que en parte, lamentablemente, desapareció y en parte se fue consolidando con el correr del tiempo.

Las primeras piezas que leerán pertenecen al llamado género chico. El complejo de inferioridad que tanto españo-

les como argentinos tenían ante lo “clásico” –que en su mayor parte era realmente “lo desconocido”– hizo que tanto unos como otros otorgaran a sus piezas breves una denominación acorde con su extensión horaria y no con su dimensión artística. Los entremeses de Cervantes serán género chico ante la majestad grandiosa de Calderón, o de las piezas de largo aliento del mismo Cervantes. Sin embargo, es posible hoy leer sin intermediación *El hospital de los podridos* o *La cárcel de Sevilla*, entremeses cervantinos, y no su propia *El cerco de Numancia* o la famosa calderoniana *El gran teatro del mundo* en las cuales la intermediación de director y actores son imprescindibles.

Como lectores, entonces, es decir como espectadores, en suma como público, es que deseamos que se acerquen a esta lectura teatral.

***Dan tres vueltas y luego se van,***  
**espectáculo dramático en tres actos de**  
**Raúl González Tuñón y Nicolás Olivari**

El parque de diversiones es un asentamiento del viejo circo. O, mejor, lo que va quedando del viejo saltimbanqui en las orillas de la ciudad. Cuando los niños y las familias, al caer la noche, desaparecen del parque de la ciudad, llegan los solitarios, las prostitutas, los drogones. El parque adquiere su verdadera dimensión de lugar, de espacio vivo en que el hombre negocia al hombre.

Es el momento en que

Los muñecos se mueven y gritan.  
Cual los otros fantoches de trapo,  
muestran risa, suspiro y sopapo,  
dan tres vueltas y luego se van...

A esos merodeadores, a esos fantoches de trapo que son los hombres se les ofrecerá por un ticket “El secreto de la vida y de la muerte revelados en sólo cinco minutos”. Para eso están los títeres, para eso está la mujer más gorda del mundo, para eso está la mujer partida en dos, para eso está Punk, la alegría de Inglaterra, para eso está Petrushka y Spejel, Arlequina, Colombina y Pantalón y Cien Músculos y el Muchacho del Megáfono y las Tres Viciosas... “¡Ponga veinte centavos en la ranura... y verá la vida color de rosa!”

La ciudad aldea que fue ciudad gringa es ahora ciudad de hijos de gringo. Fuera del parque de diversiones, fuera de la feria ciudadana hay una enorme legión de hombres que viven encendiendo con cuatro ramas un fueguito, a lo largo de las vías, detrás de las dársenas quietas, cerca de los navíos dormidos y miran las estrellas y en su miseria ni siquiera odian, sino que esperan...

La ciudad ha nacido.

***Tratado de moral y urbanidad***  
**de Florencio Parravicini**

Este texto pertenece a un género, el monólogo, muy arraigado en el teatro popular, especialmente cuando ese monólogo es cómico. El teatro traduce en esas ocasiones y en ésta especialmente, situaciones genéricas vividas por la sociedad en su conjunto y que el emergente artístico pone de manifiesto.

Los tratados de buenas costumbres aparecen en los momentos en que las sociedades tienen cambios profundos en su manera de posicionarse en el mundo, cuando las gentes arriban en forma multitudinaria a comportamientos de vida distintos a los de sus padres. ¿Cómo comportarse en

sociedad? Desde cómo agarro el cuchillo hasta cuál es el paso de baile preferido, son protocolos de cortesía hacia nuestros semejantes y esos protocolos tuvieron su máxima expansión cuando la sociedad campesina se convirtió en urbana.

La aparición de las grandes capitales en el siglo diecinueve convirtió en chanza pública, en monólogo cómico en nuestro caso, la perplejidad campesina hecha a los grandes espacios sumida en los espacios reducidos del empedrado y la mampostería. Hubo que crear las normas. El teatro popular se encargó de ridiculizar el costado absurdo de la norma, aunque ésta sea, fundamentalmente, un paso adelante en la construcción de la convivencia humana.

El texto de Parraviccini, desde el besuqueo de manos con que los cortesanos reales chupeteaban otrora los roñosos deditos principescos que sólo se enjuagaban al término de una comida grasienta hasta los codos, y que en 1910 las modernas normas de higiene cloacal antidiféptica obligaban a depositar en el guante que encubre las manitas, rebosa humoradas que juegan con la cortesía de la higiene obsesiva ante el descubrimiento microbial.

***Del mismo barro, brochazos de la mala vida porteña de Pedro E. Pico***

Esta pieza breve no se refiere a otra cosa que a la grasa de las capitales, al decir de Charlie García en su época de Serú Girán, o a lo que alude Bertolt Brecht en sus textos *En la espesura de las ciudades* y *Apogeo y caída de la ciudad de Mahagonny*.

Pico arma una breve historia de amor y redención en un rincón de la quema de basura, en el límite entre Parque de

los Patricios y Nueva Pompeya conocido a principio del siglo pasado como Barrio de las Ranas o Pueblo de las Latas. Ranas por el croar de estos batracios al caer la noche sobre las lagunas de las tierras bajas cercanas al Riachuelo y Latas por el ranchaje y casuchería con que sus habitantes combinaban latas y cajones en curiosa arquitectura.

Arrullados por el cercano Tren de las Basuras que cargaba su bazofia de desperdicios y escorias palaciegas en Rivadavia y Loria y se deslizaba lentamente como un gusano ahíto por esta última, luego por la hoy “cortada” Oruro y, finalmente, por las calles Dean Funes y Zavaleta hasta el centro mismo de la historia de amor, entre operadores de desperdicios, “cirujas” –apócope malevo de “cirujano”– y “ranunes”, vivillos del desamparo, hombres y mujeres tatuados por el hambre y empujados por la necesidad.

La historia de amor, como toda historia escénica de la época, galopa hacia el melodrama pero lleva en su lomo la libertad de los hombres para elegir su destino.

***Los escrushantes, sainete lírico en un acto y tres cuadros de Alberto Vacarezza***

Pieza ganadora del Primer Premio de zarzuela en el Concurso de 1911, organizado por el Teatro Nacional de Pascual Cavallo, aparece como significativa del género chico o “zarzuelismo criollo” por la marcada influencia que ejerce sobre ellos su similar hispano. Denigrado por la crítica, este género permite, sin embargo, apartar la mirada teatral del “criollismo”, de la moda de los estancieros fracasados, de la mojiigata reivindicación “campera” que atosigaban la escena llamada “cultura” y que no eran otra cosa, al decir de la sociología, que:

la reivindicación del mito gaucho por las clases sociales que se enorgullecían de su ascendencia europea, su cultura francesa y sus vínculos ingleses que para diferenciarse de la masa inmigratoria denigraban la ciudad “gringa”.

*Los escrushantes* es la ciudad gringa, es el testimonio de la desaparición de la Gran Aldea. *Los escrushantes* no es sólo pintoresquismo y “comedia dell’arte” como se ha dicho. Ni siquiera, en el mejor de los casos, simple prólogo, escalón, para la aparición del sobredimensionado “grotesco criollo”. *Los escrushantes* es la misma ciudad gringa, nuestra ciudad en estado puro. Amamantado por las zarzuelas españolas como “La gran vía”, de Felipe Pérez y Federico Chueca, que entusiasmó a Nietzsche, el sainete y nuestro emergente *Los escrushantes* configuran la nueva ciudad, la ciudad de “El crisol de razas”, la ciudad de los 5.000 conventillos.

El escrushe o escruche es una forma de delinquir en el que el ladrón “escracha”, violenta, las puertas de las casas o de los edificios para penetrar y robar.

El dinero, la guita, la menega, es el valor de cambio que la ciudad usa, que está en las manos, en los bolsillos, en los roperos de sus habitantes y que el ladrón, romántica venganza de los que no tienen nada, apropiará, aun a la fuerza, con escruche.

Esta es la historia de sus pasiones y de sus traiciones porque

Cantémosle a la guita  
que eso es lo principal.  
Cantémosle a la guita  
que es ella quien nos da  
consuelo y alegría,  
amor y libertad.

Pero en el sainete los ladrones, además, se roban entre sí. Maleantes de baja estofa y ladrones de alta escuela disputan el “toco” y las mujeres. Historia de traiciones y triunfos, de abandonos y consuelos, *Los escrushantes* es una de las piezas más ricas del teatro nacional.

## Los autores

### Nicolás Olivari (1900-1966)

Nació en Buenos Aires en el mes de septiembre del año 1900. Fue el cuarto hijo de Carmen Canale y del marino Juan Bautista Olivari. Se dedicó a la literatura y al periodismo. Formó parte de la legendaria redacción del diario *Crítica*.

Si bien escribe por igual cuento, novela, teatro y es redactor periodístico, su fuerte es la poesía. En aquellos años veinte, años de vanguardias, la poesía era capaz de crear agravios irreparables: por algunos de sus versos es echado del grupo literario de “Boedo” por Elías Castelnuovo y Leónidas Barletta quien, pese a todo, años después, dirigirá algunas de sus obras.

*La musa de la mala pata*, publicada en 1926 es a nuestro juicio un libro fundamental para la literatura argentina y ciudadana porteña. Fue coronado como poeta maldito y se lo comparó con Lautréamont. Uno de sus poemas dice, por ejemplo:

No salgas los domingos de tu cueva,  
hazlo a la noche pegado a las paredes,  
—ocupando el menor sitio posible en el mundo—  
para que la vida no te descubra  
y no te escupa.

O, por ejemplo:

Muchacha...  
Abullónate los rizos delante del espejo,  
—quizás ganes sesenta pesos al mes—  
la miseria te obligará a mostrar la hilacha,  
escucha este consejo:  
entrégate a un burgués.

Pero la ironía cínica no excluye una mirada humanista, compasiva, una sensualidad que ama a la vida. En un reportaje que le hicimos en 1959, en la ex Radio Municipal de Buenos Aires, nos dijo sobre la porteñidad:

Se insiste demasiado en el aspecto delictivo... Se ha abusado del compadrito, del duelo a cuchillo, de la venganza, de la vida disipada; se ha pintado hasta el exceso un Buenos Aires lleno de riesgos, de personajes tortuosos, de miserias, de bravuconadas y delitos. Buenos Aires también fue manso, quieto, hasta aburrido. He conocido el amor simple de la calle, el baile inofensivo del club de barrio, las inundaciones, la manga de langostas...

Sabía que la ciudad como el hombre que la habita, es corrupta y gloriosa.

Además de *La musa de la mala pata* publicó los poemas de “Carne al sol” (1922), “El gato escaldado” (1929) y “Pas de cuatro”. Su primer libro de prosa fue *La mosca verde* (1933), cuyo primer cuento, que le da título, es una pieza de antología. En el mismo año publicó agudas apostillas cinematográficas bajo el título *El hombre de la baraja y la puñalada* (1933). Más tarde publica *Diez poemas sin poesía* (1938), *Los poemas rezagados* (1946) y *Los días tienen frío* (1958) y también *Un ne-*

*gro y un fósforo* (1959), *El almacén* (1959) y *Mi Buenos Aires querido* (1966) cuyos originales entregó al editor Jorge Álvarez dos días antes de morir.

Sus obras de radioteatro más populares fueron *El morocho del Abasto* (1948), *El galleguito de la cara sucia*, en colaboración con Roberto Valentí, y la adaptación del clásico de Eduardo Gutiérrez *Hormiga negra* (1950).

De *El morocho del Abasto* hizo una versión para cine (1950) con Rolando Chaves y dirección de Julio C. Rossi. También escribió el guión de la película *El puente* (1950) dirigida por Carlos Gorostiza y Arturo Gemmitte sobre la obra teatral homónima de Gorostiza. Participó fugazmente como actor en *Los emigrantes* (1948) con Aldo Fabrizi, *Ave Ninchi* e Iván Grondona, dirigida por Aldo Fabrizi y en *El tango en París* (1956) con Jorge Vidal, Emilio Vieyra y otros, dirigidos por Arturo S. Mom.

En teatro ha estrenado sus obras *La pierna de plomo* (1935), *Tedío* (Teatro del Pueblo - 1936), *El regreso de Ulises* (Teatro La Cortina - 1955), *La seca* en colaboración con Pedro E. Pico. Junto a Enrique González Tuñón estrena *Un auxilio en la 34* y con su hermano Raúl *Dan tres vueltas y luego se van*, que integra este volumen, estrenada en 1958 (veinticinco años después de haber sido escrita), en el teatro “La Máscara”.

Integró la Junta Directiva de ARGENTORES y también uno de los sillones de la Academia Porteña del Lunfardo lleva su nombre. Murió en septiembre de 1966. Vivió de septiembre a septiembre.

### Raúl González Tuñón (1905-1974)

Nació en el barrio porteño de Once, en la calle Saavedra 614, entre México y Chile, cuando todavía había baldíos. La ca-

sa “chorizo” tenía dos patios, siete hermanos, dos padres inmigrantes jornaleros, dos tías, dos abuelos y un níspero que daba frutos fuertes y dulces.

Oyó cantar “La internacional” en la plaza del Once y se deslumbró con la lectura de *Los Miserables* de Víctor Hugo. En 1921 entró a trabajar al vespertino *Crítica* junto con su hermano Enrique.

El ejercicio del periodismo le posibilitó la realización de numerosos viajes en una época en que el traslado a países lejanos, en vapor, era privativo de las emigraciones o de las aristocracias burguesas. “El periodismo –dijo– me dio la oportunidad de viajar, de contemplar la vida”, como decía su admirado Roger Bacon. Hizo honor así a su personaje poético: “Juancito Caminador”. Escribe en París *La calle del agujero en la media*, es corresponsal de guerra en el Chaco Paraguayo, viaja en los primeros aviones de línea a Río Gallegos donde reside un tiempo escribiendo notas y poemas. En un circo de la Patagonia conoce al prestidigitador Johnny Walker. Tenía el nombre de su marca de whisky favorita. Sería uno de sus amigos más entrañables. Luego se radica en Madrid. Junto a André Gide, Henry Barbusse, André Malraux, Luis Aragón, Ana Seghers, Jean Cassou, César Vallejo y otros, participa en el Primer Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura. Forma parte de la defensa de Madrid durante la guerra civil y escribe el poema “La muerte en Madrid”. Parte desde Bélgica en un buque de carga. Vive en Chile. En 1953 viaja a Moscú, luego se traslada a Pekín y conoce Uzbekistán.

En los intervalos de sus viajes, participa del movimiento de las vanguardias literarias de la segunda y tercera década del siglo pasado, nucleadas alrededor de las revistas “Inicial”, “Proa” y “Martín Fierro”. Equidistante de los grupos de “Boedo” y “Florida” estima que sus diferencias han sido fraguadas con motivos extraliterarios. Tenía conciencia de que

cambiar la sociedad es algo más que lo que pueden conseguir las escuelas de arte, pese a sus artefactos irreproducibles que produzcan.

Eminentemente poeta, uno de los más grandes poetas argentinos, escribió, además, varias obras de teatro: *El desconocido*, *Reunión a medianoche*, *La cueva caliente* y, en colaboración con el poeta Nicolás Olivari *Dan tres vueltas y luego se van* que integra esta selección.

Escribió crítica de artes plásticas en el diario *Clarín* del que se retiró en 1970. Murió en agosto de 1974, después de entregar el poema “Ahora y en la hora de Víctor Jara, amén” dedicado al poeta chileno asesinado por la dictadura de Pinochet.

Ningún poeta ejerció tanta influencia en la poesía de Buenos Aires como Tuñón.

### **Florencio Parravicini (1876-1941)**

Actor y dramaturgo, llegó a ser el primer “capocómico” argentino. Descendiente de una familia aristócrata italiana, desde 1840 acomodada en la burguesía terrateniente argentina, despilfarró fortunas cuantiosas en andanzas por el Viejo Mundo hasta que la necesidad y su simpatía lo llevó un día a buscar en los escenarios de variedades parisinos una manera de subsistir.

Bajo el seudónimo de “Flo” explotó primero sus condiciones de avezado tirador al blanco que había practicado con garzas, chajás y avestruces en la fronda magnífica de la plaza Vicente López, otrora quinta paterna de fin de semana donde, también en la sala de armas, ensayaba monólogos incoherentes, al decir de Enrique García Velloso, su principal libretista.



Mal estudiante, abandonó su casa a los 14 años para participar en la revolución del 90. Fundió un par de negocios. Se casó por una tropilla de caballos con una india araucana llamada Quipé. Residió seis años en Europa. Se hizo aviador, tuvo el “brevet” N° 2 de la aviación argentina, fue campeón de automovilismo, domador de leones y concejal de su ciudad natal, Buenos Aires.

Reputado tirador, ingenioso monologuista bajo su seudónimo, pudo trabajar a escondidas de las iras familiares con su compañía Les Parravicini. Cuando las iras fueron aventadas Flo se presentó ya como “Mr. Parravicini, tirador sobre blanco-humano, y Harris, tirador cómico, su ‘partenaire’”.

En 1904 debutó en el Concierto Varieté, un barracón de la calle Rivadavia con consumición obligatoria de bebidas alcohólicas, donde primero fue un tirador que mediante ciertos balazos soltaba los broches que sostenían el vestido de la mujer que servía de blanco humano. Después fue comediante sustituto en un piquete teatral dirigido por Carlos Colletti.

Pero fue en el Roma, un peringundín de la calle 25 de mayo, entre Corrientes y Lavalle, zona por entonces de marineros y prostitución, llamado pomposamente “teatro”, donde en el salón principal, entre el humo de los cigarros y el chocar de las tazas con bebidas, Flo hacía un espectáculo “sui generis” diciendo cosas demasiado alegres y divertidas, incluso para ese público. La municipalidad ya había amenazado al propietario con el cierre del teatrillo, si seguía en ese tono subido. Florencio era el as del género libre.

De ahí pasó, ya como actor, a la legendaria compañía de José Podestá donde el 8 de octubre de 1906, en el afamado Teatro Apolo estrena *El Panete*, sainete de Ulises Favaro con música de Antonio Podestá. Luego constituyó su primera compañía con la que el 14 de noviembre de 1907 estrena en el teatro Argentino de Buenos Aires *Fruta Picada* de Enrique

García Velloso, con la dirección de Ezequiel Soria para reponerla en Madrid el 7 de marzo de 1913.

La crítica académica, bien pensante, que aproxima el teatro más a un pacato elitismo universitario que a la rijosidad popular, diría de su debut:

El señor Parravicini acciona en el escenario con desenvoltura exagerada. Tiene completo dominio de sí mismo y su desenfado de hombre acostumbrado a actuar y mirar cara a cara al público –y aun a imponérsele– no desagrada por cierto a éste, que le celebra estrepitosamente gestos y palabras. Del señor Parravicini ha de salir un actor cómico apreciable si sabe aplicar con moderación y tino sus cualidades, desdenando por subalternas, ciertas exageraciones que pueden hacerlo caer en la bufonada. Bueno es decírselo con tiempo, para que no llegue a extraviarse.

No me den consejos, habrá pensado Flo. Un prócer de esta crítica moralista, don Mariano G. Bosch dice de Flo:

Hubo en su vida más de un momento en que pudo imprimir rumbos de dignidad a su actuación de artista: pero su mala tendencia le arrastraba: convertía en caricaturales todos los papeles que le encomendaban, como si padeciera de una enfermedad de lo grotesco.

En fin.

Su compañía estará en el teatro Argentino durante más de quince años con obras propias, como *Melgarejo* y *Music Hall*, y de los más significativos dramaturgos rioplatenses como García Velloso, Ezequiel Soria, Juan A. Bejarano, Carlos M. Pacheco, Belisario Roldán, Eugenio Gerardo López, Alberto Vaccarezza, Ricardo Hicken, Rafael José de Rosa, Ar-

mando Discépolo, Francisco Defilippis Novoa, Alberto Novión, etcétera.

Escribió argumentos para cine como *Hasta después de muerta* (1916) dirigida por los pioneros camarógrafos Ernesto Gunche y Eduardo Martínez de la Pera.

Como actor participó también en el mejor cine de la década de 1930: *Los muchachos de antes no usaban gomina* (1937), *La vida es un tango* (1939), dirigidas por Manuel Romero, *El diablo con faldas* (1938), dirigida por Ivo Pelay, y otras.

Se suicidó de un escopetazo en la cabeza la mañana del 25 de marzo de 1941, después de desayunar.

### **Pedro E. Pico (1882-1945)**

Nacido en un hogar pudiente y culto de la provincia de Buenos Aires, fue a estudiar derecho a la Universidad porteña. La actividad teatral de la bulliciosa ciudad en crecimiento se apodera del joven provinciano que alterna sus estudios, para horror de su familia, con la vida bohemia y la escritura teatral. Estrena, entonces, en el teatro Apolo en 1901, a los 19 años, su primera obra, *La polca del espante*, protagonizada por José Podestá y dirigida por Ezequiel Soria. Luego estrena *Para eso se paga* y en 1906, junto a Carlos García Pacheco, *Música criolla*, con música de tango del italiano Nicola Patrefusque. Por fin, en 1907, se recibe de abogado, como deseaba su familia.

Obligado a asumir su título profesional se radica en Santa Rosa de Toay, La Pampa, entre expedientes, juicios y militancia política en el incipiente socialismo, en oposición a los sectores tradicionales. Funda un centro socialista y el periódico *Germinal*. Se convierte en abogado de la Liga Agraria, en defensa de los pequeños propietarios y arrendatarios. En

cabeza la huelga que los agricultores realizan en 1912. Su militancia logra el primer triunfo socialista en provincias y llega a ser concejal. Es un “ilustrado” que embate al conservadurismo local.

Mientras tanto, fiel a la vida intelectual a la que había despertado durante su vida de estudiante, produce numerosas piezas teatrales, dentro de un naturalismo costumbrista, aunque sin dejar de lado apuntes de sátira y melodrama, como *Tierra virgen*, *San Juancito de Realicó*, *Pasa el tren*, *Trigo gaucho*, *La seca*, *Pueblerina* y *La novia de los forasteros* su obra más emblemática junto a *Las rayas de la cruz*.

Regresa en 1918 a Buenos Aires y de inmediato estrena dos de sus producciones. La primera, *La verdad en los ojos*, en el Teatro Corrientes por la compañía de Camila Quiroga y la segunda, *Pasa el tren*, boceto en un acto, que retrata la huelga de los peones explotados por los dueños del ferrocarril, la otra cara de la moneda del progreso. Escribe obras cercanas a las temáticas porteñas como *Usted no me gusta, señora*, *Querer y cerrar los ojos*, *Caray, lo que sabe esta chica*, *Yo quiero que tú me engañes* y *La luz de un fósforo*.

Su cultura personal le permitió traducir a Molière y a Goldoni y su actitud siempre alerta a los cambios sociales lo impulsó a la radio y al cine, donde fue guionista y adaptador, entre otros, de los filmes: *Con las alas rotas* (1938), original de Emilio Berisso, con Mecha Ortiz, dirección de Orestes Caviglia; *La luz de un fósforo* (1940), con Severo Fernández y Pepita Serrador, dirección de Leopoldo Torres Ríos; *Cándida millonaria* (1941), según su propia obra de teatro *Querer y cerrar los ojos*, con Niní Marshall, dirección de Luis Bayón Herrera; *La novela de un joven pobre* (1942) con Hugo del Carril, dirección Luis Bayón Herrera; *Juvenilia* (1943) original de Miguel Cané, con Elisa Christian Galvé y José Olarra, dirección de Augusto César Vatteone; *El diablo an-*

*daba en los choclos* (1946) con Luis Sandrini, dirección de Manuel Romero. Sin embargo, no figura como tal en la reseña de guionistas-literatos relacionados con el cine, escrita por David Oubiña.

*Agua en las manos* fue su obra póstuma estrenada en 1951 en el Teatro Versailles por la Compañía de Arturo García Buhr.

Fue fundador y presidente de la Sociedad Argentina de Autores y encabezó las luchas gremiales por el cobro del arancel del 10% de la entrada. Murió el 12 de noviembre de 1945.

### Alberto Vaccarezza (1886-1959)

Figura emblemática del llamado “sainete porteño”. El sainete es en sus orígenes españoles, como hemos visto, una breve pieza cómica con personajes populares; su nacimiento hay que buscarlo en los “pasos” y “entremeses” del Siglo de Oro y tanto en España como en América cobra nuevo vigor con el “género chico” de fines del siglo XIX.

Vaccarezza, que nació el 1° de abril de 1888, modificó la reducida duración del sainete otorgándole una estructura dramática tradicional –crisis, desarrollo, culminación y desenlace–, acercándolo en su anécdota e intriga a la comedia “bien hecha”. Escribió más de doscientas piezas teatrales.

Originario de las orillas porteñas, casi la pampa en esa época, cercano al arroyo Maldonado, hoy entubado bajo el pavimento de la avenida Juan B. Justo, Vaccarezza acogió a su vera a vagos, a taitas y a percantas que hablaron un inventado lenguaje teatral, pintoresco, vaccareziano, que con el tiempo vagos, taitas y percantas reales adoptaron como lenguaje natural. La realidad imitó al teatro y no hubo atorran-

te de arrabal que para ser tal no tuviera que adoptar el su-puesto lenguaje popular de este artista creador.

Además de su contribución al idioma de los argentinos, dio a la escena nacional obras de envergadura que demostraron sus cualidades de auténtico dramaturgo como *La casa de los Batallán*, *Los cardales*, *Lo que le pasó a Reynoso*, *San Antonio de los Cobres*, *El último gaucho*, *Tu cuna fue un conventillo*, *La otra noche en los corrales*, *El cabo Rive-ro*, *Verbena criolla*, *Juancito de la Ribera*, *El conventillo de la Paloma* y *Los escrushantes*, su obra inicial que figura en esta antología.

Fue menospreciado por la crítica académica de su época: Alfredo Bianchi trata a su obra *Don Pancho Varela* de “malísima comedia en tres actos del señor Alberto Vaccarezza y que no nos explicamos por qué oculta razón pudo elegirla para su beneficio el primer actor don Pablo Podestá” o en otra ocasión: “El género gauchesco, afortunadamente, ha estado este año (1917) en decadencia. Estas obras netamente criollas, *nacionalistas*, en el peor concepto del vocablo, antiextranjeras, que quieren hacernos creer que en el gaucho y en sus virtudes se encuentran todas las bellezas del alma nacional, estuvieron representadas (por suerte) por sólo dos obras: *La casa de los Batallán* drama de Alberto Vaccarezza y *La inundación*, drama también, de Rodolfo González Pacheco.

La crítica académica y universitaria actual lo ha revalorizado, como Osvaldo Pellettieri que pone de manifiesto

su clara conciencia de artista popular, su defensa de las características festivas del sainete y, especialmente, su carácter de *arma*, que el autor usaba con el fin de justificarse, de defenderse de las críticas de un campo intelectual que le era hostil y que lo había colocado en una posición marginal.

O como Nora Mazziotti que destaca:

Vaccarezza se adentró en la cultura popular. Mostró de ella, las costumbres, el lenguaje, los festejos tal como él los sentía; por ello logró la comunicación instantánea con el receptor.

Escribió letras de tango, zambas y estilos. Pusieron música a sus versos compositores populares como Francisco Canaro, Enrique Delfino, Raúl de los Hoyos, Juan de Dios Filiberto y Mariano Mores. Más de una decena de sus temas fueron grabados por Carlos Gardel a quien despidió, como único orador, en el entierro de sus restos en febrero de 1936.

Fue Presidente de la Casa del Teatro y ocupó varias veces la presidencia de ARGENTORES. Murió el 6 de agosto de 1959, postrado de una larga enfermedad, mientras daba los últimos retoques a su pieza *Barrio Norte*.

## Bibliografía

- BIANCHI, Alfredo, *Teatro Nacional*, Buenos Aires, 1920.
- BIANCHI, Alfredo, *Veinticinco años de teatro nacional*, Buenos Aires, 1927.
- BOSCH, Mariano G., *Historia de los orígenes del Teatro Nacional Argentino y la época de Pablo Podestá*, Talleres Gráficos Argentinos Rosso, Buenos Aires, 1929.
- CASADEVALL, Domingo F., *El tema de la mala vida en el teatro nacional*, Kraft, Buenos Aires, 1957.
- CERRETANI, Arturo, “Pedro E. Pico y su pasión coloquial”, en *Revista de Estudios de Teatro*, núm. 5, t. II, Buenos Aires, 1962.
- Cien años de cine*, Editorial La Nación, 2 t., Buenos Aires, 1996.
- Enciclopedia de la literatura argentina*, dirigida por Pedro Orgambide y Roberto Yahni, Sudamericana, Buenos Aires, 1970.
- FOPPA, Tito Livio, *Diccionario Teatral del río de la Plata*, Argentores-Carro de Tespis, Buenos Aires, 1961.
- FRANCO, Lily, *Alberto Vaccarezza*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1975.
- GALLO, Blas Raúl, *Historia del sainete nacional*, Buenos Aires Leyendo, Buenos Aires, 1970.
- GARCÍA Velloso, Enrique, *Memorias de un hombre de teatro*, Kraft, Buenos Aires, 1942.
- GIOVANNONNI, Nélica Carmen, *El teatro de Pedro E. Pico*, Fundación Caja Nacional de Ahorro y Seguro, Buenos Aires, 1987.
- GUIBOURG, Edmundo, “Pedro E. Pico”, prólogo a *Caray, lo que sabe esta chica* y *Yo quiero que tú me engañes*, Eudeba, Buenos Aires, 1965.

- KOREMBLIT, Bernardo Ezequiel, *Nicolás Olivari, poeta unicaule*, Deucalión, Buenos Aires, 1957.
- LLANES, Ricardo M., *El barrio de Parque de los Patricios*, Cuadernos de Buenos Aires XLII, Buenos Aires, 1974.
- MARCÓ, Susana; Posadas, Abel; Speroni, Marta y Vignolo, Griselda, *Teoría del género chico criollo*, Eudeba, Buenos Aires, 1975.
- MAZZEI, Ángel, “La modalidad expresiva de Pedro E. Pico”, en *Revista de Estudios de Teatro*, núm. 11, t. IV, Buenos Aires, 1970.
- MAZZIOTTI, Nora, Estudio preliminar a *El conventillo de la Paloma y San Antonio de los Cobres*, Kapelusz, Buenos Aires, 1982.
- MIZRAJE, María Gabriela, Estudio preliminar a *El hombre de la baraja y la puñalada*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2000.
- OLIVARI, Nicolás, “Recuerdo y emoción de don Alberto Vaccarezza”, en *Barrio Norte*, Argentores-El carro de Tespis, Buenos Aires, 1969.
- ORDAZ, Luis, Prólogo a *Desde Caseros al zarzuelismo criollo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1980.
- PELLETTIERI, Osvaldo, Estudio preliminar a *Teatro*, t. I, de Alberto Vaccarezza, Corregidor, Buenos Aires, 1993.
- PODESTÁ, José J., *Medio siglo de farándula*, Río de la Plata, Buenos Aires, 1930.
- POSADAS, Abel, Prólogo a *Bohemia criolla y otros sainetes*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1980.
- SALAS, Horacio, *Conversaciones con Raúl González Tuñón*, La Bastilla, Buenos Aires, 1975.
- SEBRELI, Juan José, *Crítica de las ideas políticas argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2002.
- SOSA Cordero, Osvaldo, *Historia de las variedades en Buenos Aires 1900-1925*, Corregidor, Buenos Aires, 1978.

- SUÁREZ Danero, E. M., *El sainete*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1970.
- TIEMPO, César, *Florencio Parravicini*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.
- YÁNOVER, Héctor, *Raúl González Tuñón*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1962.
- ZAYAS de Lima, Perla, *Diccionario de autores teatrales argentinos 1950-1990*, Galerna, Buenos Aires, 1991.

## **Dan tres vueltas y luego se van**

Espectáculo dramático en 3 actos,  
divididos en 1 prólogo y 7 cuadros

Raúl González Tuñón y Nicolás Olivari



## Declaración de los autores

Los autores de esta obra, escritores cuyos libros merecieron juicios de críticos eminentes; colaboradores de importantes publicaciones de Hispano América, Francia y España; ex miembros de agrupaciones inolvidables, como: *Martín Fierro, Proa, Argentina, Hoy Argentina, Poesía y Contra*; premiados en concursos literarios, etc., hacen la siguiente declaración:

El teatro nacional está regido por gente bastante cordial –cuando necesitan del elogio periodístico en los diarios en que trabajamos–. Pero cuando se trata de corresponder a sus proclamadas intenciones de elevar el nivel artístico de su teatro, cierran los cordones de su bolsa y dicen: “Por aquí, no”.

Esto que afirmamos puede explicar la humilde decisión de editar *Dan tres vueltas y luego se van*, antes que estrenarla. Somos escritores de libros y volvemos al libro, fracasadas nuestras esperanzas de contemplar nuestra obra en un escenario del teatro oficial. Nosotros creemos todavía que la poesía, el arte, puede y debe interesar al pueblo. El éxito de García Lorca, constructor de poesía teatral, refuerza nuestra opinión. Pero así no piensan los directores artísticos que todavía creen que para ser autor teatral hay que dejar de ser escritor.

Como el conflicto es grave, decidimos tener razón nosotros, como es natural, publicando nuestra obra. Con eso dejamos constancia de la frenética estupidez del teatro nacional, decidido a velar hasta el fin el cadáver de su teatro.

De todas maneras esta obra será representada oportunamente por la compañía del Teatro del Pueblo, en donde los

escritores argentinos han encontrado, por fin, el escenario adecuado a su desinterés y a su pasión. Lo único que lamentamos, por ellos, no por nosotros, es que el hecho de ser escritores leídos, poetas premiados, con algún prestigio en el país y en el extranjero, constituya el obstáculo insalvable para estrenar nuestra obra en un teatro oficial. Lo que vendría en cierto modo a apurar la agonía de ese teatro putrefacto, vencido por el cinematógrafo, que ni siquiera tiene la habilidad instintivamente comercial de cambiar de rumbo para aliviar su agonía.

Hete aquí como, para la futura historia literaria del país, será patente de burro el haber permanecido dentro del teatro, sin asomarse nunca, ni por curiosidad, a la literatura.

En general, al escritor que no es retórico ni pomposo no se le toma en serio. Yo tampoco he tomado en serio a mucha gente.

PÍO BAROJA

Uno odia a los bandidos, como tiene que odiar a todos los mercenarios. Sin embargo, muchos de ellos son unos desgraciados, malos bichos engendrados por el mal bicho del mundo.

MICHAEL GOLD

## Personajes

JUAN PAOLUS

URSULINA, su mujer

EDERY, su hija

MARCUS

DAN, EL SENTIMENTAL

ALIAS, EL PRESUMIDO

CIEN MÚSCULOS

LOBO

EL POLÍTICO INFLUYENTE

LA PINTADA

EL PERSEGUIDO

EL ANGÉLICO

EL ENDIABLADO

} Los 3  
duendes de  
la droga

EL TITIRITERO

MONSIEUR DIABLO

LOS 4 SINIESTROS Y ALEGRES FERIANTES

EL LECHUZA

EL SERENO

EL SECRETARIO

LA DACTYLO

EL EMPLEADO

EL MUCHACHO DEL MEGÁFONO

LOS 3 VICIOSOS

LAS 3 VICIOSAS

LOS 2 ACCIONISTAS

DOS DE LA BANDA DE GROSBY



UNO

OTRO

MUJER

ENFERMERO

BORRACHO

EL DE LA MÁSCARA

Diversos tipos de la feria, y viciosos, mozos, jugadores, marinero, pagador de ruleta.

Izquierda y derecha, las del espectador

*En Buenos Aires o cualquier otra ciudad importante del mundo burgués. Sin embargo, determinados personajes visten de una manera arbitraria y realizan, como los demás, un tipo más bien indefinido, dentro de los años 1900 y 1934, en consonancia con el clima, muy especial, de la farsa.*

## Prólogo

*Antes de levantarse el telón, sale de la concha del apuntador un actor con máscara y recita este poema:*

### VALS DE LA FERIA

No veréis la emoción de la feria  
que el rumor de los puertos traspasa,  
no veréis con su traje de gasa,  
viento breve, la antigua ilusión.

No veréis los humildes feriantes  
ni a Rolando el Furioso en persona,  
ni a la carpa del circo de lona  
que cantara Olivari o Tuñón.

Veréis sólo la auténtica cara  
de la auténtica feria del mundo,  
extraída del pozo profundo  
donde ya naufragó el corazón.

Aquí lucen su triste fracaso  
los que corren detrás de Fortuna,  
así puede que al verlos, de paso,  
os alcance y os baste con pan y aceituna.

Sabréis de la historia corriente  
De Paolus, prestigioso vecino,

el hombre que miente, y consiente  
a medida que engrosa el tocino.

Y de Úrsula, que era Ursulina,  
y de Ederly, un sueño de pluma,  
y de Marcus y Dan Esterlina,  
y del opio que el duende se fuma.

Muchos otros, antiguos y diestros  
en el viejo tinglado del teatro.  
¡Cuidado con ellos! bandidos siniestros  
y feriantes alegres los cuatro.

Mientras sigue minando las almas  
el dinero que todo subvierte  
el helado espadín de la muerte  
hace tiempo que al mundo mondó.

Los muñecos se mueven y gritan  
y la farsa alborota el tinglado.  
Hace tiempo que ha comenzado  
la tremenda descomposición.

Los muñecos se mueven y gritan.  
Cual los otros fantoches de trapo,  
muestran risa, suspiro y sopapo,  
dan tres vueltas y luego se van...

## Acto primero

### Cuadro 1

TITIRITERO, MONSIEUR DIABLO, LA PINTADA, UNO, OTRO,  
MUJER, PAOLUS, EL MUCHACHO DEL MEGÁFONO,  
*Diversos tipos de la feria.*

*La escena oscura. Se oye una musiquilla característica de circo, mezclada a algunos trozos del Saint Louis Blues. Este motivo se repetirá, más apagado, varias veces durante el desarrollo de la obra. Rumor de feria. Se ilumina la escena: entrada a cuatro teatrillos de novedades de una feria de plaza. De izquierda a derecha: una puerta con cortina roja y un gran letrero arriba: LA MUJER MÁS GORDA DEL MUNDO. Le siguen tres puertas –cortinas azul, amarilla y negra– con estos letreros: LA MUJER PARTIDA EN DOS; TEATRO DE TÍTERES; EL GABINETE DEL DIABLO. A la entrada del pasillo izquierda un aparato con ranura, de esos de postales pornográficas. Frente a la tienda TEATRO DE TÍTERES, el Titiritero, con una varita y un bonete, y frente al GABINETE DEL DIABLO, Monsieur Diabolo, con capa negra y rostro ridículamente maquillado. Pasan durante todo el cuadro, diversos tipos, está iluminada con lamparillas multicolores.*

TITIRITERO (con voz chillona): ¡Pasen a ver los muñecos de Praga! ¡Pasen a ver a Orlando el Furioso, Guignol, Spejel, Kasperek, Hurvineck y Kasperle! (Se detienen cinco curiosos frente a su tienda. Entran dos. Los otros siguen.) ¡Muñecos italianos contra muñecos franceses! ¡Muñecos

alemanes contra muñecos rusos! ¡La guerra, señores, la gran conflagración mundial que está próxima!

MONSIEUR DIABLO (*voz sombría y lenta*): ¡Le cabinet de Monsieur Diabló! ¡La cabinet de Monsieur Diabló! ¡Le cabinet de Monsieur Diabló!... (*Otros curiosos se agolpan. Entra uno.*) El secreto de la vida y de la muerte revelado en sólo cinco minutos. Pasen, señores... Aquí no hay cuento. Le cabinet de Monsieur Diabló... Le cabinet de Monsieur Diabló... Le cabinet, cabinet, cabinet...

(*Un marinero y un borracho se turnan frente a la máquina de postales. Ríen y siguen. Simultáneamente pasan curiosos y dialogan Titiritero y Monsieur Diablo.*)

MONSIEUR DIABLO: Esto va peor cada día. Nadie se deja engañar. ¿Quién cree en la Flor Azteca y en la mujer partida en dos?

TITIRITERO: Muchas tiendas han cerrado este mes.

MONSIEUR DIABLO: Hay que dar otra cosa a la gente. Algo moderno, emocionante y veloz. Conoce los secretos más endiablados y los más sutiles trucos.

TITIRITERO: Además el público es muy estúpido. En París, la gente también sabe que se engaña, pero se deja engañar con gusto.

MONSIEUR DIABLO: Porque es gente, amigo mío, que tiene un sentido poético de la vida. He recorrido el mundo y no conozco una ciudad de menos imaginación, de menos espíritu de aventura, de menos sentido poético que ésta. (*Transición. A los curiosos.*) ¡Le cabinet de Monsieur Diabló! ¡Le cabinet, cabinet, cabinet!...

TITIRITERO: ¡Aquí están los títeres y al lado la mujer más gorda del mundo, y al lado la mujer partida en dos! Entre a cualquier tienda y saldrá conforme. ¡Ponga veinte centavos

en la ranura de esa máquina y verá la vida color de rosa! ¡Pasen a ver a Spejel, Kasperek y Hurvineck! ¡Los muñecos que dan tres vueltas y después se van! Como en la vida...

MONSIEUR DIABLO (*mientras grita Titiritero*): Le cabinet... cabinet... cabinet...

TITIRITERO: ¡A Punch, alegría de Inglaterra! ¡A Petrouschka, terror de la tierra! ¡A Spejel, héroe de la guerra! Dan tres vueltas y luego se van... (*Los curiosos observan, ríen y siguen. Por pasillo derecha entra La Pintada, tipo de mujer que hace la calle. Un poco envejecida.*)

LA PINTADA: ¡Aló, Diabló!

MONSIEUR DIABLO: Hola, Pintada... ¿A estas horas por acá?

LA PINTADA: Sí. Trabajo a destajo. (*Ríen.*) No hay más remedio.

MONSIEUR DIABLO: ¿Quieres pasar?

LA PINTADA: ¿Dan plata, adentro? De otra manera, ¿vas a engañarme a mí también?

MONSIEUR DIABLO: Es la fuerza de la costumbre. (*Ríe.*) ¿Qué dices?

LA PINTADA: Sólo puedo contarte penas, mi querido. Nuestros negocios andan mal.

MONSIEUR DIABLO: Has dicho bien: nuestros.

LA PINTADA: Nos han salido competidoras de categoría, entre las señoras...

MONSIEUR DIABLO: ¡Ajá!

LA PINTADA: Y entre las otras que tampoco son señoras...

Me refiero a las de los cafetines de la ribera. Los clientes entran, beben, oyen música, cantan, y después pasan a los reservados del sótano. Todavía no encontré a nadie hoy, que quiera pasar un rato conmigo... ¿Vienes?

MONSIEUR DIABLO: ¿Te diriges a mí?

LA PINTADA: Ah, es la fuerza de la costumbre... He mudado veinte veces de hotel. Voy al más inmundo, donde cam-

bían la sábana cada mes... Hay chinches, ratas, y hasta murciélagos...

TITIRITERO (*tratando de hacer funcionar la máquina*): Por sólo veinte centavos verán la vida color de rosa.

MONSIEUR DIABLO (*a La Pintada*): Chinches, ratas y murciélagos... ¡Como en mi gabinete!

LA PINTADA: Exactamente.

MONSIEUR DIABLO: Aquí tampoco hacemos un peso. Y encima hay que desgañitarse horas y horas. Preferiría ser tú...

LA PINTADA: No lo digas ni en broma... Si supieras lo que dice este papelito que tengo en la cartera y que me dieron esta mañana en el laboratorio... (*Titiritero vuelve a su puesto.*)

MONSIEUR DIABLO: Vamos a ver. ¿Qué dice ese papel?

LA PINTADA (*siguiendo a un obrero que la ha mirado y sale por derecha*): No lo digas a nadie... (*Marcando el mutis.*) Dice: “Se observan espiroquetas”... (*Sale por derecha. Pasan otros tipos.*)

MONSIEUR DIABLO: ¡El secreto de la vida y de la muerte revelado en sólo cinco minutos! ¡El gabinete del misterio!

TITIRITERO: ¡Pasen a ver a Policinela, Arlequín, Colombina y Pantalón! ¡Títeres pasatistas contra títeres modernos!

UNO (*viene por izquierda. A Monsieur Diablo*): ¿Qué pasa ahí dentro?

MONSIEUR DIABLO: Ahí dentro pasan cosas tremendas y misteriosas.

UNO: Vine a divertirme... No a ver cosas tremendas. (*Segue y sale. Otro y una mujer salen de la tienda de títeres.*)

OTRO: Cuando tenía dos años ya representaban estas pavadas.

MUJER: Llévame a la Oruga o al Tipi Tapi. Es emocionante, querido...

OTRO: Sí, vamos. (*Salen.*)

TITIRITERO (*a Monsieur Diablo*): Y así todos.

MONSIEUR DIABLO: Hay que inclinarse ante la evidencia.

TITIRITERO: Quieren lo violento, lo epidérmico, el tren, la oruga, el auto-pista, el aeroplano, el speedway, el box, el disco de la risa.

MONSIEUR DIABLO: Sí. Ya no se interesan por los experimentos, los fantoches. Cuanto menos trabaje la imaginación, mejor.

TITIRITERO: En todo caso prefieren los fenómenos.

MONSIEUR DIABLO: Así se estrellen... (*Súbito.*) ¡Le cabinet de Monsieur Diabló! Le cabinet, cabinet, cabinet... (*Se oye un silbato de barco. Pasa La Pintada del brazo del obrero y ambos salen por izquierda.*)

TITIRITERO: ¡Aquí la gracia del Burratino!

MONSIEUR DIABLO (*siguiendo a La Pintada con los ojos, murmura*): Se observan espiroquetas...

(*Se oye, más cerca, la musiquilla. Entra Juan Paolus por izquierda.*)

PAOLUS (*viste un traje negro, con chaleco de fantasía y corbata negra voladora. Patillas. Galera marrón. Tipo de actor de ópera cómica en desgracia. Voz cambiante. Gestos impulsivos*): ¿Qué tal, señores?

TITIRITERO: ¿Cómo vamos, señor Paolus?

MONSIEUR DIABLO: ¿Qué ha visto en la recorrida, don Juan?

PAOLUS: Estimados señores, poca cosa. Se han hecho muy escasas entradas.

TITIRITERO: Aquí también.

PAOLUS: Y ahora, tan luego, cuando necesito más dinero para pagar los aparatos que subalquilo. Dinero... Siempre dinero.

MONSIEUR DIABLO: Hay cada día menos interés por estos trucos.

PAOLUS (*bruscamente*): ¿Qué dices, estúpido? ¿Menos interés? Las máquinas que yo alquilo son la última novedad. ¿Me oyes? La última novedad... En los parques de diversiones, en los salones de novedades, en los barracones de la ribera, aquí, en la feria, están mis aparatos más modernos. Lo que pasa es que las cosas iban mejor cuando yo atendía personalmente una tienda.

MONSIEUR DIABLO (*indulgente*): Lo reconozco, lo reconozco.

PAOLUS: ¡Ah!... ¡Ah!... ¿Lo reconoces?... ¿Qué hace Cien Músculos sin entrenarse? ¿Qué hace Dan con sus gastadas canciones? ¿Qué hace Marcus con sus idioteces idealistas? ¿Qué hace el Presumido con su propaganda y su ambición? ¿Dónde está el alma de la feria? ¿Qué hacen ustedes?... ¿Qué haces tú? ¡Puerca retórica! ¡Ridículo sonsonete!

TITIRITERO: Calma, señor Paolus...

PAOLUS: ¡Calma! ¿La he tenido alguna vez? (*Pausa breve.*) ¿Qué he hecho de mi mujer? Una cosa triste y sombría. ¿Qué haré de mi hija?... Ah... Pero yo buscaré dinero para ella, bajo tierra... Bajo tierra... (*Bruscamente.*) ¡Yo les enseñaré a vocear! (*Toma la capa de Monsieur Diablo y el bonete y la varita del Titiritero y en un esfuerzo grotesco va y viene por la escena. Los curiosos pasan, ríen y salen.*) ¡Aquí señores! Aquí están la gracia y el misterio... Dios se asombraría como en el segundo día de la creación... (*Frente a la máquina. Titiritero y Monsieur Diablo lo miran compasivamente.*) Aquí señores, la vida vale la pena... ¡Es color de rosa!...

...“y no se inmute amigo, la vida es dura, con la filosofía poco se goza. Si quiere ver la vida color de rosa... ¡eche veinte centavos en la ranura!”

(*Frente al Gabinete.*) ¡Entre al gabinete del Diablo!... Pase un momento de miedo profundo y luego... (*Frente a La mujer más gorda, etc.*)

“...qué lindo es ir a ver la mujer,

¡la mujer más gorda del mundo!...”

(*Frente a la tienda del Titiritero.*) ¡Entren al ver el furor de Rolando y la gracia del Burratino!... Muñecos a mano, muñecos a mano... Muñecos a hilo... Muñecos a hilo. ¡A Punch, alegría de Inglaterra! ¡A Petrouschka, terror de la tierra! ¡A Spejel, héroe de la guerra!... (*Se le cae la capa y la recoge; rápido. Ya son pocos los curiosos que pasan. Entra el Muchacho del Megáfono seguido, por una multitud.*)

EL DEL MEGÁFONO: ¡El gran match de hoy!... ¡Bill Cascarilla, el devorador de hombres de Oklaoma, contra el triturador de peñascos del Cañón del Colorado!... ¡Impresionante match a doce rounds! (*Sale seguido por todos los curiosos, repitiendo el estribillo. Paolus, angustiado.*)

TITIRITERO: Es una prueba...

MONSIEUR DIABLO: Está como loco... Pobre Paolus.

PAOLUS: ¡Aquí señores, aquí! (*Desesperado.*) ¡La gracia el misterio, aquí!... ¡La gracia y el misterio!... Aquí, señores... La vida es dura... (*Va hacia la máquina.*) Diviértase individualmente... Eche veinte centavos en la ranura... (*Echa una moneda.*) Con la filosofía poco se goza... Si quiere ver la vida color de rosa... (*Se inclina para ver, da vueltas a la manivela y se vuelve.*) ¡Eche veinte centavos en la ranura! (*Está solo, completamente solo.*)

TELÓN

**Cuadro 2**

URSULINA, PAOLUS, EDERY, PRESUMIDO, DAN,  
MARCUS, CIEN MÚSCULOS, LOBO,  
LOS SINIESTROS Y ALEGRES FERIANTES.

*Interior de una tienda de artículos para ferias de novedades y teatrillos. Puertas laterales; puertas al foro, al lado de una gran vidriera por donde se ve un pedazo de calle. En la escena, diseminados, diversos objetos. En primer término derecha un gran negro boxeador con pantaloncito rojo, y un puching-ball, idéntico a los que suelen verse en el Paseo de Julio. En primer término izquierda una silla eléctrica con un muñeco. A ambos costados máquinas con ranuras, aparatos de experimentos fantásticos, etc. Grandes cartelones grotescos en las paredes, del tipo de los del cuadro anterior. Junto al negro una mesa y tres sillas. Papeles sobre la mesa. En escena Ursulina, y Paolus que viene de la calle.*

URSULINA (*resignada, triste, aparenta más edad de la que tiene.*

*Está sentada, arreglando un fantoche grande*): ¿Qué gritabas?

PAOLUS (*entra poniéndose el saco*): ¡Parece mentira! Tremendos muchachotes, y yo, a mis años, tengo que ayudarlos a cargar el camión. ¡Siempre mostrando a los otros de lo que es capaz la voluntad de un hombre!

URSULINA (*Paolus se sienta cerca, limpiándose la frente con un pañuelo*): Hace días, Juan, que te noto de un humor endiablado...

PAOLUS: ¿No he de tenerlo? Todo va mal... (*Pausa.*) A veces pienso para qué me habrás hecho seguir eso que llamabas con aires de evangelista, el “buen camino”.

URSULINA: No empieces, Juan.

PAOLUS: Déjame ahora terminar... (*Pausa.*) Úrsula. Ursulina... (*Amoroso y convincente.*) Perdóname, pero no tenemos en qué caernos muertos. Mis sueños de monopolizar los salones de novedades se viene abajo. La gente no responde, y yo, más que nunca, necesito dinero. (*Pausa.*) ¡Ah, cómo es de lindo!... Crujen los billetes con ruiditos de besos... Tienen siempre una mujer gorda y hermosa, estampada, los billetes. ¡Vieras cómo son los de quinientos, Ursulina, azulados, azulados!... ¿Sabes? Como la llama del ponche... Y los de mil... ¡Ah, los de mil son rosados, rosados como un infante! ¡Ah... para nuestras heridas, esas vendas!...

URSULINA: Siempre piensas en el dinero.

PAOLUS: Sí, siempre. Miente quien diga que en este mundo la felicidad puede ser completa sin él. Y no digo la felicidad, en fin, la vida cómoda y tranquila. (*Bruscamente.*) Cuando me sacaste de la mala vida para llevarme por tu dichoso buen camino, cuando ibas tú misma a recogerme a los bares, borracho perdido, cuando me defendiste de adversarios y policías como una leona, ¿cuál era mi verdadero drama? ¡El dinero! El drama de todos los hombres, de la mayoría... De los capitalistas y de los asaltantes. Después vislumbré una especie de felicidad. ¿El amor lo era todo? Tal vez. Pero al tiempo tu vientre floreció... Y me diste a Ederly. Me diste una hija. Y otra vez la necesidad imperiosa del dinero. ¿Dinero para quién? ¿Para ti, resignada y sin ambiciones? ¿Para mí, trotacamino fracasado? No, no. Dinero para Ederly... Conseguí darle cierta educación... Tal vez hice mal, pues provoqué su imaginación. Y ahora necesitamos dinero. Dinero para Ederly que es la primavera de la vida...

URSULINA: Ella es feliz. Sus sueños son limitados. Se casará, como se casan todas, y tendrá hijos y olvidará sus tonterías de muchacha.

PAOLUS: ¡Ah, no como todas, no como todas! Además, ella no es feliz. Sueña, y sus sueños no son limitados. Ha heredado mi temperamento, enfermizo, si quieres. Sueña con éxitos, con viajes, con fiestas. Tiene veinte años gloriosos y maduros. Ya no es la niñita asustadiza y torpe que temblaba ante los títeres. Ahora es ella la que quiere moverlos...

URSULINA: Paolus, ¿qué dices? (*Deja el muñeco y lo observa. Entra Ederly, que viene de la calle.*)

EDERY (*alborotada, alegre*): Buenas tardes, mis viejos, buenas tardes. (*Contestan.*) ¿Qué caras son esas? ¿Por qué esa tristeza (*exaltada*), cuando mi corazón está alegre como la tarde llena de cielo? Oh, papá. ¡Qué hermoso es el puerto!

PAOLUS (*a Ursulina*): Sueños limitados... (*Sonríe.*) Tú lo has dicho...

URSULINA (*de pie, iniciando el mutis*): Tú paseando, Ederly, y yo arruinándome los dedos con este muñeco... (*Con dulzura.*) Aún me faltan algunos, pero no se aflijan. Sigán conversando. (*Mutis por lateral izquierda.*)

EDERY: ¿Qué le pasa a mamá?

PAOLUS: Nada. Sigue tu cuento, hermosa mía. (*Ederly se sienta sobre sus rodillas.*)

EDERY: Oh, papá, qué bello es el puerto. Se me figura una ventana abierta al maravilloso espectáculo del mundo. (*Con exaltación creciente.*) A un costado, los blancos molinos harineros, los perros vagabundos, los corchos podridos que flotan, los vendedores de frutas con sus canastas olorosas a madrugada de mercado, las locomotoras, los puentes y las grúas. Al otro lado los barcos, los barcos con banderas de todos los países de la tierra.

PAOLUS: ¡Ajá!

EDERY (*como soñando, casi recitando*): ¡Marineros chinos, marineros ingleses, acordeones arrastrando su melancólico gusano por las proas felices; gaviotas que planean sobre la comba de las popas, y los barcos, los enormes, los pesados, los fantásticos barcos llenos de adioses y retornos, sabios de todos los vientos y de todas las rutas! (*Se oye el silbato prolongado de un barco.*) ¿Has oído? Parece un milagro... Pero, oye, papá...

PAOLUS: Te oigo, pequeña.

EDERY: ¿Imaginas lo que hay más allá, más allá, más allá todavía?

PAOLUS (*como a un niño*): Sí... España... Francia... Inglaterra... El Alcázar... Notre Dame... El Támesis...

EDERY: ¿Y qué más? ¿Y qué más?

PAOLUS: Italia... Rusia... Florencia... El Kremlin...

EDERY: Y algo más, algo más. ¿No has oído hablar de palmeras gigantes, de extraños pájaros, de banjos y ukeleles lloviendo su música sincopada sobre los caminos azules que nacen y se pierden en los mares cálidos? Oh, Samoa... Papeete... ¿No has oído hablar de Samoa, la isla misteriosa del Océano Pacífico? ¿Conoces algo más delicioso que una isla?

PAOLUS (*mimándola*): Sueñas, te pones tonta...

EDERY: Perdóname. He andado con Dan por el puerto y Dan conoce mucho mundo. Él me habló de esas islas.

PAOLUS: ¡El muy cursi!

EDERY: ¡No, papá! ¿Es cursi soñar con barcos, con horizontes, islas y palmeras? (*Pausa.*) Tú debes conocer un restaurant que se llama "Primero y Último". Allí fui con Dan. Pedimos vino y pan y jamón. Y en el mantel quedaban los redondeles del vino. Pero tuve una verdadera fiesta cuando dos norteamericanos con tipos de fogoneros se pu-

sieron a cantar un blues. ¿Conoces los blues? Blues quiere decir tristezas... Tristezas de esto, tristezas de aquello... Tristezas del lavadero, tristezas del perro amarillo... (*Asombro en Paolus.*) Sollozos y deseos de los negros... Y, sin embargo, algo agradable, una como íntima alegría. (*Pausa.*) Papá... Yo tengo blues en el corazón.

PAOLUS: Y viruta en la cabeza... (*Ríen.*)

EDERY: De cualquier manera. (*Pausa.*) Oye, ¿no podremos viajar algún día?

PAOLUS: Tal vez. Quién sabe.

EDERY: ¿Por qué no haces lo posible por ganar algún dinero? Bastante. Por ejemplo (*medio en serio medio en broma*): ¡esta habitación llena de dinero!

PAOLUS (*ríe*): Sí, sí, me gusta... Esta habitación llena de dinero... Rosados como tus mejillas... azules como la llama del ponche...

VOZ DE URSULINA: ¡Edery! ¡Edery!

EDERY: Es mamá.

PAOLUS: Debe necesitarte.

EDERY (*inicia el mutis*): No lo olvides, papá. Tú podrás hacerlo... (*Sale.*)

PAOLUS (*va oscureciendo poco a poco. Paolus contempla sus aparatos, los mueve*): Dinero... Una habitación llena de dinero... (*Entran Los Siniestros y Alegres Feriantes: cuatro absurdos individuos con caras afiladas y espectrales. Cuellos altos, largos sacos negros, sombreros de copa; los cuatro idénticos. Ríen y se mueven como muñecos. Paolus retrocede, sorprendido; permanece de espaldas al público, un poco encorvado, en el centro de la escena.*)

LOS SINIESTROS Y ALEGRES FERIANTES (*a un tiempo*): Las cosas andan mal señor Paolus. (*Risa cortada.*)

FERIANTE 1° (*los cuatro muy rápidamente uno tras otro*): Somos los siniestros

FERIANTE 2°: y alegres feriantes

FERIANTE 3°: tus absurdas máquinas

FERIANTE 4°: no son las de antes.

LOS CUATRO A UN TIEMPO: ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

FERIANTE 1°: Nadie entra a tus tiendas

FERIANTE 2°: ya nadie se engaña

FERIANTE 3°: tus trucos fatigan

FERIANTE 4°: tus muñecos cansan.

LOS CUATRO A UN TIEMPO: ¡Ajajá jajá!

FERIANTE 1°: Inventa otra cosa

FERIANTE 2°: no nos des la lata

FERIANTE 3°: prepara la soga

FERIANTE 4°: tienes mala pata.

LOS CUATRO A UN TIEMPO: ¡Ajajá jajá!

(*Retroceden riendo y desaparecen mientras se va haciendo la luz y Paolus parece despertar de una pesadilla. Se enciende un foco en la calle y entra luz de la vidriera.*)

PAOLUS (*corre a la puerta*): ¡Hambrones! ¡Bandidos! ¡Canallas! ¡Ramo de malditos!

(*Mientras gesticula aparece sorprendido en la puerta, que está abierta desde el principio, el Presumido.*)

PRESUMIDO (*frío, elegante, canallesco*): ¿Se siente mal? ¿Qué le pasa?

PAOLUS: Nada, nada. (*Repuesto.*) ¿No has visto salir a unos espantapájaros de aquí?

PRESUMIDO: Se los habrá tragado la tierra. Yo no he visto a nadie. (*Se encoge de hombros.*)

PAOLUS: ¡Esos canallas!... (*Se sientan.*) ¿Qué novedad traes, Presumido?



PRESUMIDO: El doctor Lobo me ha llamado otra vez. Insiste en venir a verlo para tratar definitivamente el asunto. Yo creo que tenemos que apurarnos, antes de que otro nos gane de mano... Si usted ordena, voy en su busca. Por las dudas, ya avisé a los camaradas para que presenciaran la entrevista. Desconfío de Marcus.

PAOLUS: ¿Saben que se trata de un negocio ilícito?

PRESUMIDO: Por los otros, no hay cuidado. Dan hace lo que se le ordena, Cien Músculos es muy ambicioso. Pero Marcus rechaza toda idea de delito.

PAOLUS: No podremos pasarnos sin él. Tenemos que hacer una trenza de ocho.

PRESUMIDO: Cien Músculos es bravo. Yo, no me quedo atrás. Por otra parte, ¿es grande el riesgo? No lo creo. Hay que atacar y defenderse. Vivimos en la época del asalto. Atacaremos nosotros y pegaremos dos veces.

PAOLUS: Lo ves todo muy claro, muy fácil.

PRESUMIDO: Piense maestro, que se nos va la vida... Y no ha ocurrido nada todavía.

PAOLUS: No ha ocurrido nada...

PRESUMIDO (*convinciente*): ¿Y acaso va a rechazar usted una oferta como esa? Es el dinero... el porvenir... la aventura, en todo caso.

PAOLUS: Veremos. Habrá que pensarlo bien. Por lo pronto, busca a Lobo.

PRESUMIDO: Está bien. (*Desde la puerta.*) Ahí vienen los muchachos. Ojo con Marcus, Paolus. Nada de concesiones. (*Sale. Se le ve pasar por la vidriera, donde tropieza con los otros.*)

(*Entran Marcus, Cien Músculos y Dan, el Sentimental.*)

LOS QUE ENTRAN: Buenas tardes.

¿Qué tal, Paolus?

Buenas.

PAOLUS: Hola, muchachos. Los esperaba. (*Se sientan todos.*)

MARCUS (*es un hombre alto, sano, taciturno, descuidado, supuesto romántico. Rostro sufrido y noble.*): ¿Ha pasado algo?

PAOLUS (*un poco receloso*): No, va a pasar.

CIEN MÚSCULOS (*un gigante brutal y vulgar, de rostro torvo y ojillos torcidos*): Cualquier cosa debe pasar, viejo. Hay que hacer algo para salir de la miseria. Si no, me volveré a Marsella, a pelear con los rufianes. Es preferible eso, a discutir con la estúpida gentuza de las ferias.

DAN (*ingenuo, enfermizo, femenino, atildado y tímido*): ¿Es que las cosas andan mal, verdaderamente?

CIEN MÚSCULOS: ¡No, que van a andar mal! Andan peor, idiota.

MARCUS: ¿Otra vez los insultos? Parecen niños. Mal educados, naturalmente.

PAOLUS: Si empezamos peleando, no nos pondremos de acuerdo nunca.

CIEN MÚSCULOS: ¿Cuál es la novedad?

PAOLUS: Presumido me ha dicho que el doctor Lobo insiste en su propuesta.

MARCUS: No sé hasta qué punto le conviene aceptar una propuesta de ese mal sujeto, que me sospecho indigna, y abandonar todo esto que ha sido su vida desde hace tantos años. ¿Y doña Ursulina? ¿Y Ederly?

PAOLUS (*molesto*): No prejuzgues. No sabes aún qué es lo que se propone Lobo.

MARCUS: Lobo es un pillo vulgar. Usted mismo lo decía antes. Un traidor que se acomodó doblando la espalda y delatando a sus amigos.

PAOLUS: Las cosas han empeorado.

MARCUS: Prefiero la tienda, me quedo con las máquinas y los títeres, cuya nobleza supera a la de muchos hombres, antes que con el comité, la antesala del caudillo, y todo ese engranaje sucio que traba, que ofende la vida del hombre más o menos puro y libre.

PAOLUS: ¿Qué destino sueñas?

MARCUS: Nuestro origen continúa siendo misterioso para usted. Nos encontramos un día, y nos unimos sin hablar. Nuestro destino es más misterioso todavía.

CIEN MÚSCULOS: No chiches, Marcus. Te queda bien el mote de “equivocado”... Me hartan tus sermones.

DAN: Calla, hombre. No te metas en lo que no te importa.

CIEN MÚSCULOS: En cuanto a ti, Sentimental, también me hartan tus canciones.

PAOLUS: Calma, muchachos. Son ustedes algo así como mi pandilla. Yo los he recogido en el campamento de desocupados, ¿no es eso? No quiero echar nada en cara, pero... No tenían ni casa ni pan... Y vivían sobresaltados por la policía. No quiero echar nada en cara, pero por mis años, y aquella actitud para con ustedes, merezco algún respeto... ¿Estamos?

CIEN MÚSCULOS: Eso es, patrón.

DAN: Le agradecemos.

PAOLUS: Y nos repartimos lo poco que ganamos.

CIEN MÚSCULOS: Justo.

PAOLUS: Y yo no quiero separarme de mi pandilla. Pero las cosas andan mal. Tus pesas, Cien Músculos, ya no asombran ni a los niños. Tus canciones, Dan, no atraen a la gente que vive prendida de los aparatos de radio. Marcus, tu monotonía y tu tristeza espantan a la gente. Presumido, por su parte, fracasa en la propaganda. Es codicioso, piensa en otra cosa... La gente es partidaria de los juegos mecánicos y nuestro negocio es un desastre.

DAN: ¿Ya no interesa la poesía?

CIEN MÚSCULOS: Bah... Ni a las mujerzuelas.

MARCUS: ¿De qué se trata, Paolus?

PAOLUS: ¡Caramba!... Del negocio que propone Lobo.

MARCUS: No lo conozco bien.

PAOLUS: Creo que ahí vienen.

*(Entran Presumido y el doctor Lobo, de la calle.)*

LOBO *(tipo afectado, ridículo, diabólico. Usa bastón y galera gris)*: Buenas tardes, camaradas.

PAOLUS *(ofreciéndole una silla)*: Hola, Lobo. Hace años que no te veo. Eres el mismo, aunque me han dicho que has progresado.

LOBO: Se hace lo que se puede, maestro, lo que se puede. Los tiempos cambian. Todos cambiamos. Sólo usted sigue igual que antes y yo estoy empeñado en cambiarlo.

CIEN MÚSCULOS: Esto me interesa.

PAOLUS: Explica a los muchachos qué es lo que quieres de nosotros.

LOBO *(tose)*: Al grano. Paolus, usted tiene un gran ascendiente entre la gente del bajo. El barrio ha cambiado a su vez. Hoy es un hervidero. Todas las pasiones humanas desembocan en sus calles, y los buscavidas de todas las categorías, legales e ilegales –es decir, ilegales– anidan en sus casas viejas o flamantes. Usted es ambicioso y vive soñando con acumular dinero para asegurar su felicidad y la de su hija. Lo acompañan estos hombres, hábiles y temidos como usted, más fuertes y más jóvenes y más ambiciosos, tal vez. Bien. A y B les ofrecen la gran oportunidad. Se trata de que usted, Paolus, se ponga al frente de un club llamado de Media Noche, donde se bebe y se juega y adonde concurren hombres y mujeres de todas las capas so-

ciales. Pero ese club servirá de pretexto para la venta de toda clase de alcaloides... (*Sorpresa; gesto de asco en Marcus.*) No hay ningún peligro. A y B son dos capitalistas que consiguen drogas de contrabando, en gran escala. La clientela ya está hecha y todo el mundo “tocado”. Entra en juego un político influyente. Ya ven. Me parece todo muy simple. Ganaremos mucho dinero.

DAN: ¿Y por qué, precisamente, nos eligen a nosotros?

LOBO: Y... la audacia, la ambición, el ascendiente de que hablaba.

DAN: ¿Entonces hay peligro? Creo que un tal Grosby tiene una casa...

PRESUMIDO: Bah...

LOBO: La audacia, la ambición... y el dedo en el gatillo, es claro. Pero impunemente...

PAOLUS (*como abstraído*): Impunemente...

MARCUS: ¡Qué asco! ¡Envenenar a la gente!... (*A Lobo.*) ¿Cómo se atreve a proponernos semejante porquería?

LOBO (*ofendido*): Pero, ¿estamos o no entre caballeros?

PAOLUS (*mientras Presumido y Cien Músculos miran a Marcus furiosos*): Nuestros trucos también engañan a la gente.

MARCUS: Pero no la envenenan... ¡No, delincuentes de ese tipo, no!... ¿Tenemos realmente hambre?... Y aun así... Nos haríamos ladrones... Desvalijaríamos las casas, atracaríamos... Es preferible eso... Asaltar al primer peatón... Pero por hambre, por desesperación, no así, fríamente, cínicamente, sistemáticamente, vendiendo veneno... No, prefiero los titeres.

PAOLUS: Y la miseria.

MARCUS: Ya los veo ricos y podridos por dentro. Porque habrá que matar, habrá que ir rodando, rodando, del contrabando a la mafia, a la delación, al crimen... No, prefiero los titeres.

PRESUMIDO: No se hace un peso...

MARCUS: Sí, es distinto... Yo no entro en esa siniestra combinación... Fui siempre libre. Quedé sin trabajo y Paolus me ayudó. Pero eso no me ata. Hagan ustedes el negocio. Yo seguiré solo aquí, hasta que pueda salir, volver al camino, de donde vine...

LOBO: Literatura barata. (*Despreciativo.*) Barata.

PAOLUS: Marcus...

PRESUMIDO: Déjelo...

CIEN MÚSCULOS: Allá él con su honradez. Prefiero irme a Marsella, si no realizamos el negocio.

DAN: Es muy doloroso lo que pasa.

MARCUS: Recuerde, Paolus... Antes que el dinero, está Ursulina. Está Edery.

PAOLUS: Es por ellas...

MARCUS: Se engaña. ¡Miente, miente! Es por el sucio dinero. (*Encogiéndose de hombros.*) Volveré a hablar con usted acerca de esta tienda. Será mejor que su señora y Edery, queden conmigo. (*Sale por el fondo.*)

PAOLUS (*con cierta tristeza*): Marcus, no te vayas... (*Lo sigue.*) Quédate con nosotros, comparte nuestros riesgos.

CIEN MÚSCULOS: ¡Cobarde!

PRESUMIDO: Volverá al campamento de desocupados.

DAN: Todo es muy doloroso, muy doloroso.

PAOLUS (*reaccionando*): Bien, Lobo, trato hecho.

LOBO: ¡Magnífico! Ni una palabra más. Debo irme ahora a comunicar la buena nueva.

PRESUMIDO: Lo acompaño, doctor.

LOBO: Eso es. Arreglaremos los últimos detalles.

DAN: Vamos nosotros, Cien Músculos. Ya es hora.

CIEN MÚSCULOS: Vamos.

PAOLUS: Hasta luego.

TODOS: Hasta luego.

Hasta mañana.

Adiós, Paolus. *(Salen por el fondo. Se les ve pasar, por la vidriera.)*

PAOLUS: Envenenar a la gente... Bah. *(Pausa.)* Debo contarle todo a Ursulina. Querrá acompañarme. ¡Mejor! ¡Qué se va a quedar con Marcus aquí!... Marcus... La vida le enseñará... ¿Quién tiene razón? *(Pausa.)* Ederly no sabrá nada... Le hablaremos de una casa de juego... autorizado. *(Contempla sus aparatos. Apaga la luz.)* Dinero... viajes... *(Cierra la puerta; de la calle, entra débilmente la luz a la escena.)* ¡Pero, algún día... se sabrá! Estoy casi arrepentido... Mis máquinas... mis viejas máquinas... Envenenar a la gente... *(Se oye la musiquilla, lejana. Aparecen en la vidriera los rostros de los Siniestros y Alegres Feriantes. Paolus se da vuelta y retrocede sorprendido. Los otros ríen.)* ¡Malditos! *(Los otros desaparecen.)* ¡Canallas! ¡Malditos! *(Se dirige súbitamente el gran muñeco negro y lo voltea de una feroz trompada.)*

TELÓN

## Acto segundo

### Cuadro 3

CIEN MÚSCULOS, BORRACHO, URSULINA, PAOLUS, PRESUMIDO, LOS 3 VICIOSOS, LAS 3 VICIOSAS, EDERY, DAN, DOS DE LA BANDA DE GOSBY, LOS SINIESTROS Y ALEGRES FERIANTES, VICIOSOS, JUGADORES, MOZO, PAGADOR DE RULETA.

*El Club de Media Noche. La escena dividida, abarca dos pisos. Arriba representa un saloncito –sillones, canapé, mesilla con flores, ambiente cálido y discreto–, puerta al foro y puerta lateral izquierda. Abajo, la trastienda estilizada del club. En el ángulo derecha un pequeño mostrador, sesgado, la caja, y detrás una pequeña puerta. En primer término izquierda una mesa y varios sillones, lo mismo que en primer término derecha. Sobre la mesa de este costado botellas y copas. Cortinados y pasillos a ambos costados. Cierta nerviosidad, cierta rapidez en las acciones de este cuadro. Al levantarse el telón Ursulina está en la caja haciendo cuentas. Pasan viciosos y jugadores, algunos de smoking, y viciosas. Se oye el final del Blues de Saint Louis. De izquierda a derecha pasa un hombre en mangas de camisa con una pantalla verde, de oficinista, sobre los ojos. De derecha a izquierda, Cien Músculos arrastrando a un Borracho.*

CIEN MÚSCULOS: ¡Vamos, camine, camine, a emborracharse a otra parte!

BORRACHO: Uff. Me han secado... *(Salen. Cien Músculos vuelve en seguida y se detiene un instante junto a la caja.)*

URSULINA: Primero les sacan el dinero, después los echan. ¡Pobre gente!

CIEN MÚSCULOS: De lo contrario se llenaría de borrachos la sala de juego. ¡Qué quiere que haga! (*Mutis por pasillo derecha, por donde llegará siempre un rumor de fichas, y timbres, corridas súbitas y música.*)

URSULINA: ¡Dios mío, cuándo acabará esto! (*Entra Paolus por izquierda, seguido de Presumido.*)

PAOLUS (*ha cambiado. Fuma un habano y viste con cierta elegancia*): ¿Qué te han dicho? Siéntate. (*Se sientan. Ursulina los observa un instante y vuelve a sus números.*)

PRESUMIDO: Dicen que la banda de Grosby anda por hacer un escarmiento. Que se la tienen jurada.

PAOLUS: No se atreverán. Saben con qué fuerzas cuento. ¿Tú crees que me duermo? Trabajamos con un cien por cien de seguridad. Yo haré que lo aparten a Grosby.

PRESUMIDO: Sin embargo, don Juan, yo no estoy muy tranquilo. Grosby es un asesino y ha prometido vengarse. Él explotaba el juego en la parroquia antes que usted.

PAOLUS: Habría que decirle lo de Lobo. Los tiempos cambian... (*Pausa.*) Pudo habernos avisado ese pillo de Lobo... Pero no creo que Grosby se atreva. (*De pie.*) Anda a tu puesto, Presumido.

PRESUMIDO (*saluda a Ursulina con la mano y sale por pasillo derecha*): Voy a ver cómo va la banca. (*Pausa.*)

PAOLUS: Ursulina, es necesario que sepas que hay que andarse con mucho cuidado. El negocio va bien, pero tenemos enemigos peligrosos. No quiero de ninguna manera que tú sigas aquí trabajando de empleada mía, por un capricho...

URSULINA: ¡Oh, Juan!, cuanto más riesgo haya más me armaré a tu lado. Con esta condición acepté el cambio de vida y de trabajo... Más bien, te aconsejaría en el senti-

do de abandonar el negocio. Ya tenemos mucho dinero, demasiado. ¿Nos hace falta más aún? Edery ya puede pagar profesores, tiene todo lo que quiere, podrá viajar...

PAOLUS: Espera, espera; no podemos dejar así todo de golpe. Hay ciertos compromisos. Debo pensarlo bien. Hay que tratar de que el dinero siga produciendo dinero. Ni siquiera una gran fortuna alcanza para toda la vida...

URSULINA: Le has tomado gusto al dinero.

PAOLUS: Billetes... Billetes... ¿Has visto a Dan?

URSULINA: No lo he visto todavía.

PAOLUS: ¡Ese Sentimental! No sirve para nada, ya no produce billetes. Hay quejas de él. (*Gruñe.*) En fin, inspeccionaré las salas. (*Sale por pasillo derecha.*)

(*Entran Viciosos 1º y 2º. Se oye, más lejana, la música del blues.*)

VICIOSO 1º: ¿Cómo está, doña Úrsula?

VICIOSO 2º: No hemos encontrado a Dan en el lugar de siempre. ¿Tiene usted algo acá, señora?

URSULINA: ¿Qué cosa?

VICIOSO 2º: Lo de siempre; cocaína...

URSULINA: Sólo tengo frascos.

VICIOSO 1º: Comprá uno de cinco gramos. (*Pagan y hacen mutis; entra Viciosa 1ª.*)

VICIOSA 1ª: Señora...

URSULINA: ¿Otra vez aquí? ¿Qué te he dicho?

VICIOSA 1ª (*suplicante, temblorosa, pálida, despeinada, con el sombrero en la mano*): No puedo más... Será la última vez...

URSULINA: Ve a ver a los corredores, a los que andan por la calle. Yo estoy aquí para otras cosas. Sólo por excepción puedo vender de vez en cuando. Me han hecho líos a causa de mi bondad para contigo.

VICIOSA 1ª: Un poco... Una ampolla, nada más... Estoy destrozada, se me cae la cabeza... tenga piedad... Usted es buena con todas... le dicen la mamita...

URSULINA: Imposible.

VICIOSA 1ª (*va a arrodillarse. Ursulina, la detiene y le alcanza algo*): ¡Piedad!...

URSULINA: La última vez.

VICIOSA 1ª (*se inclina, la besa*): ¡Oh, gracias, gracias!... (*Salte corriendo por derecha. Entran al rato, viniendo de la sala de juego, Vicioso 3º y Viciosas 2ª y 3ª.*)

VICIOSO 3º: ¿Qué dice señora Ursulina?

VICIOSA 2ª: ¿Cómo está la mamita vieja?

URSULINA: Aburrída de todo. No quiero abandonar a Paolus, pero estoy harta. Y ustedes, ¿cuándo dejarán esta vida?

VICIOSA 3ª: Nunca, si es linda.

VICIOSO 3º: No filosofemos, madame... Venimos a tomar unas copas. (*Mientras tanto entra un mozo, y sirve copas en la mesa de la izquierda, llevándose el servicio de la derecha.*) Y a iluminarnos la vida con un poco de droga. ¿Quiere darnos 5 gramos? Ahí tiene los veinte pesos... Dan me ha fallado esta noche.

URSULINA: ¿Por qué no beben, solamente, en lugar de envenenarse con los tóxicos?

VICIOSA 2ª: Vaya una manera de atender el negocio, mamita vieja...

VICIOSA 3ª: Que no se entere Paolus...

(*Ursulina, apesadumbrada, se inclina sobre el libro de caja y escribe. Los viciosos se sientan alrededor de la mesa servida.*)

VICIOSO 3º: No, no tomés aquí...

VICIOSA 2ª: ¿Quién me va a ver? (*Aspira una "prisse" y convida a Viciosa 3ª que hace lo mismo.*)

VICIOSA 3ª: Lo único malo que puede pasar es que nos pidan. (*Ríen.*)

VICIOSO 3º: Yo estoy sin dormir. ¡Qué noche! El Rubio estaba empeñado en que sacáramos a un perro que según él, no nos dejaba tranquilos con sus ladridos. Al final, todos oíamos ladridos...

VICIOSA 2ª: El Rubio terminará internándose otra vez. En el hospicio estará en su ambiente.

VICIOSO 3º: ¿A que no saben a quién encontré hoy? ¡A Rafaelucci! ¡Pobre tipo! Ése sí que está loco.

VICIOSA 3ª: ¿No vende más droga?

VICIOSO 3º: No, es un pelele. (*Pausa breve.*) Me acuerdo de sus tiempos. Tenía una cigarrería, cuando lo convencieron para que vendiera droga. ¿Y saben cómo se hizo vicioso? A cada cliente que entraba y le preguntaba: "¿Es de la buena?" él decía: "¡Ya lo creo! Especial, de la pesada, de la que yo uso"... Y se mandaba una "prisse". Así todas las noches. Cuando se quiso acordar ya estaba listo. Lo metieron preso, luego pasó una temporada en el hospicio. Al salir se dedicó a la venta callejera de coca combinada con la de diarios. Había que verlo y oírlo en las esquinas: "¡El diario, por tres pesos!... ¡De la buena, de la pesada!"... El diario valía tres pesos porque dentro estaba el papelito. Era un diario con trampa. Y con suerte. (*Ursulina hace mutis por la pequeña puerta.*)

VICIOSA 2ª: ¡Qué sujeto! (*Ríen las viciosas, y beben.*)

VICIOSO 3º: Después, para despistar a la policía, para que no lo agarraran con el cuerpo del delito encima, colocaba los papelitos en las casas del barrio, en las chapas de médicos y abogados, en los resquicios de las puertas. ¡Qué gracioso! Dopaba las casas. Cuando empezaba a llover, corría despavorido...

VICIOSA 3ª: ¡Pobre gringo!

VICIOSO 3ª: Hoy es una sombra.

VICIOSA 2ª: No tuvo la suerte de Paolus.

VICIOSO 3º: Ése está acomodado... Pero, sin embargo, también tendrá mal fin. Grosby está furioso por la pérdida de su antigua clientela. Ha jurado vengarse. Todos lo han oído en el cabaret París. *(Pausa.)*

VICIOSA 2ª: ¿Qué es de la vida del “Sentimental”?

VICIOSA 3ª: ¡Cómo me gusta ese tipo!

VICIOSO 3º: Me han dicho que va por mal camino. De tanto corretear drogas, se envició. Le pasó lo que a Rafaelucci. *(Pausa.)* Paolus tiene una hija muy linda, un bocado... Dicen que Dan le hace la corte. Paolus no sabe nada y demuestra una gran confianza por el “Sentimental”. Allá ellos.

VICIOSA 2ª: Se me terminó lo que tenía. Era un “calabozo” de lo de anoche. Abrí el frasco...

VICIOSO 3º: ¡Che, con cuidado! Hay que guardar para después. *(Pausa breve.)* ¿Qué hacen después?

VICIOSA 2ª: Ésta se viene conmigo, ¿verdad?

VICIOSA 3ª: Sí, rica...

VICIOSO 3º: ¿Y yo, qué hago?

VICIOSA 2ª: Hay tanto marinero suelto por ahí... *(Ríen. La escena queda casi a oscuras. Los personajes ni se mueven, como si no existieran. El reflector ilumina la parte de arriba, el saloncito, en el momento en que entran, por foro, Dan y Ederly. Dan viene muy agitado, Ederly lo acomoda en el canapé y se sienta a sus pies.)*

EDERY: Dan... Tranquilízate, tranquilízate... ¿Por qué has tomado hoy? Me habías prometido portarte bien.

DAN *(exaltado, extraño)*: Oh, no es nada, no es nada... ¿Oyes el silbato de un barco? He hablado mucho, hemos caminado demasiado... Es la taquicardia... Ya pasará... La dro-

ga es deliciosa. No sé por qué no te decides a probar de una vez...

EDERY: ¡Cálmate, estoy asustada!... Si se enterara mamá, sería terrible... Y papá... Aunque él tiene la culpa de todo... ¡Oh, pobre, pobre papá! ¡Pobres viejos!...

DAN: Cállate, no hay nada más delicioso que la droga... ¡Si tú supieras, qué conformidad, qué optimismo!... Te diré que he cambiado la C. por la H. ¡He cambiado la C. por la H.! ¡La cocaína por la heroína!... Pero no me dejes dormir. Sería terrible. Podría morirme como el chileno Delmar...

EDERY: ¡Oh, Dios mío!...

DAN: Veo lluvias de colores... ¡Oh, ángel! Se oyen los segundos. El tiempo tiene forma y es como si arrojaran piedras a un pozo perfumado y sonoro...

EDERY: ¿Desvarías?... *(Pausa.)* ¿Cómo... cómo es la droga?

DAN: No adormece, es mentira. No hace soñar, es mentira... Es algo más hermoso. No se puede explicar bien. *(Sacando una cajetilla del bolsillo.)* Mírala, es brillante y amarga. Es amarga. ¡Qué delicia! ¿Quieres probar? *(Ederly retrocede.)* No te asustes... Es cocaína... con lo que se empieza. Después tomarás heroína, morfina en polvo, como yo...

EDERY: Oh, no... Tengo miedo. Pueden vernos... Mamá se dará cuenta... Fue una imprudencia venir... Se imaginan que estoy en el chalet, con las amigas... Es horrible...

DAN: Serás más buena, más dulce, más transparente... Verás lluvias de colores. Verás la forma del tiempo. ¡Tus sentidos se afinarán!... Prueba... *(Le alarga el dedo meñique que antes ha metido en la cajetilla.)*

EDERY: No, Dan...

DAN: Te alegrarás... Reirás... *(Consigue hacerle probar.)*

EDERY (*de pie*): Oh, siento la nariz helada... Siento frío...  
(*Pausa.*) Como si me barrenaran la cabeza...

DAN: Es claro, es la primera vez. Bebe un trago. (*Le da whisky de su licorera de bolsillo.*) Es whisky. (*Beben y encienden cigarrillos.*) Ederly... (*Se acercan, respiran juntos, se abrazan.*) Toma otra "prisse"... (*Le da. Pausa, ansiedad.*)

EDERY: Tengo deseos de hablar, de caminar, de correr, de llorar... de amar.

DAN: Es la primera vez... La coca alegre, querida mía.

EDERY (*casi llorando*): ¡Dios mío, Dios mío qué hemos hecho!

DAN (*de pie*): ¿Qué pasa, Ederly? Ven, salgamos, que nadie te oiga...

EDERY: No veo lluvias de colores, ni estoy alegre... ¡Oh, no me pasa nada y me ocurre todo!

DAN (*arrastrándola suavemente hasta la puerta*): Ven... El aire te hará bien.

EDERY: Tengo la nariz helada... No siento la cabeza... (*Salen, cierran la puerta. Luz en la escena de abajo. Oscuridad arriba. Súbitamente se mueven los Viciosos.*)

VICIOSO 3º: ¿Tiene gracia, eh? (*Risas. Pausa.*) Vamos primero a dar una vuelta a la sala.

VICIOSAS: Vamos. (*Salen. Se abre la puerta pequeña y aparece Ursulina, inquieta. Llama con un timbre. Entra un mozo poco después.*)

URSULINA: Retire ese servicio y llame al señor Paolus. (*Lee un papel nerviosa. Sale el mozo.*) El último aviso... ¿Qué es esto? (*Entran dos viciosos y adquieren drogas. Escena silenciosa. Salen. Tropezan en pasillo izquierda con dos de la banda de Grosby que entran.*)

BANDIDO 1º (*con sobretodo y las manos constantemente en los bolsillos*): Allí está... Es la mujer.

BANDIDO 2º (*de smoking*): No, a ella no...

BANDIDO 1º: ¡Cállate! Grosby ha dicho que por ahí le va a doler más a Paolus...

BANDIDO 2º: No me atrevo... (*Se acercan a la caja. Ursulina, recelosa.*)

URSULINA: ¿Qué desean ustedes?

BANDIDO 1º: ¿Conoce la señora a un tal Dan, llamado el "Sentimental"?

URSULINA: Sí. ¿Qué ha ocurrido?

BANDIDO 1º: Él nos ha dicho que podíamos venir a verla para adquirir cierta cantidad de morfina.

URSULINA (*desconfía*): Tendrán ustedes que entenderse con el señor Paolus. Yo no sé nada de eso.

BANDIDO 1º: ¿Dónde está él?

URSULINA: Lo he mandado llamar. Pero si tienen mucho apuro... (*Sale del mostrador, se coloca casi de espaldas a los bandidos, frente al pasillo derecha.*) Allí está, junto a aquel tipo corpulento. Es el de cabellos grises. (*El Bandido 1º ha retrocedido. Desde el bolsillo del sobretodo hace fuego dos veces sobre Ursulina que tambalea y cae mientras huyen los bandidos por izquierda. Gritos ahogados de Ursulina, que se arrastra unos instantes por la escena. Entran corriendo, Paolus, Presumido, Cien Músculos, Mozos, Viciosos, Viciosas, Jugadores, etc. Gritos confusos de todos. Se oye el Blues.*)

PAOLUS: ¡Ah!... (*Sobre el cuerpo de Ursulina.*) ¡Se han vengado!... Úrsula... Úrsula... ¡Corran!... ¡Persigan a los asesinos!... (*Salen Cien Músculos, Presumido y dos mozos.*) Ursulina... Yo te lo decía... (*De pie, bruscamente.*) ¡Esa música! ¡Que pare esa música! (*Sale el resto; unos por derecha, otros por izquierda. Pausa. Desesperación de Paolus que vuelve a inclinarse.*) ¡Úrsula!

(*Aparecen por distintas partes Los Siniestros y Alegres Feriantes. Uno asomando detrás de la caja. Otro, sentado en la*



*mesa de izquierda. Otro bajo la mesa de la derecha y el último sobre el mostrador, con una copa en la mano.)*

FERIANTE 1º: Club de Media Noche

FERIANTE 2º: muerta está Ursulina

FERIANTE 3º: plata a troche y moche

FERIANTE 4º: ¿y tu chiquilina?...

FERIANTE 1º: Hembra desgraciada

FERIANTE 2º: fue tu compañera

FERIANTE 3º: antes la trompada

FERIANTE 4º: ahora la sueñera.

FERIANTE 1º: Fúmate un habano

FERIANTE 2º: trágate una copa

FERIANTE 3º: infecto bimano

FERIANTE 4º: ¡qué holgada es tu ropa!

FERIANTE 1º: Club de Media Noche

FERIANTE 2º: muerta fue Ursulina

FERIANTE 3º: dinero y fantoche

FERIANTE 4º: ¡Ah, tu chiquilina!

TODOS: Ajajá... jajá... (*Desaparecen. Paolus, vuelto en sí, grita furiosamente.*)

PAOLUS: ¡Cierren todo!... ¡Destrocen!... ¡Incendien todo!

TELÓN

#### Cuadro 4

EDERY, MARCUS, DAN, PAOLUS, PRESUMIDO, EL POLÍTICO,  
INFLUYENTE, EL ANGÉLICO, EL PERSEGUIDO,  
EL ENDIABLADO, VICIOSOS Y VICIOSAS.

*La escena representa un saloncito o living, iluminado apenas por una lámpara con gran pantalla, a izquierda. Sillones, una mesilla, etc. Puerta abierta al foro que da a un pasillo oscuro. Puerta lateral derecha, abierta, por donde viene el resplandor de la capilla ardiente. Puerta lateral izquierda, cerrada. Al levantarse el telón se ve caminar, desde primer término izquierda hasta la puerta de foro a Marcus y Ederly. Ésta, pálida y enlutada.*

MARCUS: Por última vez Ederly, ven conmigo.

EDERY: No... no quiero.

MARCUS: ¿Prefieres a Dan, el vicioso? ¿A Paolus, tu padre, el bandido?

EDERY: Las mujeres preferimos siempre a los que amamos y no nos aman. ¿Tú también ensayas el fácil disco de la regeneración?

MARCUS: A mi lado, Ederly, con un hombre, nada más que un hombre. Eso soy, si me miras. Derrotado, sin dinero, pero con una enorme fe en los otros hombres como yo. No sabes, Ederly, que a estas horas, mientras tu madre está muerta, hay una enorme legión de hombres que viven encendiendo con cuatro ramas un fueguito, a lo largo de las vías, detrás de las dársenas quietas, cerca de los navíos dormidos, y miran las estrellas y en su miseria ni siquiera odian, sino que esperan... Un día esos pies que están allí, cruzados, sobre la tierra húmeda, junto a las cás-

caras podridas de las sandías y los montones de carbonilla que pavimentan las vías, caminarán hacia las ciudades silenciosas y voltarán todas las puertas y romperán todas las vidrieras, y sus caras, como las de los niños muy niños, se untarán de comestibles y sus manos alcanzarán pan a los que estando más lejos, no alcancen...

EDERY: Nada sé de eso. Dan habla de los acordeones en las riberas y su vaso deja círculos en las mesas de las tabernas, como cuando se tiran piedras en el agua.

MARCUS: Vente conmigo. Irás en primera fila cuando marchemos los hombres. Tendrás una amapola en los cabellos y respirarás el aire fresco de la madrugada y sabrás sonreír a los primeros que caigan...

EDERY: ¡Oh. Dan... Dan...! ¿Dónde estás? No quiero, Marcus. No voy.

MARCUS: Morirás como Ursulina, con una bala en el vientre. Te fecundará un caño de revólver en el lecho de la muerte.

EDERY: ¡Qué importa!... ¡Ah, no, no! No amamos a los que nos aman. Amo a Dan, el canalla. Al que trae en su cajita el irse a otra parte. Normales y buenos, ustedes, ¿pueden entendernos? Queremos ser como somos. Un día aquí, otro día allá. No queremos casarnos y dar hijos regularmente. Queremos ser como somos. ¡Ah, quisiera morir también! Y un día contigo y otro con Dan. Y a veces –es brutal– con el marinero que pasa. ¡Amamos a tantos! A los adolescentes en cuya barba brota el rubor como trigo maduro cuando nos adivinan una pierna. A los hombres fuertes que saben desnudar con la mirada y prometen la discreción de su erotismo. A los boxeadores retratados en las revistas, que hinchan sus músculos y plantan el vigor de sus muslos en nuestra cornea. A los que trabajan vestidos de mujer en los teatrillos y chillan como ratas sus

cuplés asquerosos. A los militares que huelen a ropa burda y a cuartel. A los sacerdotes que nos enferman de suspiradas ansias en sus literas de confesión, ambiguas como una cama escondida en la pared. A todos, menos a ustedes, porque ustedes no piensan en nosotras sino en la humanidad. Porque ustedes no conocen el arte de escuchar sonriendo nuestras tonterías. Porque ustedes hablan, como dando consejos, de cosas antipáticas. El futuro, siempre el futuro... ¿Y el presente? ¡Oh, Dan... Dan!... El tiente con su polvillo y sabe escuchar con los ojos sonrientes.

MARCUS: Me voy Ederly. No te digo que estás perdida para siempre. Ya ves, yo también comprendo. Te digo que acaso tengas razón. El error consiste en querer imponer nuestro propio error por la fuerza. Imponer nuestro Dios, rubio o moreno, al que lo siente verde o al que lo ama azul... Me voy, Ederly. Si alguna vez me necesitas. ¡Bah, eso lo dicen todos! ¿no? Pero yo te lo digo con el alma.

EDERY: Pobre Marcus. Sí, lo sé. Y es posible que te llame, sí, que te llame... y pronto. Pero siempre será tarde.

MARCUS: Cuando quieras Ederly. *(Sale por el foro. Pausa. Ederly corre hacia la lateral izquierda, golpea suavemente y aparece al rato Dan.)*

DAN: ¿Se ha ido ya?

EDERY: Sí... ya. *(Pausa breve.)* Dan, la cabeza me da vueltas. Estoy perdida, tengo que decirte una cosa... una cosa. Me da risa porque siempre me burlé de eso. Pero, tendré que decirte...

DAN: Ederly... ¡Oh.. ángel!... Anda un vampiro de hocico jaspeado en el aire. Dejemos todo para después... *(Saca una cajetilla.)* ¿Quieres?

EDERY *(horrorizada)*: ¡Oh, basta! Aquí, tan luego. Estás loco... Escúchame...

DAN: ¿Ha entrado alguien? Anda un viento, un olor, de inquieto.

EDERY: En nombre de mi madre, escúchame... un hijo tuyo, Dan, ya se agita...

DAN: ¿Un hijo mío? ¿Qué dices? ¿Estás loca? ¿Cómo puedo tener un hijo, yo? No debe ser mío...

EDERY: Es tuyo... te lo juro.

DAN: Un hijo... ah, es una cosa rosada y pequeña con dos ojos semicerrados entre una manta. Recuerdo... recuerdo... ¿Dónde he visto eso yo?... Una vez, una mujer, hace años, me dijo lo mismo... Recuerdo. Vino a buscarme y me engañó. Me engañó miserablemente. Dijo que tenía droga en casa. Le seguí con repugnancia. Mechones grises, nariz flaca, cara de hambre. ¡Y un vestido, mi hijita!... Todo el ruedo de la falda lleno de escupitajos. Entramos en una casa vieja en la calle Viamonte. Subimos una escalera. Recuerdo. Había un mechero de gas, vacilante, y adelante, subían dos sombras desmesuradas. Y adentro, ¡otra que droga era aquella! Una carita de ratón, de ratoncito, fina, con dos ojitos negros, penetrantes. Lo miré sin saber qué hacer. Ella me lo señalaba. ¡Ja... ja!... También me dijo ella: "ese es tu hijo". Y el ratoncito dormía ya. Entonces se trasfiguraba. ¿Sabes cómo tienen la boquita los niños que duermen?

EDERY (*anhelante, ansiosa*): No Dan, ¿cómo, cómo?

DAN: Así, una cintita de sueño... de sueño... Y por la carita dormida, gozosa, pasan sombras nacaradas, como un reflejo de nubes en el agua. Son los sueños, cintas de sueños, de largos sueños de niños que sin sonreír del todo, sonríen. En la carita de los niños que duermen, se graban los sueños como si se soplara en harina.

EDERY: ¡Dan... es nuestro hijo!

DAN: ¿Nuestro hijo? Sí... espera, espera... nuestro hijo...

Oh, ángel... lluvia de colores, y un vampiro de hocico jaspeado. (*Estentóreo.*) ¡No, no tengas el hijo!

EDERY: ¡Dan! Despacio...

DAN (*como loco*): No, no. ¿De nosotros? No. Tu carne maldita. Yo estoy maldito. Todos estamos malditos. La blanca harina que grabará su sueño sería ésa, sabes, ésa, la de la cajita del irse para siempre...

EDERY: ¡Dan!

DAN: ¿Y qué? ¿Quieres parir un monstruo? Si ya tu padre no trabaja con fenómenos...

EDERY (*retorciéndose las manos*): No te entiendo Dan. No te entiendo.

DAN: Un monstruo. Cara de perro, cuerpo de murciélago.

En el sueño gris de la coca lo engendramos. ¿Qué sangre le dimos? La pobre, la flaca, la sucia de nuestra desnutrición. ¿Te animarías a darle el pecho, el pecho?

EDERY: No...

DAN: ¿Y entonces? Pero siempre será un monstruo, un fenómeno, con las costillas hundidas y la cara babosa. A los tres años apenas podrá hablar. Y dirá en su media lengua: mamá, para condenarte. No tengamos el hijo Ederly... La primavera ha muerto. No veo la lluvia de colores. Hace frío. Tengo frío. Necesito beber o reviento. ¿No te queda coca?

EDERY: No.

DAN: Espérame. Salgo a buscar... Luego hablaremos...

EDERY: ¿Volverás?

DAN: Sí... sí. (*Sale por el fondo.*)

EDERY (*sola. Mirando al fondo*): No volverá. (*Con la muerte en el alma, sale por izquierda. Se oye un sollozo ahogado. Pausa. De la capilla vienen Paolus y El Presumido.*)

PAOLUS: Úrsula... era única, ¿sabes? ¡Cómo sabía juntar el dinero! Y contarlos...

PRESUMIDO: Olvide un poco, Paolus... Es la mala suerte. Escuche. Cien Músculos está muerto también.

PAOLUS: ¿Cien Músculos? Otro de la banda. Éramos cinco, ¿sabes? Yo, Marcus, Cien Músculos, Dan y tú... Y ella, Úrsula, el alma. Cien Músculos muerto. Dan, inútil para todo. Marcus se fue. Ella allí. (*Señalando la capilla ardiente.*) Yo solo, cada vez más solo...

PRESUMIDO: Cien Músculos supo morir. Acogotó a dos de la banda de Grosby cuando lo sacaron a dar el paseo.

PAOLUS: Sí, era fuerte Cien Músculos. Cuando se enojaba y sabía que iba a matar, ¿sabes cómo se contenía?

PRESUMIDO: No.

PAOLUS: Agarraba una moneda, una moneda grande de las que llevaba siempre en el bolsillo, monedas griegas, de su país, y las doblaba en la palma de su mano. Cuando la había doblado ya se le iban las ganas de matar. Un drama, a cuánta gente salvó.

*(Viciosas y viciosos entran, y salen luego silenciosamente dando el pésame a Paolus. Éste y El Presumido vuelven a la capilla ardiente. Por el foro entran El Endiablado, El Perseguido y El Angélico. Vienen de la calle. Entran sigilosamente, dan vueltas por la escena, observan la capilla ardiente.)*

EL PERSEGUIDO (*tiene en el rostro el espanto de la manía de las persecuciones. Pálido y tembloroso*): ¡Nos han seguido, estoy seguro!

EL ENDIABLADO (*maldad en el rostro, rebuscamiento, fruición ante el dolor de los otros*): Deben ser las sombras de los que Ursulina ha enviado a la tumba con sus tóxicos.

EL PERSEGUIDO: Oh, ¡calla!

EL ANGÉLICO (*poeta, místico, casi inmaterial*): Sí... Aquí veo una. Es la sombra de Irene. Está inclinada sobre el sillón, bajo la lámpara helada. ¡Irene! ¡Irene! Tu voz era húmeda y tenías el cabello dorado como la copa de los espinillos.

EL PERSEGUIDO: Nos han ladrado los perros. Deben haberlos desatado ya. En la puerta sólo estaba el de la funeraria. ¿Dónde están los sirvientes? ¿Han huido todos y han desatado a los perros?...

EL ENDIABLADO: Los perros están dentro de ti. Debes estar lleno de ladridos. Vas a reventar de ladridos.

EL ANGÉLICO: ¡Qué hermosa es la capilla ardiente! Hay un ángel negro. Hay gente invisible que murmura. Están todos sentados alrededor del cajón y la muerta levanta de vez en cuando la cabeza.

EL ENDIABLADO: Todos dopados...

EL PERSEGUIDO: No me siento cómodo. La casa me desconoce. Vendrá la policía.

EL ENDIABLADO: Padecerás persecución de justicia...

EL ANGÉLICO: Sin embargo, hay casas que nos reconocen. La casa de Irene, por ejemplo, de Irene, cuya sombra está allí, era una casa cordial y educada. Cuando yo llegaba de visita con una ramo de ampollas de morfina en la mano, la casa alargaba uno de sus balcones, se sacaba el techo y saludaba. ¡Volaba el palomar íntegro! ¡Daba la hora el gallinero! ¡Oh, maravilla!

EL PERSEGUIDO (*angustiado*): Tengo una araña... tengo una araña... (*Corre gritando.*) Sacádmela, sacádmela...

EL ENDIABLADO: ¡Calla! La Úrsula podría despertar. Hemos venido a su velorio.

EL ANGÉLICO: A su casamiento...

EL PERSEGUIDO (*calmado, se sienta*): Me hace mal sentarme... Una vez me pusieron en una silla eléctrica. Fue en un ci-

nematógrafo. Tuve que morir. La muerte en la silla eléctrica es horrible.

EL ANGÉLICO: Hay deliciosas, hay varias clases de muerte. La muerte que yo conozco es hermosa. Cuando me tocó morir, vino con pasos de seda. Caminaba y hacía la luz, como Jesús el Galileo. Me besó en la frente y, despertándome, me di cuenta que había pasado la vida durmiendo. La muerte es el despertar.

EL PERSEGUIDO: ...y se me saltaron las uñas y se me clavaron en la frente...

EL ENDIABLADO: Cuando Paolus explotaba los barracones de feria exhibía dos muñecos electrocutados. Eran Sacco y Vanzetti. Tenían mucho éxito. *(Al Perseguido.)* Sácate las uñas. Clávatelas tú mismo.

EL PERSEGUIDO: La policía... la policía... ¡Socorro! *(Corre y golpea en la puerta lateral izquierda. Aparece Ederly.)*

EDERY *(en la puerta, sorprendida)*: ¡Qué hacen aquí?... ¿Por qué gritan mientras tan cerca velan a mi madre?... *(Pausa.)* ¡Oh!, están en trance...

EL ANGÉLICO: Divina... te esperaba.

EDERY: ¡Oh! Están dopados...

EL ENDIABLADO: Sí, ¿quieres?

EL ANGÉLICO: ¡Criatura divina!

EL PERSEGUIDO: Monstruo... ¡Monstruo rubio!

EDERY *(asustada)*: Llamaré... gritaré...

EL ENDIABLADO: Todos están dopados junto a tu madre muerta. Todos los viciosos han venido a rendirle homenaje a la mamita vieja.

EDERY: ¡Dios mío! *(Queda arrinconada, presa de espanto, mientras los tres la rodean.)*

EL ANGÉLICO *(está transfigurado. Se oyen acordes lejanos de blues)*: Escucha. Es la canción de los paraísos artificiales. Estar muerto y vivir. *(Todos se repliegan ante la ac-*

*titud casi mística del Angélico.)* Ser un vitraux, ser una alga marina, ser el retrato de uno mismo, ser un pequeño, afilado viento. Ser un grave, un lento, un suntuoso perro violeta. Dar la hora como los palomares y los gallineros. Ser un camino sobre el mundo... Tu cocaína, Perseguido, es el principio. Tu heroína, Endiablado, es la continuación. El opio, es el fin. Yo soy el opio. Yo soy el fumador, el Angélico, el inmaterial. el traslúcido fumador de opio y os dejaré pronto para internarme en la Selva por donde corren enloquecidos ciervos y sonoros cornetines llaman al horizonte. *(Pausa.)* Estar muerto y oír. Estar muerto como... como... Pústula... Úrsula. La gente la rodea y ella levanta de vez en cuando su hermosa cabeza muerta. Estar muerto como Úrsula, Pústula, pero vivo. Los relojes se mueren, se mueren los almanaques y las piedras preciosas. Los mismos muertos mueren en el recuerdo, pero nosotros seguimos viviendo, moviéndonos de arriba a abajo, de abajo a arriba, en el túnel vertical de un apasionado viaje...

EDERY: ¡Oh, está loco, está loco!...

EL PERSEGUIDO: ¡La araña!... ¡La araña!...

EDERY *(espantada)*: ¡Afuera... afuera!... *(Corre y hace mutis por donde entró.)* Dan... Dan...

*(Entran por derecha Paolus y El Presumido.)*

PRESUMIDO *(sacude al Perseguido)*: ¿Qué pasa? ¿Quién se atreve a gritar aquí?

PAOLUS: Déjalos, son viciosos. Clientes, buenos clientes. Han venido a rendir póstumo homenaje a Úrsula...

EL ENDIABLADO: Y a comprar droga...

PRESUMIDO: ¡Silencio!

EL ANGÉLICO: Pasemos a ver a la muerta, antes de irnos. Hay un frugal y fúnebre olor a nardos. (*A Presumido.*) Nos iremos luego. (*Van entrando.*) Hay olor a nardos... (*Desaparecen.*)

(*Asoma El Político Influyente, por el fondo.*)

PAOLUS (*sentado, con la cabeza entre las manos*): Úrsula...

PRESUMIDO (*trata de calmarlo dándole palmaditas en la espalda*): Don Juan...

EL POLÍTICO INFLUYENTE (*se queda un instante en la puerta de foro*): ¿Se puede?

PRESUMIDO: Adelante.

EL POLÍTICO INFLUYENTE (*recuerda al Dr. Lobo; más acentuado*): Perdone usted, señor Paolus, que venga a hablarle de negocios estando aún caliente el cadáver de su mujer.

PAOLUS (*incomodado*): ¿Negocios? Pero, ¿qué piensa usted?

PRESUMIDO: Podrían citarse para un día de estos.

EL POLÍTICO INFLUYENTE: El tiempo es oro. Soy el político influyente de esta parroquia y conozco sus actividades. Se trata de algo importante y urgente.

PAOLUS: Imposible. Hágase cargo.

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Se trata de dinero.

PAOLUS: ¿Billetes?... (*Súbitamente interesado.*) Prosiga.

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Es usted un delincuente.

PAOLUS: ¿Yo?

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Sí, no nos engañemos. Yo también lo soy.

PAOLUS: Somos, entonces.

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Somos. Pero usted es un delincuente al margen de la ley.

PAOLUS: ¿Y usted, el que la hace?

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Y caerá sobre usted a la larga con todo el rigor, etc. Además sus actividades suponen mucho riesgo. ¿Quién mató a su mujer? ¿Grosby, no? Otro mayorista. Y bien, ¿es eso justo? ¿Puede un hombre como usted, ambicioso y laborioso, vivir en constante riesgo? Veamos... ¿Tiene usted dinero? ¿Sí? Pues su vida cambiará. Podrá alternar en sociedad. Su hija podrá hasta dar tés de beneficencia. Retratarse con traje de baño en las revistas ilustradas, etc.

PAOLUS: ¿De qué se trata?

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Se trata del G. T. F., el Gran Trust Financiero. Ya he hablado a Miller, el de las casas de juego; a Fontán, el contrabandista. A Gaffiero, el... este... el del camino a Buenos Aires. Seremos socios. Nada de trampa. Contratos sellados y rubricados. Tendremos un banco; al que nos traiga sus ahorros le daremos una linda libretita para que nos traiga más. Haremos combinaciones con hipotecas y ventas de terrenos en mensualidades. Hay un gran stock de mercadería que... en fin, no está muy en condiciones que digamos, pero compraremos un gran diario y haremos la propaganda. Fontán asegura que importando bobinas de papel para el diario, bien se pueden rellenar con seda, muy linda seda, de contrabando... Una cadena de explotaciones diversas que abarcará desde la compra de dentaduras de oro, postizas, hasta las acciones de minas por descubrir... Papel... todo papel... Muy bien impresos los formularios, los recibos, las planillas, los resúmenes, las facturas, los vales, los cheques, los talonarios, las cartas, los sobres, las etiquetas, los envoltorios... papel... papel... todo se hace con papel ahora. Desde los tratados hasta las conciencias.

PAOLUS (*duda*): Se trata de una combinación vil.

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Oh, señor Paolus, en su boca esas palabras...

PAOLUS: Un engaño, un robo, casi un crimen...

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Señor Paolus, ¿usted vende serpentina?

PRESUMIDO: Yo pienso, Paolus, que habrá que estudiar la propuesta.

PAOLUS: ¿No hay ningún peligro? Estoy escaldado.

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Ninguno. Ya sabrá usted quién interviene en el asunto. Buenos abogados todos. Además, con un diario y una estación de radio, la cosa marchará como sobre aceite. Ah, la propaganda es todo. ¿Sabe cuántos votos obtuve yo cuando tenía veinticinco años y soñaba en la regeneración del mundo? ¡Ni se lo imagina! Como que no me votó ni mi familia. Y ahora, ya lo ve, electo por una mayoría abrumadora. ¡La propaganda, viejo! Oiga que bien suena esto: Un poco de opio de música y recitado y luego el estribillo: "Transmite G. T. F. La más sólida inversión de capitales en nuestro Banco. Oigan ustedes ahora 'En la estepa', del gran Santos Chocano. Deposite su dinero en el G. T. F. y tendrá el porvenir asegurado. Oirán ustedes ahora una romanza sentimental. Compre acciones del G. T. F. y dará la vuelta al mundo gratis..." La propaganda, amigo Paolus, es todo. Ganaremos mucho dinero. Y prestigio. Y muchas otras cosas... ¿Acepta usted?

PAOLUS: Creo que sí... Mañana hablaremos. (*Alegría del Presumido.*)

EL POLÍTICO INFLUYENTE: Muy bien, comunicaré a los amigos. (*A Presumido.*) ¿Me acompaña usted? Veremos a Miller, a Fontán, a Gaffiero...

PRESUMIDO: Como no. Es un honor para mí. (*Salen despidiéndose de Paolus, que queda solo. Pausa. Se oye un gran ru-*

*mor y Paolus corre hacia la capilla. Sale al rato seguido por los Duendes y demás viciosos.*)

PAOLUS: Miserables... Dejadla dormir... Es la primera vez que se acuesta temprano. Ella, siempre la última, Úrsula...

UNA VOZ: Pústula...

EL PERSEGUIDO: Hemos llenado su cajón... Sorpresa, sorpresa... Todo lleno. Un capital... Agotamos el stock. De la buena, eh... Nada de bicarbonato.

EL ANGÉLICO: No le faltará en el viaje a Pústula, digo a Úrsula... En el largo viaje... Escoltada por ángeles negros. ¿La ven? (*Todos miran hacia arriba.*) La buena Úrsula, la que nunca nos dijo que no... Ángeles negros atados a su barca... Mirad como se desliza en un lago de betún. Levanta la cabeza y nos sonríe... Siempre tan buena... Musa de la Mala Pata...

EL PERSEGUIDO: Víspera del Buen Amor...

PAOLUS: ¿Dónde... Adónde?

EL ANGÉLICO: Allá... allá... ¡Cómo te sonríe! Lleva un ramo de ampollas en la mano. Parece su casamiento.

PAOLUS (*vuelve en sí*): Malditos... malditos... ¡Fuera de aquí!

EL PERSEGUIDO: Vendrá la policía... Siento olor a humedad de pozo... Esto no me gusta... (*A los otros.*) ¿La dejaron toda en el cajón?

EL ANGÉLICO: Egoísta... ¿Quieres quitarle su ración a Úrsula Pústula?

EL ENDIABLADO: Todos dopados.

PAOLUS: Fuera, fuera de aquí... Todos... Todos... (*Corre adentro y vuelve al rato arrojando paquetitos y ampollas a los pies de los Duendes. Los tres bailan alrededor de Paolus furioso y se van diciendo misteriosamente.*)

EL ANGÉLICO: Santo sueño blanco...

EL PERSEGUIDO: Diablo con los cuernos...

EL ENDIABLADO: La Muerte viene al tranco...

EL ANGÉLICO: Ya estamos enfermos...

EL PERSEGUIDO: Me quedaré manco...

EL ENDIABLADO: Irás al Infierno...

EL ANGÉLICO: Oh, Rosa de Invierno...

*(Paolus los va empujando hacia la puerta del fondo.)*

PAOLUS: Basta... Fuera... Malditos... Basta, o los mato a todos... Fuera...

*(Salen los Duendes cantando los versos anteriores en tenebroso murmullo. Paolus inmóvil en la puerta.)*

TELÓN

## Acto tercero

### Cuadro 5

SECRETARIO, DACTYLO, EMPLEADO, LOS DOS ACCIONISTAS,  
PAOLUS, MARCUS, LOS SINIESTROS Y  
ALEGRES FERIANTES.

*Lujosa oficina estilizada. Gran puerta al frente y pasillos a los costados. En mitad de la escena una mesa redonda y cinco sillones. Una pequeña mesa a la derecha, máquina de escribir y una silla. Al levantarse el telón se oirán timbres y corridas súbitas que recordarán el cuadro del Club. Entra la Dactylo seguida por el Secretario. Éste recuerda a Monsieur Diablo.*

DACTYLO *(sentada frente a la máquina)*: Estoy lista. *(Es una muchacha "standard".)*

SECRETARIO: Es un agradecimiento del Club de Mujeres. Habrá que cuidar el estilo. No vendrán mal algunos adjetivos... inefable... maravilloso... Eh, ¿qué le parece? Inefable, sobre todo...

DACTYLO: Eres un miserable... Anoche te esperé hasta la una...

SECRETARIO: Calla. Ahora no es el momento. *(Dictando.)* Escribe: De mi mayor consideración. Las nobles virtudes que adornan a la dignísima señora presidenta del Club de Mujeres no podían menos que... que encontrar –eso es– en mi espíritu, el eco unísono... –unísono, eso suena–, del Gran Trust Financiero, siempre preocupado en la elevación moral y material de las operarias que emplea en



su fábrica de alpargatas –alpargatas, eso suena mal, ¿no hay otro término?

DACTYLO (*con ironía*): Sandalias... escarpines.

SECRETARIO: No, otra cosa, en fin, dejemos alpargatas... Y acorde al pensamiento de tan dignísima dama, ha resuelto en su última sesión del Directorio aumentar en cinco centavos por hora el salario del trabajo a destajo de las obreras. Pero el Directorio aún no cree haber hecho bastante en favor de sus obreras, por las que se interesa ese prestigioso club y ha resuelto establecer un premio a la fecundidad...

DACTYLO: ¿A la fecundidad?

SECRETARIO: Sigue... No todas son como tú. Consistente en la suma de cinco pesos mensuales de prima a toda obrera casada –subraya lo de casada– que dé a luz un hijo varón, a partir de la fecha de la resolución del Directorio.

DACTYLO: Por cinco pesos yo no tendría un hijo.

(*Entra, por la puerta del fondo, El Empleado, que recuerda al Titiritero.*)

EMPLEADO: El Directorio se reúne en seguida.

SECRETARIO: Caramba, deja la carta. (*Los tres arreglan la mesa redonda y las sillas. Se oyen voces, corridas.*) ¡Ya están ahí!

(*Paolus, Accionistas 1º y 2º y Presumido, vienen por el fondo. Salen Dactylo, Secretario y Empleado, saludan respetuosamente a los que entran, que no contestan. Los accionistas son típicos burgueses ansiosos. Se ubican en la mesa.*)

PAOLUS: Bien. Espero esos informes. (*Paolus ha cambiado algo. Está más viejo. Viste mejor.*)

ACCIONISTA 1º: Informaré brevemente. Se ha notado un repunte en nuestras operaciones del interior. Pero en el exterior las cosas andan mal.

PAOLUS: ¿Qué pasa? Nunca leo diarios. No tengo tiempo.

ACCIONISTA 1º: Hay en Europa cierto pánico, provocado por los últimos acontecimientos. Y una fiebre de honestidad parece haber invadido ciertas esferas.

PAOLUS, ACCIONISTA 2º y PRESUMIDO: ¿Honestidad?...

ACCIONISTA 1º: Sí, algunos le dicen honestidad. Debe ser cola de paja. Las empresas como las nuestras están a la expectativa. Hay un angustioso compás de espera.

ACCIONISTA 2º: ¿Quién ha provocado tal cosa? ¿A qué acontecimiento se refería?

ACCIONISTA 1º: El caso Stavinsky, por ejemplo... Al pobre infeliz lo llevaron al suicidio, dicen... No lo creo. Falló un resorte de la enorme combinación y lo sacrificaron. Eso trajo líos.

PRESUMIDO: Todo pasará. Al final, tendrán que pactar los que más gritan su honradez. O morir de hambre. Hay muchos intereses creados, por otra parte.

PAOLUS: ¿Qué consecuencias para nosotros, hasta ahora?

ACCIONISTA 1º: Malas noticias. Los gruesos dividendos no llegan como antes.

PAOLUS: ¿Por qué?

ACCIONISTA 1º: Los dirigentes de nuestras sucursales en París, Berlín y Roma dicen que el gobierno interviene en las ganancias y poda a fuerza de impuestos.

PAOLUS: Son unos imbéciles. Telegráfíe para que se aumenten los sueldos. El trabajo personal no puede ser gravado... ¡que los quintupliquen!, y que giren la diferencia, como siempre.

ACCIONISTA 2º: Me parece una idea genial, señor Paolus. El dividendo con otro nombre: “emolumentos personales”.

ACCIONISTA 1º: Sin embargo tengo la impresión de que todo se vendrá abajo. Algún día se producirá la explosión. Las empresas como las nuestras actúan ya desembozadamente...

PRESUMIDO: No lo creo, mientras dure este sistema social. Y nosotros estamos de acuerdo con este sistema. El dinero es el eje de todo.

PAOLUS: Es claro, el dinero. (*Masticando las palabras.*) Billetes... Todo en billetes... Con una mujer francesa, con una mujer italiana, con una mujer alemana, estampada... Billetes alemanes, franceses, ingleses, italianos... ¡Ah, empapelar el mundo! El sueño del titiritero. ¿Recuerdas, Presumido? En el barracón, las litografías de la guerra ítalo-turca, del águila en el Monte Blanco, del globo quemándose en la muralla china... ¡ja, ja! ¡Colores fuertes! Papeles en la pared... billetes del Banco de la Pompa de Jabón... Son más lindos los de la Casa de Moneda, satinados, como pieles de hembra...

ACCIONISTA 1º: Los diarios europeos viven agitando el espartapájaros de la próxima guerra.

PAOLUS: Ya no es negocio. ¿Quién la financiaría? ¿Entrarían ustedes en un negocio de armamentos?

ACCIONISTA 2º: No; es muy arriesgado. Yo soy pacifista.

PRESUMIDO: Se cobra tarde y mal.

PAOLUS: Aunque todavía, una guerrita, ¿eh?, mis pequeños canallas, no nos vendría mal...

ACCIONISTA 1º: Si se tratara del aprovisionamiento de víveres o de calzado a los ejércitos no digo...

ACCIONISTA 2º: ¡Ah!, éste quiere sacarse de encima su producción de papel.

ACCIONISTA 1º: Tengo un stock formidable en mis almacenes.

ACCIONISTA 2º: ¡Ja, ja! Haga barquitos de papel, como cuando era chico.

PAOLUS: Papel, siempre papel. Billetes de papel, mujeres de papel... (*Revisan sus carteras de cuero. Pausa.*)

ACCIONISTA 2º: Mi hijo juega con verdaderos barcos, puede decirse. Barcos que navegan. Los míos eran de papel, flotaban en el agua, yo provocaba la ola...

PAOLUS: ¡La ola! Sí. Un día, esa ola barrerá con todo... Nos mojaremos los calzones, Presumido... ¿De dónde vendrá? ¿De Oriente? ¿De Occidente?

ACCIONISTA 2º: Nosotros también tenemos juguetes. Seguimos jugando. (*Pausa.*) Me gusta esta cartera. Vale tanto o más que la de un ministro... Y huele bien el cuero de Rusia...

PAOLUS (*en el tono anterior*): ¡De Rusia!... Sí... ¡Sólo de Rusia puede venir la ola!...

(*Entra el secretario por el fondo.*)

SECRETARIO: Perdonen, pero me amenazó... un hombre, un tal Marcus, dice que usted, señor Paolus, lo conoce...

PAOLUS (*despierto*): ¡De Rusia!... ¡no! ¡Qué va a venir!... Diga a ese señor que entre. (*A los demás.*) Ustedes me perdonarán un instante.

ACCIONISTA 1º: Muy bien, señor Paolus.

ACCIONISTA 2º: Hasta que ordene, señor Paolus.

PRESUMIDO (*al oído de Paolus*): Si pide dinero, hágalo sufrir... (*Salen. Pausa. Paolus aguarda de pie. Entra Marcus.*)

MARCUS (*más puro, más taciturno, más descuidado*): ¿Qué tal, Paolus?

PAOLUS: Marcus... ¡Qué cambiado estás! ¡Qué cambiados estamos!... ¿Y este milagro? Por fin te veo. Eres el único de la compañía que me falló. ¿Por dónde andas?

MARCUS: Por ahí, no sé.

PAOLUS: Nosotros hemos prosperado. Tú también, hubieras podido...

MARCUS: Un poco de dinero es necesario para vivir. Demasiado dinero, ensucia. El suyo, como el de todos los que lo amontonan, tiene un origen sucio y criminal.

PAOLUS: No comiences con tus estupideces.

MARCUS: ¿Qué ha hecho usted de su vida? La ha complicado. Como todos. El hombre se ha complicado inútilmente la vida. Cuando venía, me entretuve mirando las vidrieras de las casas de comercio. ¡Cuántas cosas suntuosas y vanas! Perfumes, joyas, automóviles. Todo lo hizo una multitud, para un hombre. Todo lo hizo la máquina, que traga y devora. Y se deja ir, la vida... El aparatito de la Bolsa que vomita listas angostas de papel, tiene suficiente fuerza para devorarlos a ustedes, al final...

PAOLUS: No divagues... ¿Qué quieres de mí?

MARCUS: Un aparatito sutil para enhebrar agujas vale cinco centavos y el hombre que lo inventó gastó tanto ingenio como el que ensaya la cabina forrada para el viaje estratosférico... La máquina traga, devora.

PAOLUS: ¿Qué sabes tú de esas cosas? Siempre hablas sin ton ni son. Desprecias el dinero, el progreso. ¿Has tenido alguna vez en tus manos un azulado billete de quinientos, un rosado billete de mil?

MARCUS: No, sólo tengo la vida en las manos. La quiero y la respeto tanto que no podré esclavizarla nunca.

PAOLUS: ¿De qué eres dueño?

MARCUS: De ella, intacta. De los caminos, que son de todos.

PAOLUS: ¿Qué quieres ahora? *(Pausa.)* Tengo prisa.

MARCUS: ¿Qué sabe de Edery?

PAOLUS: ¡Oh, Edery!... Es feliz, tiene todo lo que quiere. Dinero, joyas, autos, casas de campo. Alterna con gente de

la alta sociedad. ¿Has visto su retrato en las revistas ilustradas?

MARCUS *(riendo sombríamente)*: Sí... en traje de baño.

PAOLUS: Y se casará bien. Un conde o algo así, si quiere.

Me sobra la plata para comprárselo. Un conde desocupado, un lindo condesito con una corona grabada en la camisa. Bailará el vals divinamente.

MARCUS: ¡Insensato! Su hija... *(Lo sacude.)*

PAOLUS: ¿Qué? ¿Te has vuelto loco? ¡Suéltame!

MARCUS: Me ha llamado ayer por teléfono desde una casa equívoca... calle Viamonte. Escalera oscura. Hay un mechero de gas. Dan... ¿Recuerda al "Sentimental"? Lo hallé muerto, envuelto en una manta gris. Lo mató una dosis brutal de heroína... Edery estaba a sus pies...

PAOLUS: ¡Canalla!... ¡Mientes!

MARCUS: ¡Idiota!... ¡Si era su amante!

PAOLUS *(retrocede angustiado)*: ¡Su amante!... ¿Y qué hacía allí?

MARCUS: Como en las comedias finas, todos lo saben menos usted. Ella también fue atrapada. ¡Ella también fue atrapada! Como fue atrapada Ursulina, y la mataron, le abrieron a ella la trampa del vicio... ¡La atraparon!

PAOLUS: ¿Estás loco? Ella, viciosa... Su amante, Dan, el de las canciones...

MARCUS: Su amante y su iniciador. Ella también, Paolus, es una viciosa perdida. ¡Por la excelente mercadería de su antiguo negocio!

PAOLUS: ¡Oh, estás loco, estás loco... Marcus! Me duele el corazón. ¡Me ahogo! ¿Dónde está Edery? ¡Llévame adonde esté!

MARCUS: Atendí a Dan y cuando busqué a Edery, había desaparecido. Yo solo, la encontraré ahora.

PAOLUS: Llévame contigo.

MARCUS: No... podría envenenar al niño también.

PAOLUS: ¿Entonces, Ederly?...

MARCUS: Sí, va a ser madre... Me dará el niño. Lo llevaré conmigo, y el niño crecerá puro lejos de usted, de sus billetes rosados y azulados. Crecerá lejos de todo esto. Posiblemente en el campo, cerca de las vías, en una casa con las puertas abiertas. Los vagabundos cantarán sus canciones para él cuando marchen por la vía rumbo a las ciudades. Y él crecerá viéndolos partir hasta el día en que sea fuerte, sano, bello, ágil, alegre y valiente como ellos, y marche, con ellos. Ederly y yo lo miraremos partir, con el corazón gozoso. Y acaso un día su mano arroje la primera piedra contra la frente de su abuelo, contra los vidrios de su casa de banca, Paolus, que es su cara, siniestra, con las ventanas miopes de sus ojos y un cerrojo en la boca para las buenas palabras...

PAOLUS: ¡Marcus, dime dónde está Ederly! Por el amor de Dios. Corramos a buscarla...

MARCUS: Ya es tarde para usted. Está atrapado, a su vez. ¡Atrapado por la grande y asquerosa araña! *(Sale por el fondo.)*

PAOLUS: Marcus... Marcus... *(Sale desesperado tras él.)*

*(Pausa. Vienen por los pasillos los Siniestros y Alegres Feriantes.)*

LOS FERIANTES. *(Escena muda. Se ubican en la mesa y remedian grotescamente la reunión del Directorio.)*

TELÓN

### Cuadro 6

PAOLUS, EL LECHUZA, DOS ENFERMEROS,  
VICIOSA PRIMERA.

*Un telón negro. En primer término a la izquierda, una mesa larga y angosta, dos sillas modernas, frías, blancas. Papeles, y una calavera sobre la mesa.*

PAOLUS *(entrando por pasillo, derecha, descuidada la ropa, abrumado)*: ¿No hay nadie aquí? Sin embargo... *(Golpea las manos.)*

*(Aparece por izquierda El Lechuza.)*

EL LECHUZA *(sujeto extraño, con guardapolvo blanco y guantes de goma, rojos. Rostro lívido y afilado, duende de cada-verina, pegajoso y convincente)*: ¡Ah, del que llama! ¡Ah, del hospital!

PAOLUS: De la administración me envían a esta oficina.

EL LECHUZA: ¿Qué busca usted? ¿Noticias, buenas o malas?

PAOLUS: Un informe...

EL LECHUZA: Je... je... Si lo mandan a esta oficina, debe ser por algo malo. Me llaman el "Lechuza". Usted comprende. Debo responder al mote. Conozco los grasientos libros de entradas y salidas... Pero, oiga: salidas por el fondo, por el gran portal de los furgones... De ahí van los carros directamente a la fosa común, o a la morgue.

PAOLUS: ¡Vamos!... Es necesario que me diga, pronto... ¡pronto!

EL LECHUZA: Siéntese usted. *(Se sienta también él.)* Aquí se cultiva la muerte. Y el buen humor. Los practicantes to-

can el ukelele y los médicos son los intermediarios con el otro mundo. Las camas son duras y llenas de chinches. Nos movemos en un inmenso mar de bacilos, leucocitos, glóbulos blancos... ¡Ríos de pus verde nilo! ¡Mares de espiroquetas pálidas! ¡Aquí se cultiva la muerte y el buen humor! Aquí se desvía el destino.

PAOLUS (*exaltado*): ¿Es usted un loco, o un empleado del hospital?

EL LECHUZA: Todo lo conozco, todo lo adivino, todo lo presiento. Soy un amable, un alegre agente de las empresas de pompas fúnebres.

PAOLUS: Quiero noticias de mi hija, de mi hija, ¿comprende?

EL LECHUZA: ¡Ah, veamos! ¡Cómo se llama, o mejor dicho, se llamaba (*mueca de Paolus*) la hija de usted?

PAOLUS (*angustiado*): Ederly Paolus...

EL LECHUZA: Ederly... Ederly... hermoso nombre de adolescente muerta. Nombre de joven, desgraciada parturienta.

(*Entran por derecha dos enfermeros trayendo a Viciosa Primera en una camilla.*)

ENFERMERO (*deteniéndose frente al Lechuzza*): Accidente voluntario.

PAOLUS (*va hacia la camilla y descubre el rostro de Viciosa Primera*): ¡Oh... creí!...

EL LECHUZA: ¿Creyó que era su hija? No. Es una morfinómana. Ya estuvo varias veces aquí. (*Al enfermero.*) ¿Cómo ha sido?

ENFERMERO: Se tiró de un quinto piso. Dicen que estaba como loca por la falta de drogas. Era una pobre empleada.

EL LECHUZA: Je... ¿Y morfinómana? Era hermosa... (*La observa, la ausculta.*) ¡Oh, qué bárbaros! ¿Quién los mandó aquí?

ENFERMERO: El médico de policía.

EL LECHUZA: Tenía que ser. Vuélvanse ustedes. No tenemos nada que hacer con ella en el hospital.

PAOLUS: ¿Acaso?... (*Como arrepentido, aterrorizado.*) ¿Ya?...

ENFERMERO: ¿Y adónde la llevamos?

EL LECHUZA: A la morgue... (*Se inclina.*) Con muchos saludos míos.

PAOLUS: ¡A la morgue! ¿Acaso está muerta?

EL LECHUZA: Sí, está muerta. Se zafó de la caída pero seguramente la intervención oportuna del médico apresuró el desenlace.

ENFERMERO: A la morgue. (*Salen por derecha llevándose a la muerta.*)

PAOLUS: ¿Muchos... muchos casos como este?

EL LECHUZA: Uff... a millares. La profesión da gusto por eso.

PAOLUS (*queda abatido. Reacciona*): ¡Mi hija! ¿Cuándo he de saber?

EL LECHUZA: ¿Me dijo que se llamaba?...

PAOLUS: Ederly Paolus.

EL LECHUZA: Ederly... Ederly... hermoso nombre de adolescente muerta. Nombre de parques y zaguanes. Nombre de torres y escondidas rotondas. Ederly... Nombre de joven, traslúcida, tierna y enloquecida parturienta. ¡Oye usted esos gritos? Son las jóvenes y enloquecidas parturientas. Pero hay algunas siniestras. Paren fenómenos o simplemente seres informes. Puedo mostrarle a usted varios frascos.

PAOLUS: ¡Oh, mi hija!... ¡mi hija!

EL LECHUZA: Veamos... (*Revisa un libro.*) F... g... h... i... j... k... l... m... n... o... p... P. P de pecado. P de pulmonía. P de padre. P de pobre. P de puta. (*Ríe.*)

PAOLUS: Ederly Paolus... Ederly Paolus...

EL LECHUZA (*mientras Paolus se incorpora y retrocede angustiado*): Ederly Paolus, ha estado aquí, hace un mes... (*Se oye un rumor de ukeleles.*) Ah, son los estudiantes, que cultivan el buen humor y la muerte. Dio a luz una criatura que vive... Pero ella murió poco después del parto.

PAOLUS: ¡Dios mío! ¡No es posible!

EL LECHUZA: Alguien vino a reclamar el cadáver y se llevó también la criatura... (*Ríe.*)

PAOLUS (*abogado*): ¡Oh... mi culpa! (*Se golpea el pecho.*) ¡Mi culpa! Estoy atrapado.

EL LECHUZA: Un señor Marcus se llevó el cadáver y la criatura.

PAOLUS: ¿Adónde? Pronto... ¡Se lo ruego!

EL LECHUZA: Destino desconocido. (*Pausa.*) Hay aquí, en este cajón, algo que podrá llevarse usted. Es un pedazo de la muerta... Una cartera. (*Saca la cartera.*) Aquí hay 23 pesos... Un retrato lleno de muerte... Un retrato de mujer anciana. (*Sigue revisando ante el dolor silencioso de Paolus.*) Y un retrato antiguo, recuerdo del Jardín Zoológico... ¡Ja, ja!

PAOLUS: ¿Qué más, qué más? ¿Alguna dirección, alguna carta, algún indicio?...

EL LECHUZA: Un papelito amarillo... ja, ja. Profecías de la Gitana... De uno de esos aparatos de feria adivinadores de la suerte. Veamos que dice: “Muchacha linda, marido bueno, destino bello. Vivirás 77 años”... ¡Qué gracia! Eh... je... je... 77 años... “Su color preferido es el violeta y reconocerá al joven rubio que llevará un lirio en el ojal...” Jo, jo, jo... Todas las parturientas traen papelitos como este. Son las que se mueren.

PAOLUS: ¿Nada más?

EL LECHUZA: Nada más.

PAOLUS: ¿Ni una línea, ni un indicio, ni un recuerdo mío, o para mí?

EL LECHUZA: Ni un recuerdo.

PAOLUS: ¡Oh, oh, se ha hecho tarde! Ha venido el invierno de golpe. (*De pie, inicia el mutis pausada, dolorosamente, por derecha.*) Estamos todos atrapados por la araña.

EL LECHUZA: Los furgones comenzarán a salir de un momento a otro.

PAOLUS: Se llevó el cadáver... y la criatura. ¡Ah, la criatura!...

EL LECHUZA: A estas horas se reúnen en asamblea los bacilos. En las cubetas, en los vidrios, en la planchas, en la gasa y en el fondo de los baldes ensangrentados.

PAOLUS: Todo es horrible, como un sueño. Pero estoy, despierto... ¡Ederly, Ederly!

EL LECHUZA: Los ukeleles y la tos. ¡Hermosa música! La blasfemia, la chanza y el esputo. Aquí se cultiva la muerte.

PAOLUS: Ederly... Marcus... Me han dejado solo. Todos se han marchado... Ederly... Ederly... (*Sale por derecha.*) ¡La araña!

EL LECHUZA: Y viviremos 77 años.

TELÓN

**Cuadro 7**

PAOLUS, EL SERENO, LOS SINIESTROS Y  
ALEGRES FERIANTES.

*La misma decoración del segundo cuadro. Es de noche. Al levantarse el telón se oye la musiquilla de siempre. Una luz apagada viene de la vidriera. Se hace más fuerte cuando el rostro de Paolus aparece en ella. Golpes de Paolus en la puerta. Pausa.*

EL SERENO (*saliendo de izquierda, con una linterna*): ¿Quién va? ¿Quién llama a estas horas?

PAOLUS: ¡Abre, abre!

*(El Sereno abre la puerta que quedará entornada. Entra Paolus.)*

EL SERENO: ¿Señor Paolus, usted?

PAOLUS (*más envejecido, abrumado*): Sí, soy yo. Tu viejo patrón que vuelve. ¿No hay nadie aquí?

EL SERENO: Nadie.

PAOLUS: ¿Todos se han marchado, entonces? ¡Me han dejado solo? Cien Músculos... Dan... Marcus... Presumido... ¿Mis viejos camaradas, donde están? Úrsula... Ebery... Todos se fueron...

EL SERENO: ¿Qué le pasa, se siente usted mal? ¿Quiere un trago?

PAOLUS: Déjame siquiera recordar... (*Va hacia las máquinas, las acaricia.*) Eran otros tiempos, y entonces no sabíamos que la felicidad es algo definitivamente inalcanzable... Oye, Pedro... Toma dinero... (*Le da una cantidad de billetes.*) Emborráchate... Es dinero sucio.

EL SERENO: Qué raro, patrón... Es extraño.

PAOLUS: Sí, todo es extraño, casi misterioso. ¿Estaba ya todo organizado? (*Pausa.*) Pero, Marcus... ¿adónde está Marcus, el dueño de mi antiguo negocio?

EL SERENO: El señor Marcus se ha ido. Vendió el negocio a Papoff, el luchador.

PAOLUS: ¿Dices que vendió?

EL SERENO: Sí. Vino aquí con la Pintada, y una criatura. Un niño de meses... Me dijo que se marchaba a otra ciudad, a trabajar. Y que se llevaba a la criatura. Parecía muy impresionado.

PAOLUS: ¿No dijo adónde iba?

EL SERENO: No, señor Paolus.

PAOLUS: Seguir buscando... Lo hallaría, y ¿para qué intentar? Todos han muerto. Yo también he muerto. He muerto. Pedro. ¡Vengo a una reunión de fantasmas!

EL SERENO: Yo creo...

PAOLUS: Déjame... un instante... solo... no temas... quiero recordar...

*(El Sereno desconfiado, sorprendido, sale por izquierda.)*

PAOLUS (*va y viene dificultosamente por la escena. Llegan gritos de vendedores de diarios, rumores confusos. Oscurece en toda la escena. Sólo se ve a Paolus, de modo que cuando aparezcan los Siniestros Feriantes no se los vea entrar*): Es inútil... Todos se han ido... (*Se desploma poco a poco, le pesa la vida, cae de rodillas entre las máquinas.*) Estoy solo... (*Se oyen más fuertes, los gritos de los vendedores de diarios.*) Atrapado por la gran araña...

VOZ DE UN CANILLITA: ¡Suben las acciones, del G. T. F!... ¡Juan Paolus ha sido electo diputado por las fuerzas vivas! ¡El G. T. F!... (*Hasta que la voz se pierde en la noche, mezclada a rumores confusos y musiquillas.*)

PAOLUS (*arrastrándose de rodillas*): Es tarde... Ederly... ha venido el invierno. Los gatos se calientan al sol... pero todo está oscuro... Se oye el silencio.

(*Aparecen los Siniestros y Alegres Feriantes.*)

LOS SINIESTROS Y ALEGRES FERIANES (*desde distintas partes, asomando detrás de las máquinas alcanzados por luces rojas*): Ajajá... jajá...

PAOLUS (*como queriendo espantar sus propios pensamientos*): Billetes de banco... morfina... los muertos... ¡Estoy atrapado!... Atrapado por la grande y asquerosa araña...

LOS SINIESTROS Y ALEGRES FERIANES (*desapareciendo*): Ajajá... ja já...

PAOLUS (*todavía de rodillas, iluminado su rostro descompuesto por el reflector, mientras cae el telón con las primeras notas del motivo del circo.*)

TELÓN

## Tratado de moral y urbanidad

Monólogo cómico original

Florencio Parravicini





## Escena única

Excelentes y saludables noches tengan todos ustedes. Beso con todo respeto los pequeños pies siempre que tengan los guantes, pues... No es por nada, es por el olor a tabaco; y por último, a las señoras; beso las manos a los caballeros, beso a los niños y niñas en los sitios de costumbre. Crea que no me falta nada por besar.

Cumpliendo con un deber elemental de cortesía, procedo a mi presentación: Florencio Parravicini, profesor de moral y urbanidad.

Yo he dado a luz... varios tratados que nunca publiqué, y que son de gran utilidad en este mundo en que vivimos.

Citaré varios de ellos: “Manual del suicida”, tamaño para bolsillo. “Ensayo sobre la fabricación artificial de maniqués”. “Método abreviado para aprender el inglés en diecisiete años y diez días”, y por último, “Diccionario de insultos matrimoniales” (edición agotada). Pero la obra que verdaderamente me immortalizará, es la titulada: “Tratado de moral y urbanidad”. Para que no perdamos tiempo, citaré los capítulos más importantes de mi libro.

Ruego la mayor atención, pues es sumamente instructivo.

La educación es tan antigua como el mundo. Se sabe de buena fuente que en el Paraíso Terrenal, cuando Eva le ofreció a Adán la manzana, éste le dijo: —Vos primero. Y, además, se la peló también, dándole el mejor pedazo.

Se sabe también que Adán no se comía las uñas, ni roncaba, ni decía: “La gran siete” ni “¡A mí con la piolita!”... ni “¡Echale bufach al catre!”. Nada de eso.

La educación en el seno de la familia es de lo más delicado.

Un hijo, para un padre, por más que crezca, siempre será un hijo. Éste debe querer al padre con todo respeto, y no emplear ciertas frases como por ejemplo: “Apuntate ocho, papá...”, etc., etc. Si el padre tuviese la costumbre de golpear a su esposa, el hijo tiene el deber de evitar semejante tratamiento, y si no pudiese conseguirlo por completo, debe reglamentar, indicando día y hora. Yo, en mi tratado, aconsejo los domingos de 11 a 12.

Ahora hablemos sobre los niños: Sean ustedes buenos con los chicos de los demás, y demuestren encontrarlos preciosos, aunque sean feos como un sapo. Si una criatura se les trepara en las rodillas, hagan ustedes como si les divirtiera mucho ¡muchísimo!... Si el angelito les deteriora los pantalones a su modo, no se violenten; procuren buscar algunas frases amables para la madre, si es que ella lo ha visto, como por ejemplo: No se aflija señora, no es nada. Todos lo hemos hecho cuando chicos... y, hasta de grandecitos también. Con decir esto, y comprar otro pantalón, está todo arreglado.

Ahora les toca a su vez hablar de los esposos. Cuando la esposa se encuentra en esa situación interesante, el marido debe evitar por todos los medios, que presencie escenas violentas. En mi libro encontrarán ustedes el ejemplo de cierta señora que, habiendo visto un individuo atropellado por un tranvía en la calle de Santa Fe, dio a luz poco tiempo después un niño con una inscripción en la nuca que decía: “Centro América y Belgrano”. Ahora nos toca hablar sobre nuestros deberes para con las suegras.

Ya es tiempo de que rehabilitemos a ese ser simpático: la madre de la esposa. ¡Ella, que se desprende de su hija! ¿Cómo no quererla? Por lo tanto, si por desgracia cayera enferma, no deben ustedes trepidar en traer, no un médico, todos los que puedan. Cuantos más traigan, mejor; así morirá más pronto. Si se salva, tendrán ustedes el gusto de

comprobar que tiene una naturaleza a prueba de bomba, y para que se reponga del todo, se le obligará a que viaje mucho en ferrocarril y si esto no fuera suficiente, la harán pasar durante tres horas bajo el trolley del eléctrico y en tiempo húmedo.

Días de recibo: Es moda muy común señalar un día para recibir las relaciones. Ese día no se debe salir. No hagan nunca visitas en zapatillas, ni pongan nunca el paraguas mojado sobre el piano. El paraguas se deja en el vestíbulo, en la paraguera; de este modo, si al salir ven otro mejor, se lo llevan. Esto también aconsejo con los sombreros y sobretodos. Cuando se hagan visitas de pésame, háganlo con ropa negra y blanca, con ribetes lila, y eviten frases como éstas con los parientes del muerto: “Por fin entregó el rosquete...”, “¿Con que cantó pal carnero?”... “¡Estiró la pata la vieja!...” , etc., etc.

Ahora, sobre los préstamos de dinero: Cuando se presta dinero a un amigo, es una imperdonable grosería el recordárselo; y mucho más imperdonable el cobrarlo; lo elegante es perdonárselo, y lo mejor de todo no prestárselo.

Sobre la limpieza: Los dientes se limpian en casa; nunca por la calle ni en la iglesia. Es feísimo rascarse delante de una persona. Al hombre bien educado se supone que nunca le pica nada. Miren siempre a la persona con quien conversen. El que mira a otro lado es un hipócrita o un bizco.

En los banquetes: Si están invitados a cenar y encuentran en la sopa alguna mosca, o un pelito, o un peine, no digan nada, ni llamen la atención de los invitados. En mi tratado encuentran la solución: se toma el plato con disimulo, y, mientras se conversa con el vecino de al lado, se vuelca la sopa debajo de la mesa, o, también, se coloca discretamente la mosca en el plato del vecino. Es prohibido chuparse los dedos sin motivo, y, en todo caso, no se hace de uno en uno, sino de cinco en cinco. La costumbre de guardarse los postres en

el bolsillo, se puede conseguir cuando se hace con disimulo: siempre que no sea arroz con leche, crema, helados, etc.

Las despedidas. Son varias: La despedida de los artistas, cuando el trabajo que ha ejecutado ha agradado al público, se retira saludando, lentamente y muy ceremonioso; pero, si por el contrario, el trabajo resulta una lata, como lo que he hecho yo, se va de esta manera. (*Vase corriendo.*)

TELÓN

## **Del mismo barro**

Brochazos de la mala vida porteña

Pedro E. Pico



## Acto único

*Un rincón de la quema de la basura. Entre escombros y desperdicios, una casucha toscamente construida con cajones, latas y trozos de lona. Al foro y a la derecha, la parte trasera de una chata que concluye de volcar su informe cargamento. Cierra la escena, hacia el fondo, un pedazo de cielo plomizo y sucio; y allá, a lo lejos, como algo que se esfuma, extiende sus brazos de hierro la cruz de un campanario. Atardece. “El maestro”, echado en el suelo, lee un periódico, recogido de entre la basura. Tumbada, también de largo a largo, la “Negra Tormenta” saborea los restos de un “Rivadavia”; “Diente de Oro”, próximo a la chata, escarba con un palo los desperdicios.*

MAESTRO (*leyendo sin dificultad, aunque pausadamente*): “Desde las primeras horas y a los primeros acordes del vals inicial, el cuadro adquirió todos los contornos que caracterizan a estas reuniones. Cerca de las dos de la madrugada empezó el desbande de la concurrencia. Asistieron entre otras”...

DIENTE: Sigue...

MAESTRO: Falta el pedazo.

DIENTE (*con sinceridad*): ¡Lástima!

TORMENTA: ¡Claro! te va a fiar el bolichero del puente si le referís la crónica social.

DIENTE: ¿Se te importa?

TORMENTA: ¿Y a vos?

DIENTE: A mí... (*Se rasca la cabeza: pensativo como si pretendiese despertar bajo la selva de su pelo sucio las dormidas ideas.*)

TORMENTA: ¡Sos bobo! Meté el palo, rascá la tierra, hurgueteá bien y no seas desgraciao. ¿La ciudad? ¡Pa los pavos!

MAESTRO: Me agrada leer estas cosas: me ayudan a vivir de nuevo. Se me hace que soy joven que bulle la sangre como entonces...

TORMENTA: ¡Bah!

MAESTRO: Hay que mirar atrás de cuando en cuando.

TORMENTA: Ni atrás, ni adelante. Hoy tengo pa el bullón y un pucho de postre. Lo demás me importa tres pitos. *(Pausa.)*

MAESTRO: ¡Mis tiempos! *(Se pone de pie trabajosamente.)* Aquél puede decirlo.

TORMENTA: ¿Qué hacías?

MAESTRO: Tenía una escuela. ¿Verdad, Diente de Oro?

DIENTE: Verdad. Enseñaba a los chicos.

TORMENTA: También enseñas ahora tu inmundicia y no hacés mal a naides... En cambio, antes, cuando usabas camisa dura y planchabas los pantalones debajo del colchón... ¿qué enseñabas?

MAESTRO: ¿No te he dicho?

TORMENTA: Sí, ya sé, eras maestro. Pero, creeme: cuanto más burro más rico, cuanto más rico más burro. Y últimamente, ¿por qué te has refugiado aquí? ¿Por qué no volvés con la gente? ¡Hablá! ¿Quién te ata?

MAESTRO: Nadie: yo mismo; la pereza que me tiene esclavo, sin soltarme. La siento aquí, aquí... A veces creo que me deja, que se va con los días que mueren, con las cenizas. Entonces me levanto y camino y pienso y vivo, como ahora, y hasta renacen mis amores y mis esperanzas. ¿Qué se hizo aquella mujer que me besó aquel día? ¿Y aquel niño que aprendió a llorar en mi cama? ¿Y aquel amigo que no era mi amigo?

TORMENTA: ¿Y de ahí?

MAESTRO *(con desaliento)*: ¡Mentira! ¡Ilusiones! No me deja nunca, nunca. Es que se duerme para adquirir nuevos bríos. Cuando despierta me aplasta otra vez como un mundo de plomo. Y entonces existo y no sé que existo, porque tampoco pienso. La sangre se detiene como cansada, se me caen los párpados, desaparece la voluntad y así, entre sueños, me parece que la tierra, esta tierra sucia, me llama, reclamándome para siempre.

TORMENTA: ¡Sos bobo!

DIENTE: Y bueno, paciencia. Yo también tenía; ahora no me queda nada: ni el diente de oro, ni mi diente de oro... *(Ríe con risa imbécil, mostrando sus encías descarnadas.)* Cómo querés que te cante – si perdí las ilusiones – en los árboles sin hijos – no trinan los ruisiños. *(Al maestro.)* Vos me enseñaste este verso; vos mismito... *(Vase poco a poco por la izquierda, sin dejar de escarbar.)* Yo también tenía... Yo también tenía...

MAESTRO: ¡Ya está! Ya me agarró otra vez. *(Se echa de nuevo.)* No me deja nunca, nunca...

TORMENTA: La vida... ¡pesa la vida! *(Por detrás del carro aparece Maco. Viste pantalón oscuro, camisa de color, chaleco desprendido y chambergo.)*

MACO *(a un compañero que se supone próximo)*: ¡Che, Gorrablanca! *(Silba.)* Attendeme los mancarrones un momento... Sí, los matungos... Buenas tardes.

MAESTRO: Buenas.

MACO *(le da con el pie a la negra)*: Salude, pues.

TORMENTA *(después de mirarlo largamente)*: Largá un cigarrillo.

MACO: ¿Ya no rejunta?

TORMENTA: No sé dónde. Antes, cuando descargaban los carros del centro, entoavía. Entonces daba gusto. ¡Pero ahora! Vos has de ser del barrio del pobrerío, ¿no?

MACO: En todas partes se pita, vieja.  
 TORMENTA: Rivadavia... fundó las escuelas. ¡Salí! Toscano y papel de a diez. ¡Mishiadura!... ¿Y?... ¿Me das o no me das?  
 MACO: Tome. *(Al maestro.)* ¿Quiere? *(Se lo tira, pero el maestro no lo recoge porque cae algo lejos de él.)*  
 TORMENTA: Deme luego.  
 MACO: Si quiere, escupo por usted.  
 TORMENTA: No uso saliva, che.  
 MACO *(pausa)*: ¿Y la chica?  
 TORMENTA: ¿La chica?  
 MACO: ¿Por dónde anda?  
 TORMENTA: Por ahí.  
 MACO: ¿Haciendo?  
 TORMENTA: Lo de siempre: nada... *(Pausa breve.)* Te preven-  
 go que te he conocido el juego.  
 MACO: ¿A mí?  
 TORMENTA: Completamente. ¿No es verdad, che, maestro?  
 MAESTRO: Yo qué sé.  
 TORMENTA: Vos nunca sabés nada.  
 MACO: ¿Qué ocurre?  
 MAESTRO: ¿Cuándo es el espiente?  
 MACO: Cuando ella quiera. ¿Acaso lo oculto? Favor y medio que le hago. Mejor que aquí, en cualquier parte.  
 MAESTRO: Natural.  
 TORMENTA: Te parece a vos.  
 MACO: Me da lástima verla entre basuras y cosas viejas, siendo de todos inconscientemente, como la cosa más natural del mundo.  
 TORMENTA: Y así no más es...  
 MACO: Es que yo la quiero, y la quiero para mí solo. Y ha de ser; me lo propuse el día que la vi junto a la chata, es-  
 carbando los desperdicios. Ella, ¡tan linda!

TORMENTA: Pero su mamá...  
 MACO: Su mamá ¿qué?  
 TORMENTA: Como es tan vieja...  
 MACO: Le hago un bien en llevarla; y cuando se trata de hacer un bien no se atiende otra cosa. ¿Que se muere? Bueno. A cualquier precio.  
 TORMENTA: Che, che... No te disparés. Después de todo, a mí... Pero mirá: las cosas viejas también tienen su hermosura. ¡Y es tan lindo estarse aquí, sin moverse, mirando el humo que sube al cielo!  
 MACO: ¡No diga!  
 TORMENTA: Me voy a mi chalet, a pitar tranquila.  
 MACO: Pero... diga, pues...  
 TORMENTA: Dejame. ¡Sos bobo! Vos también sos bobo. *(Entra a su casucha escupiendo despreciativamente.)*  
 MACO: ¡Rica tipa! *(Al maestro que se ha echado a dormir.)* Diga, maestro.  
 MAESTRO: ¿Eh?  
 MACO: ¿No la ha visto?  
 MAESTRO: Sí, anoche. No, anoche no; esta mañana. Siempre con su perro.  
 MACO: ¿Y?  
 MAESTRO *(dase vuelta)*: Tengo sueño. Déjame... Por ahí anda... Búscala... *(Por el foro llega Gorrablanca, compañero de Maco y carrero como él.)*  
 GORRA: ¿Te pensás quedar aquí toda la tarde?  
 MACO: Tengo que hablarla.  
 GORRA: Ya se han ido todos los carros. No quedamos más que nosotros.  
 MACO: Esperate; cinco minutos.  
 GORRA: Es que me da rabia. Tantas vueltas por una chiquilina atorranta. Quizá seas el primero en arrepentirte.  
 MACO: ¿Yo?

GORRA: Por meterte a Cristo. De aquí no vas a sacar nada bueno.

MACO: O sí. ¡Quién sabe! Cuando vea y oiga otras cosas y respire mejor y... ¿No has visto un rosal entre el estiércol amontonado? Allí, a la entrada...

GORRA: Me voy... Estás loco.

MACO: Estoy enamorado.

GORRA: Es lo mismo. Ahora no más empieza la quema y... ¡hasta luego! (*Vase derecha.*)

MACO: Hasta mañana. (*Pausa.*) Por allí viene. (*Al maestro.*) Che, maestro.

MAESTRO: ¿Qué hay?

MACO: Decile que me espere, si se queda sola. Te pagaré el servicio. Ato y vuelvo. (*Vase apresuradamente por derecha.*)

(*Dora, la Chucha, Florcita y Mingo por izquierda. Dora es una vieja fea y sucia que huele a caña por los cuatro costados. Más que con la boca, desdentada y de encías exangües, habla con los hombros, mal cubiertos de harapos. Camina despacio, arrastrándose casi y con los ojos fijos en tierra. Florcita y Mingo prendidos de su falda mastican un pedazo de pan duro. Detrás de ellos, a cierta distancia, llega la Chucha, algo mejor entrazada que la madre, pero sin dejar de parecer lo que es. Mientras la primera cruza la escena, la Chucha se sienta en el suelo, jugando con un perrillo que trae entre los brazos, desnudos.*)

MINGO (*a la hermanita y al mismo tiempo que Dora se inclina para recoger un botón de hueso*): ¡Dame un pedazo!

FLORCITA: ¡No quiero!

MINGO: ¡Dame! (*Los chicos se pegan y gritan, sin que la madre se dé vuelta siquiera.*)

FLORCITA: ¡Ay, ay!... ¡Mamá!

MINGO: ¡Dame!

FLORCITA: ¡Mama!

MAESTRO (*desperezándose*): Vieja perra (*Dora se inclina nuevamente.*) ¿Qué junta ahora?

MAESTRO: ¿De dónde vienes?

CHUCHA: Ahora botones. Hasta que no recoja para unas copas no para. (*La vieja y los chicos desaparecen por la derecha primer término.*)

MAESTRO: ¿De dónde vienes?

CHUCHA: De por allá. Buscando para éste.

MAESTRO: No puede quejarse: lo cuidas más que a los tuyos.

CHUCHA: Me alegra más que ellos también. Por lo menos me lame las manos y brinca, cuando me ve. Mi madre no. Nunca me dice nada; nunca me ha besado tampoco... A veces me mira como si quisiera descubrir algo a través de mis ojos. ¿Es mi madre? Yo lo sé porque lo oigo decir desde hace tiempo... desde que me acuerdo...

MAESTRO: Es tu madre.

CHUCHA: Como si no. Y al fin y al cabo. ¿para qué me hace falta?

MAESTRO: ¿No la quieres?

CHUCHA (*después de pensar un instante*): No sé. ¿Cómo se sabe, cuándo se quiere? ¿Cómo se conoce?

MAESTRO: ¿Y los chicos?

CHUCHA: A esos los he visto nacer.

MAESTRO: ¿Y nunca te habla?...

CHUCHA: De nada, ¿no le he dicho?, de nada.

MAESTRO: Es raro. (*Pausa breve.*)

CHUCHA: Le dije que nunca me había besado, ¿verdad? Bueno: es mentira. Una noche... (*Se levanta y se sienta luego próxima al maestro.*) Estábamos todos acostados en aquella casucha que teníamos antes, ¿se acuerda? Llovía mucho: el agua entraba por todas partes, golpeando las latas

del techo como un redoblante. Yo me tapé bien con unas bolsas y cerré los ojos, para que no me lastimasen los relámpagos. Los chicos gritaban, asustados, y éste (*el perro*) subía las orejas y alargaba el hocico así... Pasó un rato, un rato largo, muy largo; más de dos horas...

MAESTRO: ¿Y de ahí?

CHUCHA: Mi madre se había levantado y se me acercó poco a poco, dando tumbos. Estaba borracha. Yo no me atrevía a respirar: tenía miedo. Se inclinó, después de mirar a todas partes, como una ladrona, y me dió un beso suave, suavcito, rozándome apenas con los labios. Y sentí entonces que lloraba, estremecida de frío, diciendo entre dientes: ¡Chucha! ¡Chuchita, yo te quiero; yo soy tu mamá, tu pobre mamá; yo te traje aquí... Perdóname, Chuchita, perdóname! Y la lluvia caía, caía siempre igual sobre las latas: tac, tac, tac...

MAESTRO: ¿Y después?

CHUCHA: Volvió a tumbarse en un rincón.

MAESTRO: ¿Y nunca te explicó?

CHUCHA: Nada. Y yo quisiera saberlo todo. ¿De dónde hemos venido? ¿Quiénes somos? ¿Por qué estamos aquí? Diga: ¿quién era antes esa que ahora es mi madre? Usted sabe...

MAESTRO (*levantándose*): No; yo no sé nada.

CHUCHA: Sí, usted sabe.

MAESTRO: Pero no te digo, ¿Para qué? (*Retirándose rumbo foro derecha.*) Sal de esta basura. Él te quiere llevar... Anda. Allí en la ciudad vas a comprenderlo todo. ¿Lo llamo? (*Chucha no responde.*) Te busca desde hoy. ¿Lo llamo? (*El maestro hace mutis, esperando siempre la respuesta.*)

CHUCHA (*después de una pausa reflexiva*): Él sabe... Él sabe... (*Queda en silencio, jugando con el perro.*)

(*El Reo y Bolita Cachada, por la izquierda, mirando hacia atrás, recelosamente, como gente habituada a las persecuciones. Tipos malevos característicos.*)

EL REO: Ya estamos.

BOLITA: Felizmente.

EL REO: Ahí tenés nuestro mundo. Esto tan sucio y tan triste... esto es la libertad. De aquí salimos cuando hay trabajo, ¿te das cuenta?... Y aquí volvemos ante la perspectiva de una cana y cuando nuestros paseos se hacen sospechosos. Te ha de gustar. Esta gente no habla; ni quiere ni sabe hacerlo: unos por pereza y otros por egoísmo, porque de ese modo contribuyen a la tranquilidad de su mundo. Vas a tropezarte muchos... amigos. Gente buena. En una palabra: se respira mal, pero se respira libre.

BOLITA (*por la Chucha*): ¿Y ésa, che?

CHUCHA: ¿Qué hay?

EL REO: Un amigo.

CHUCHA: Bueno.

BOLITA : ¡Y es linda!

EL REO: Vos la ves... Parece una hembra, ¿no es cierto? Mentira, un trapo, una cosa, un botón de esos que recoge la madre. Basuras de la ciudad, también, aunque no venga en carros...

BOLITA : Y a propósito de "botones"...

EL REO: De cuando en cuando. Nosotros vamos más pa dentro. Tengo un plan... (*Al salir por la derecha, tropieza con Maco.*) Uno de allí. (*Maco los mira entre desconfiado y celoso. Luego, al quedarse solo, se pone en cuatro pies y avanza en esa posición desde el foro para sorprender a la Chucha con un beso en la nuca.*)

CHUCHA (*indiferente*): Maco.



MACO : ¿Te dijo el Maestro? Vengo a llevarte.

CHUCHA: Otra vez.

MACO : Pa la ciudad.

CHUCHA (*breve silencio*): ¿Y qué hay allí?

MACO : Otra vida.

CHUCHA: ¿Y esas torres que se ven desde el puente, qué son?

MACO : De una iglesia.

CHUCHA: ¿Para rezar?

MACO : Para eso. También hay allí cosas muertas. Pero no importa. Nosotros haremos otro mundo, un mundo chiquito, que quepa en nuestro cuarto. Verás.

CHUCHA: ¿Y el perro?

MACO : ¿Y yo?

CHUCHA (*animándose poco a poco*): Lo quiero mucho; más que a nada y a nadie. Lo encontré un día entre la basura, con una patita rota, flaco, triste. ¡Me dio una pena! Desde entonces ando con él, como con él. Por eso me puso La Chucha el maestro, que según dice quiere decir mujer de perro. ¿Quiere decir esto?

MACO : No sé; puede que sí. Él sabe mucho.

CHUCHA: El año pasado, no, el otro, dejaron de venir los carros cerca de una semana. ¿Te acordás?

MACO : Cuando la huelga.

CHUCHA: No sé: la cuestión es que dejaron de venir. ¡Pasamos un hambre! Dos o tres chiquilines se murieron. Nosotros no hacíamos más que remover la basura amontonada. El último día apenas podíamos caminar.

MACO : Es cierto. Al volver, concluida la huelga, los encontramos echados como borrachos. Todos parecían borrachos.

CHUCHA: Yo también; pero cerca de media noche, no pude más y salí al campo husmeando como un perro hambriento. Lo revolví todo, rascando la tierra con las uñas. Por

fin, cuando ya desesperaba, entre un montón de trapos, encontré un pedazo de pan. Me senté jadeante. Quería morderlo y no podía; el cansancio no me dejaba: me era imposible juntar los dientes. En eso, y sin que yo lo advirtiera, se me echó encima un hombre para quitármelo. Tenía hambre también. Yo lo arañé, lo mordí. Luego rodamos por el suelo, revolcándonos por entre el barro. Y mientras yo defendía con desesperación aquel pedazo de vida, de mi vida, el perrito me miraba desde lejos, asustao, como diciéndome: No puedo defenderte. Soy tan chiquito, tan chiquito...

MACO : ¡Pobre Chucha! ¿Y aún dudas? No: yo quiero llevarte. (*Estrujándola nerviosamente.*) ¡Yo quiero que seas mía, mía! Yo te defenderé contra todo y contra todos; ¡yo no tengo miedo! Soy joven; morderé si es preciso como un perro, lo mismo que un perro: como lo hubiera hecho ése a tener más fuerza y a tener más años y más hambre aquella noche de hambre. (*Aparece Tormenta en la puerta de su cuartucho, con un mate en la mano.*)

TORMENTA: No te van a dejar, che, porque no tenés patente y te anda buscando la perrera.

MACO : ¿Y a usted, quién la mete? (*Se levanta.*)

TORMENTA: ¿Querés un amargo?

MACO: Salga de aquí.

TORMENTA (*a Chucha*): ¿Y vos che?

CHUCHA: Tampoco.

TORMENTA: ¡Bah, bah, bah! ¡Sos boba! ¿A que te ha convencido ese matrero? No le hagás caso, m'hija, no le hagás caso. Todo es cuento y milonga de gringo. Raite, m'hijita, raite. ¡El mundo! ¡Qué mundo!... ¡La sociedad! Con decirte, m'hijita, que allí hay gente que se lava la cara todos los días...

CHUCHA: ¡Salga!

TORMENTA: ¿No creés?

MACO: Mejor será vivir entre mugre.

TORMENTA: Ya sabés el refrán: lo que no mata, engorda. Y aquí me tenés: coliendo como barrilete.

MACO: Bueno, dejala que haga lo que quiera.

TORMENTA: ¿Porque vos mandás?

MACO: Porque yo mando.

TORMENTA: Está bien. No hablo más. ¡Sos bobo!

MACO: Cuando empiece la quema nos vamos. ¿Te espero?

CHUCHA: Esperame.

MACO: Voy a acercar la chata. Adiós. (*A Tormenta.*) ¿Y? (*A Tormenta.*) ¡Muchinga loca! (*Vase derecha. Al salir tropieza con Diente de Oro y el Maestro.*) Tome. (*Le da unas monedas.*)

TORMENTA (*saliendo*): ¡Matrero! (*El Maestro avanza y ocupa el sitio de siempre. Diente de Oro permanece de pie en el foro.*)

TORMENTA (*tosiendo para llamar la atención de la Chucha que queda pensativa*): ¡Ejem! ¡No digo! ¡Y me la han preocupado! (*A Diente.*) ¡Cosa bárbara!, ¿no che?

DIENTE: ¿Qué cosa?

TORMENTA: Nada. (*Diente levanta los hombros en señal de indiferencia. Breve pausa.*) Entonces ¿te vas?

CHUCHA: Sí.

TORMENTA: Mirá, m'hijita: puede que me digás que no soy tu mamá pa aconsejarte, pero ¡qué querés! la mota me está blanqueando y estos ojos han visto mucho. ¿Querés que hablemos?

CHUCHA: ¿Para qué?

TORMENTA: Pa que no seas boba y te des cuenta de las cosas. Vos no conocés a la gente limpia. Es pa renegar de Dios. Acercate.

CHUCHA: ¿Aquí?

TORMENTA: Aquí.

MAESTRO: Buen programa.

TORMENTA: ¡Ya salió! ¿Por qué no te vas?

MAESTRO: Porque no puedo. ¿Y vos?

TORMENTA: Porque no quiero. El mundo cuanto más chiquito mejor, porque es más fácil conocerlo. Yo no me sé explicar, pero mirá: aquí tenés la ventaja e conocer a todo el mundo. Todos somos iguales: atorrantes. A mí se me compra por un pucho; el maestro no se mete en nada si lo dejan dormir; Diente de Oro ni oye ni molesta. Ninguno se preocupa de los demás, y el que la busca, la vive. ¿Digo bien?

MAESTRO: Decís bien.

TORMENTA: En cambio, m'hijita, en el otro barrio, a cada momento te encontrás con tipos nuevos. Puro gringo, sin marca ni señal. Y ¡es claro! como no sabés de qué pie cojean, en cuanto ten descuidás, te la dan íntegra de una sentada. ¿No te han contao? Preguntale a tu mamá, y a éste, y a Diente de Oro y a todos los que andan por ahí royendo huesos...

DIENTE: Yo tenía mucho y un amigo... Ahora no tengo nada... ni mi diente...

MAESTRO: Ya lo has dicho. (*Se oye un gran tumulto. Algunas piedras caen cerca de la Chucha.*)

TORMENTA: ¿Qué pasa?

DIENTE (*en el foro*): Los muchachos que... (*Voces.*) ¡Qué baile! ¡Qué baile!... (*Poco después agitada, sudorosa, con las greñas revueltas, si cabe, y en el mayor desorden las ropas, llega Dora, perseguida por un grupo de muchachos, que la golpean entre bromas y risas. Florcita y Mingo lloran desconsolados.*)

MUCHACHOS: ¡Qué baile! ¡Qué baile! (*Al ver a Tormenta y a Diente en actitud de atacarles, retroceden.*)

TORMENTA (*a Diente*): Prestá el palo... ¿No ven que es una anciana?

MUCHACHOS (*retirándose poco a poco*): ¡Qué baile! ¡Qué baile!

TORMENTA: Yo les voy a dar bailes... ¡A ver si se largan!... (*Los muchachos huyen. A Dora.*) ¿Y usted, por qué no se defiende?

CHUCHA: Siempre así, muda, insensible...

MAESTRO: ¡La pobre! (*Dora se sienta en silencio y cuenta los botones recogidos. Breve pausa.*)

CHUCHA (*se sienta, al lado de su madre*): Diga, vieja... (*Dora la mira sin contestarle.*) ¿No sabe? Me voy a la ciudad. (*Mirada incrédula de Dora.*) Sí, me voy. Ésta no es vida. Siempre entre basuras, comiendo sobras y durmiendo al raso. Dicen que allí se está peor. Bueno, puede ser; pero yo quiero verlo. Me voy. ¿Usted no quiere que me vaya? Diga. ¿No quiere?... ¡Hable!

DORA (*sordamente*): No.

CHUCHA: ¿Por qué? (*Pausa.*) Muda otra vez. Conteste. ¿Qué vida fue la suya en la ciudad, que tan mal la recuerda? ¿Por qué me mira así, con esa angustia?

TORMENTA: Su hijita se le va. Hable, pues, vieja.

MAESTRO: Hable. (*Pausa.*)

CHUCHA: Es inútil. Me iré sin saberlo, pero me iré. Conforme venga Maco. (*Se pone de pie.*)

DORA (*rápidamente, cogiéndola del vestido*): ¿Con él?

CHUCHA: Sí.

DORA: ¿Allá?

CHUCHA: Allá.

DORA: ¡No quiero, no quiero!

CHUCHA: ¿Por qué no quiere?

DORA: Son malos, son malos...

CHUCHA: ¿Quiénes son malos?

DORA: Los hombres... todos. (*Tirándola del vestido.*) No te vayas, no te vayas...

CHUCHA: Hable, entonces...

DORA (*por el Maestro*): Él sabe...

MAESTRO: Allá, muy lejos, del otro lado de los mares, tuvo su casita y en ella dos viejecitos con la cabeza blanca, que la querían mucho.

DORA: Sí.

MAESTRO: Vivían felices; pero un día llegó a la aldea un extranjero muy rico. Llevaba los dedos llenos de anillos y una cadena de oro, y un bastón y un alfiler de brillantes y mucho dinero...

DORA: Sí, mucho.

MAESTRO: Él la trajo aquí, para venderla como un trapo sucio. Fue de todos: del que quiso ocuparla. Un año, dos años, cinco, muchos años... hasta que su cara se llenó de arrugas, descascarándose como las paredes viejas.

DORA: Sí, sí...

MAESTRO: Entonces fue de la calle y del hospital y de la policía; y, por fin cuando nadie la quiso, cuando concluyó de vender el último trapo y de perder la última vergüenza; cuando los chiquillos le pegaban como a un perro, y olvidaron los hombres, esos hombres que pusieran a sus pies tanto dinero, que había sido joven y bonita, el hambre, los recuerdos, la desesperación, el ansia de olvidar, el odio, la arrojaron aquí, como una piltrafa que ya no tiene qué roer...

DORA: Sí, sí, sí...

MAESTRO: Yo la vi llegar...

TORMENTA: Y yo; pa que aprenda.

MAESTRO: ¿Para que aprenda qué? Es la suerte, y la suerte cambia. Algo tiene que salvarse de todo esto. Todo se trans-

forma, y ella, la Chucha, parte de este mismo barro, puede ser la elegida. ¿Por qué no?

DORA (*reteniéndola siempre de la pollera*): ¡No te vayas, no te vayas!... (*La Chucha permanece pensativa, sin mirar a nadie. Allá en el foro empieza la quema. La humareda, suave al principio, va envolviendo poco a poco el escenario, iluminando de púrpura el plumizo cielo. Algunos malevos y el grupo de muchachos y atorrantes cruzan la escena hacia la izquierda para desaparecer por el primer término. Adentro se oye un silbido prolongado y agudo. Instantes después aparece el Maco corriendo.*)

MACO: ¡Chucha! (*Al ver el grupo se detiene.*) Aquí me tienes...

DORA: ¡No te vayas, no te vayas!...

TORMENTA (*interponiéndose*): ¡Matrero! ¡Matrero!

DORA: No te vayas...

CHUCHA: Sí, me voy. ¡Suelta, mamá, suelte! (*Se desprende con violencia.*)

MACO (*tomándola en brazos*): ¡Ya empiezas a ser mía! (*Huye con ella.*)

DORA: ¡Chucha, Chuchita, soy tu madre, tu pobre madre! (*Hunde la cabeza en el suelo y llora acongojadamente. Los chicos, asustados intentan verle la cara.*)

FLORCITA: ¡Mamá!

MINGO: ¡Mamá!

MAESTRO: ¡Tenía que suceder! ¡Era inevitable! ¡Cuesta lágrimas, penas y trabajos, pero tenía que suceder! La vida... es la vida.

FLORCITA : ¡Mamita! ¡Mamita!

(*El resplandor del incendio ilumina la escena, poetizando toda aquella inmundicia amontonada.*)

TELÓN

## Los escrushantes\*

Sainete lírico en un acto y tres cuadros

Alberto Vacarezza

\* Estrenada en el Teatro Nacional. 1er. Premio de Zarzuela en el Concurso de 1911.

## Carta prólogo

Amigo Vacarezza:

He leído con verdadera fruición su singular y bonita pieza lírica “Los Escrushantes”.

Créame, amigo mío, que he sentido en el proceso de esta amena lectura, sensaciones de un arte puro y sobrio, donde Ud., poeta y sutil psicólogo, ha volcado con acierto insuperable, retazos de su alma impoluta de soñador.

Ninguno como Ud. ha sabido descubrir bellezas tan exóticas a nuestra pintoresca vida arrabalera y trasportarlas a la escena teatral, como Ud. lo ha hecho: con exuberancia de poesía y fidedignidad.

Yo que siempre tuve una lágrima para aquellos seres que, por sus condiciones éticas están fatalmente predestinados a delinquir, he tenido unas ansias locas de aplaudirle, máxime cuando Ud. con su donosura ingénita de poeta incontaminado por esa elástica moral añeja a la que están asidos la generalidad de nuestros autores nacionales, llega a horadar hasta lo más recóndito de esas no siempre simples almitas suburbanas para señalarnos la sugerente dualidad de espíritu que hay en el malevo porteño.

Cuando doy en pensar que la lectura de “Los Escrushantes” ha tenido la rara virtud de despertar en el ánimo de quien estas líneas escribe, añoranzas de un lejanísimo pasado, preñado de empíricas enseñanzas, tengo a flor de labios su nombre y mi mucha ya estima hacia Ud. se acentúa por saberlo todo un inquebrantable dogmático de sus principios de sensatez literaria.

Ya que Ud. nos ha dado a paladear esta preciosa y colorida viñeta: manifestación estricta de una faz de la vida subalterna bonaerense, por añadidura en poema musicado y por todos conceptos acreedor al elogio inteligente, ¿por qué no revelarnos toda la interesante verdad poética que Ud. sin duda ha sorprendido al malevo y sé que ha catalogado con honestidad encomiable de delicado y penetrante psicólogo?

Sea Ud., una vez más, complaciente con quienes le admiran con sinceridad de hermano en sentimientos y aspiraciones.

Vayan entretanto mis profundos agradecimientos por su esperada labor a realizarse. Creo firmemente en la magnificencia de su bondad de poeta y talentoso comediógrafo.

Alárgueme la diestra y crea en este vehemente y franco camarada suyo.

JUAN FRANCISCO PALERMO  
18 de julio de 1913

## Advertencia

Los personajes, con excepción de Doña Rafaela, son todos jóvenes de veinte a treinta años de edad.

Vestirán con cierto cuidado únicamente Capurro y el Inglesito; los demás de acuerdo a su situación económica y condición social.

En caso de que por razones que el autor no prevee y a juicio del director, resultare en la escena algo grotesco el lenguaje en que está escrita la obra, adviértese especialmente que pueden ser alternadas ciertas palabras por sinónimos que armonicen la oración del mismo modo.

No obstante, el autor confía en que no habrá tal necesidad.

### Personajes

JUANITA	Olinda Bozán
LA PICHONA	Zóila Adams
DOÑA RAFAELA	Aurelia Ferrer
PEÑA	Luis Vittone
CAPURRO	José Gómez
EL INGLÉSITO	Juan C. Herrera
BACHARRA	Segundo Pomar
MINGO	Alberto Ballerini
MACETA	N. N.
EL CURDA	Leopoldo Simari
CIENTOCINCO	José Franco

*La acción en Buenos Aires - Época actual*

### Acto único

#### Cuadro primero

*El escenario un patio con habitaciones a ambos costados. Al lado de la puerta derecha, y en primer término, una mesa de planchar, un brasero y alguna que otra silla. Junto a la primera puerta de la izquierda: una pequeña cocina hecha a base de tablas de cajón, recortes de chapas de cinc, u otros materiales económicos. Al fondo cruza una pared no muy alta, con puerta de calle al medio por sobre la cual, se dejará ver porte de los edificios de la otra acera. Es la caída de la tarde. Derecha e izquierda las del espectador.*

#### Escena I

PEÑA y JUANITA.

*(Ésta plancha nerviosamente y el primero sentado cerca de ella, tarareando afónicamente y al son de la guitarra esta canción:)*

PEÑA:

Amor, que andás estrilando  
porque me vés aguilero,  
tan aburrido y fulero  
que no valgo un patacón...  
¡Amor, dejáte de grupos  
y no vengas con posturas,  
que en tiempo de misciaduras

se hace el cabrero el amor!

JUANITA (*regañona y de mal aire*): ¡Las agallas de cantar, tuavía!... ¡Cosa bárbara!... ¡Lástima no se te da por...!

PEÑA (*mirándola de hito en hito*): ¿La empezamos otra vez?

JUANITA: ¡Salí! Que debía darte vergüenza...

PEÑA (*impacientándose poco a poco*): ¡Y dale con las persianas!... Después uno no tiene motivos ¿eh?

JUANITA: ¡Y qué motivos, habla! ¡qué estás hablando!...

PEÑA (*con gesto amenazador*): Ta... te... (*Conteniéndose*.) Pero no te hagas la pestalardo. (*Con fina intención*.) ¿Te cres que soy tan balurdo pa no verte el amarillo?... Te cres que soy Bateria? (*Cambiando tono*.) ¿Sí? Pero conmigo las vas a caminar de liña, que de no, me caiga muerto, vas a ligar cada fierro...

JUANITA: Eso es lo que sabés, grandísimo atorrante, pero perdé cuidao que con ésta has acabao mi paciencia, y ya tendrás que perder el vicio, porque de hoy en adelante...

PEÑA (*yendo hacia ella ocioso. Tómala de un brazo y como exigiéndola a continuar en lo que ha dicho*): ¿El qué?... ¿Qué vas a batir?... ¡Batí, a ver, batí lo que ibas a batir, batí!...

JUANITA (*desbaciéndose de él con malos modos*): ¡Oh! soltá de ahí, ¡no seas zonzo!

PEÑA (*después de mirarla de arriba a abajo y moderando lenta y socarronamente su actitud y tono de voz*): ¿No ve?... ¡Ve si sos de pelandruna, ve si sos! ¡Después batís que soy yo el cabrero y el sciacador!... (*Breve pausa*.) Pero vení; bajá el tarro e la pimienta y atendé... ¡atendé!, ¡te digo! que, aunque no lo vas a crer, tengo muchas y muy particulares cosas que advertirte, ¿me entendés?... y te garanto que de esta hecha van a tener que darse vuelta las cosas o de lo contrario...

JUANITA: ¡Uff! ¡La tirás lunga, Serrucho! (*Fastidiada*.)

PEÑA: ¿Lunga? (*Con seriedad cómica*.) ¿Y vos que cres que esto puede seguir así?...

JUANITA: Eso es lo que yo digo. Y si te has créido vos que puedo seguir yo de la manera que ando; sin un trapo pa cambiarme, y teniendo que echar los bofes a fuerza e plancha pa darte de comer.

PEÑA (*con natural indignación*): ¿De comer?... ¡Manyá!... ¿Y qué hablás de comer ahura, que hablás?... ¿Acaso no he formao yo pal ragutín, toda la vida?

JUANITA: ¡Qué vás a formar vos, desgraciao, qué vas a formar! (*Despreciativa*.)

PEÑA: ¿Qué no?... ¿Y ande están los treinta mangos que le hice al ruso?

JUANITA: Salí, miseria; que hace más de un mes y te lo has gastao en toscanos y tenés alma...

PEÑA: ¿Y los ocho entonces, los ocho de la otra noche?

JUANITA: ¿Los ocho? (*Con reconcentrada ironía y como la actriz crea oportuno*.) ¡Ah! sí, ¡los ocho! Con los ocho he pagao el alquiler; le pagué al tano, pagué los trajes que tengo en el ropero, la cadena de oro, los aros de brillante, las botas de gamuza.

PEÑA (*con amenaza, cómica*): ¡Como gamuza te via poner el escracho!

JUANITA: ¿Y no pedís cuentas?

PEÑA: Sí cuentas. (*Con enojo creciente*.) Pero me vas a dejar de fantasías, entendés; y si últimamente te parece mal, alzate de una vez con el bagayo e la mugre y espirá si te parece, que pa vivir a juerza e broncas y patadas más vale que cacés vos por un lao y yo por otro, y hagás de cuenta que ni me has manyao en la vida.



JUANITA: ¡Yo sé lo que debo hacer! Y si eso es lo que andás desiendo, no te aflijas, que ya te daré el gusto, no tengas miedo.

PEÑA (*enojándose decididamente*): Sí, pero que sea pronto y ande no te encuentre a tiro ni a vos, ni a ese otro que te ha mariaio con sus grupos.

JUANITA: ¡El qué! ¿qué estás diciendo?

PEÑA: Que no soy Batería te he dicho, y a mí, mientras estés conmigo, no vas a cantarme ronca porque te reviento el alma, entendés. (*Aquí la amenaza abiertamente y con los puños*).

JUANITA (*haciéndole frente, nerviosa y con una plancha en cada mano*): ¡Sí, atrevete, otra vez! Hacé la prueba e tocarme con un dedo.

PEÑA (*conteniéndose con esfuerzo*): Mirá, mirá que te estoy sobrando y...

JUANITA (*simultáneamente*): ¡Que vás a hacer atorrante, desgraciao!...

PEÑA: Basta te he dicho. (*En esto, la empuja brutalmente por la puerta derecha, primer término, y no pudiendo contener su arrebato, le da una bofetada, no muy a la vista del público*).

## Escena II

PEÑA, BACHARRA, MINGO y MACETA.

(*Éstos últimos por el foro desordenadamente. Al reparar en Peña vanse hacia él tratando de disuadirlo, pero con mucha naturalidad y sin mayor exigencia, como se echará de ver en la corriente escena.*)

BACHARRA: ¡La guita, hermano! ¡La cer...!

PEÑA (*conteniendo su ímpetu, con gesto de grave resentimiento, y mirando fijo hacia donde se fue Juanita*): ¡Me ha llenao la pieza de humo esa atorranta!

MINGO: ¡Bah!... No le llevés el apunte, otario.

MACETA: Seguro, y que le hacés caso.

PEÑA: Sí... juna gran... ¡porque lo ven a uno aguilero!... ¡Porque lo ven pato!...

BACHARRA: ¿Qué hay Peña, qué vas a haguíta?... (*Esto con buen humor pero con grave intención.*) Pero ¡qué le vás a hacer! si ya sabemos lo que son estas milongas... Igual es la mía y la de éste (*por Mingo*) y... ¡todas son iguales! Mientras la menda corre y hay con qué hacerle frente al ragú, todo lo juegan a baraja limpia, pero en cuanto empieza a puntiar la misciadura, viejo, ya no hay Dios que las amanse.

MINGO: Y no son grupos, hermano, que de ahí es de ande sale la gran bronca del siglo.

BACHARRA: ¡Y qué biabas no mete un miscio!

MACETA: Por eso no hay como yo, compadre. Desde la última canasa que me morfé a causa e la turra aquélla ¿te acordás? no quise saber más de grupos y solo... y sin compromiso me las campaneio a la gurda, y pa mí.

BACHARRA: Hacés bien, pero por ahura, hacé a un lao esa viruta y vamos al grano como bate el viejo.

MACETA: ¿Qué grano?

BACHARRA: Al grano, pues, como quien dice: vamos a la cuestión.

PEÑA: ¿Por qué? (*Acercándose, a Bacharra con cierto misterio.*) ¿Hay algo en foco?

BACHARRA: Mucho, pero está en viaje, Peña, está en viaje. Anoche lo anduvo campaneando el Tano y los vio que andaban de gran verbena con Capurro y El Lechero.

PEÑA (*a Mingo*): ¿Y vos?...

MINGO: Lo vi esta tarde en la casa de él...

PEÑA: ¿Y qué?... *(Con doble interés.)*

MINGO: ¡Ni medio hermano, ni medio! *(Con sentimiento.)*

PEÑA: ¡Si será roña!...

MINGO: Y tuavía quiso darme la biaba porque le dije que el Tano...

PEÑA: ¡Ah gil! ¡Y no fuiste capaz de sacárselo a la juerza!

MINGO: ¿Y cómo iba a hacer? Si estaba Capurro también con él y si allí lo ronco me la dan seca entre los dos.

PEÑA: Y les tuviste miedo, balurdo... ¿Cuánto era el toco?

MINGO: Seguro no estoy... pero... debía ser un toquefixio, bastante regular, porque se alzarón con una de zarzos y marrocas que daba miedo. Unos cuantos brillos nomás que apartó el Inglés se los metió a otro bobero en mil de la nación.

BACHARRA: ¿Manyás que trabajo, Peña? *(Con importancia.)*

PEÑA: ¿Y lo demás?

MINGO: ¡Qué se yo cuánto habrían hecho! El Tano le carcula que han de ser arriba de quince mil, ya te digo, una fortuna.

PEÑA *(golpeándose la frente con rabia)*: ¡No haber estado yo pa hacérselos lanzar!

MINGO: Sí, se te hace Peña, se te hace; pero vos no sabés como es de metedor ese atorrante.

MACETA: ¡Y qué amurador!

PEÑA: Amurador de otarios... Pero ya tendrán que verse conmigo, ya tendrán.

MINGO: No, Peña. A vos no te conviene meterte a loco, porque te la dan igual, y te la dan Peña... ¡Y más, que te tienen bronca!

PEÑA: Bueno, dejá vos que me la den y que me tengan bronca; que eso corre por mi cuenta. *(Pausa.)* Ya hace tiempo que ese pierna me viene trabajando el suelo, de otra par-

te; pero conmigo... *(En esto va mucha intención y cuidado, por el motivo a que indirectamente se refiere...)*

BACHARRA *(dándose cuenta de lo que ha dicho Peña)*: ¡Ya manyo, hermano, ya manyo! *(Llevándolo aparte de los otros y con la misma intención.)* Pero dejá que piquen los biguases; que yo también les he repasao el nido punta a punta y si de esta hecha no se corta el espinel... ¿manyás el trabajo?...

PEÑA *(maliciosamente, e imponiéndole silencio)*: ¡Despacio, Bacharra, despacio! Ése no es trabajo de hoy; y tengo el pálpito de que éstos no se van con la carnada... Sólo que la *jetta* perra...

BACHARRA: Oh, no tengas miedo. De todos modos ya sabés quién es Bacharra, y por ahura, dejá ese güeso tranquilo y no pensés mal. Formalidá en el trabajo y un punto en la parte seria, ¿me entendés? *(De pronto cambiando tono y dirigiéndose a Maceta.)* ¿Andás con fondo, Maceta?

MACETA: Yo ciego, completamente. *(Como diciendo que no tiene dinero.)*

BACHARRA *(a Mingo)*: ¿Y vos?

MINGO: Un uno y...

BACHARRA: Pal copetín alcanza. Vamos a pillarla y de ahí... veremos quién canta gloria. *(En esto Peña vase acercando receloso y con cierta gravedad a la puerta derecha, y a la que, sea dicho de paso, no le habrá descuidado el ojo durante toda la escena. Llamándolo oportunamente y al tiempo de insinuarle con el gesto a salir con los otros.)* ¿Vamos Peña?

PEÑA *(después de mirar largamente hacia el interior de la pieza y aliñándose un tanto la ropa)*: Vamos. *(Vanse todos por el foro.)*

### Escena III

DOÑA RAFAELA y LA PICHONA.

*(Por la izquierda, primer término, Como que han estado oyendo y observando las escenas que preceden, salen oportunamente y espiando la salida de los otros.)*

PICHONA: ¿Has visto?... ¿Te has convencido ahora, cómo es de sinvergüenza ese bandido?

RAFAELA: ¡Bueno, bueno! vos te callás la boca y... ¡y mucho cuidao con irte a meter otra vez en cosas que no te importan! *(Reprendiéndola vivamente. Mucha animación en esta parte.)* A mí, no es por decir ¿sabés?... pero hace muy bien en tratarla así, porque no merece ella otra cosa.

PICHONA: ¿No merece? *(Con cierto reproche.)* ¡Callesé uste también!... ¡No sé como no se le cai la cara a ese canalla, que no es más que un canalla, un ladrón, un arrastrao!

RAFAELA: ¡Que te callés, te he dicho! ¡Sea lo que sea, no tenés nada que ver! Ella es quien tiene la culpa, y con eso aprenderá a no ser zonza.

PICHONA: ¡Pero no ve lo que sufre!...

RAFAELA: ¡Que sufra! Ella se lo ha buscao y... ¡me gusta! *(Mientras dure este diálogo y, según lo permitan las circunstancias, se ocupa ésta en remover los trastos de la cocina o en pantallar el fuego. La Pichona se llegará una o más veces a la puerta del fondo, mirando fuera y asimismo por la puerta derecha. Concretando en lo posible acciones que son innecesarias, déjanse otros detalles encomendados a las actrices.)* ¿No quiso atender lo que yo le aconsejaba por su bien?... ¿No quiso hacer caso?... ¡Muy bien! ¡Perfectamente!... ¡que siga con el ladrón y ya verá lo que es bueno!

PICHONA: ¿Y por eso le tiene rabia, por eso?...

RAFAELA: Tanto como rabia no, porque no es rabia sino...

PICHONA: ¿Estrilo, entonces?

RAFAELA: No. ¡Que estrilo ni que ocho cuartos! Lo que a mí me da impaciencia es que haiga sido tan zonza cuando le propuse aquello... ¿entendés? porque si me hubiera hecho caso a mí, a estas horas podría estar como una reina. *(La Pichona se ríe irónicamente.)* Y es claro que sí. ¿Qué te estás réindo? Acaso te cres que el hijo el viejo es tan zonzo... como el otro. ¡Mirá quien el hijo el viejo!

PICHONA: Bueno, hombre, ¡ya sé! ¡Ya me lo ha dicho un millón de veces! Pero déjelo al hijo el viejo en su lugar, que ella sabrá lo que hace; y si no lo quiso será porque...

RAFAELA: ¿Y por qué? ¡Vamos a ver! ¿Por qué es gringo? pero eso no tiene que ver, che, porque lo han traído de chico, y después, si vamos a ver no es tan feo, feo que digamos. Un poco cáido de labio, un poco narigoncito, y un poco chueco, eso sí, pero en lo demás es un tipo bastante delicado y te aseguro, que ya se quisieran más de cuatro tener esas proporciones.

PICHONA: ¡¡Puf!! ¡Salga de ahí! No me haga reír que tengo el labio paspao.

RAFAELA: Vela'e baño pa' esos males. Pero así te quisiera a vos. *(Con importancia esto último.)*

PICHONA: ¿A mí?... ¿Y usted se cre que yo le iba a llevar el apunte a ese baboso?... *(Con gesto despreciativo.)*

RAFAELA: ¿Y por qué no, presumida? ¿Porque te gustan los criollos, no? como el compadrito ese que se las pasa improvisando macanas de la mañana a la noche?... ¡Eso es lo que te gusta a vos también!

PICHONA: ¡Seguramente que sí! Me gustan los criollos ¿y de ahí?... *(Puestos los brazos en jarras y con mucha sorna.)*

RAFAELA *(remedando su actitud groseramente)*: ¿Y de ahí? ¿Fijensé allí? ¿Esas son las paradas que te ha enseñao ese atorrante, no? *(Con creciente enojo.)*

PICHONA (*lo mismo que antes*): ¿Atorrante?... No me parece... ¡Capurro!...

RAFAELA: Sí, Capurro... Ya te viá dar yo Capurro en cuanto te descuidés... (*Vase por la izquierda rezongando.*) ¡Cosa bárbara, hombre, parece mentira!... ¡Y a ver si te movés de la cocina ¿eh? y dejas quemar la leche como siempre! ¡Ya te viá dar yo Capurro! ¡Te viá a dar!

(*Todo con la mayor naturalidad posible. La Pichona cuida el fuego espionando su partida.*)

#### Escena IV

LA PICHONA y CAPURRO.

(*Música*)

CAPURRO (*por el foro*): Ya hacía un rato que te estaba acompañando. Sin perderte movimiento desde aquí.

PICHONA: Despacito, despacito por las piedras que la vieja está manyando desde allí. (*Como imponiéndole silencio e indicándole a la izquierda.*)

CAPURRO:

Dejá que manye, vieja cabrera,  
que bronque y diga lo que ella quiera  
si aquí no hay grupas ni berretín,  
porque te juro mi Pichoncita  
que amor y guita  
son buenas cartas para el bulín.

PICHONA: Pero Capurro.

CAPURRO: Pero Pichona.

PICHONA: ¿Qué hacés de noche?

CAPURRO: ¡Qué hacé, que hacé!

PICHONA: ¡Tan compadrito!

CAPURRO: ¡Tan comadrona!

PICHONA: ¡Tan a la gurda!

CAPURRO: ¡Tan de chipé!

CAPURRO: Estuvimos con el Yhony hace un momento. Preparando el cotorraje pa las dos. Y aquí traigo pa la rubia estos colgantes. (*Señalando la derecha y sacando del bolsillo interior del saco dos estuches que oportunamente dejará en sus manos.*) Y este zarzo, puro brillo, para vos.

PICHONA: ¡Capurro! ¡sos un gran peine! (*Con manifiesta alegría y poniéndose el anillo.*)

CAPURRO: Y ayer me llamabas: turro.

PICHONA: Mirá que chispa Capurro. (*Enseñándole el anillo.*)

CAPURRO: ¡Araca! ¡Pianta 'e la luz!...

PICHONA:

Con un brillo de esta suerte, un gran chapó

Y un vestido bien ceñido por aquí.

Dónde has visto damisela como yo.

Que te baile un rico tongo tango así.

(*Bailan el tango al compás de la música ¡El eterno tango!*)

(*Hablado.*)

CAPURRO: Ahura, nena... sin que te lo diga otra vez, yo creo que ya estarás en condiciones de... (*Diciéndole con la intención lo demás.*)

PICHONA: ¿El qué?... ¡Pero ahora no puede ser! ¿No sabés cómo anda la cosa por ese lao? (*Indicando la derecha.*)

CAPURRO: ¿Qué ha habido? ¿Bronca otra vez?

PICHONA: ¡Bronca y biabas a discreción!

CAPURRO: Eso me gusta Pichona. Así se dará cuenta mejor de que hay *motivos ilícitos* y *graves* pa un desalojo inmediato.

PICHONA: Comprendo, Capurro; pero así, de buenas a primeras me parece algo incorrecto.

CAPURRO: Déjate de incorreccionales, nena y decidite súbito vos y la otra, que ya demasiao nos han tenido con el kilo en la romana. Les hemos adornao la garçoniere aquella que se quedó cantando de alegría por verlas; y allí está el Yhony desde hoy, esperando con el automóvil en la esquina.

PICHONA: ¡Ah! ¿Y con automóvil la cosa?

CAPURRO: ¡Y cómo le va! Así, que avisale a la rubia que se apronte súbito que no hay tiempo que perder. Pero súbito pues, antes que vuelva el atorrante ese y me ponga en la obligación de ponerlo mormoso a piñas. ¡Decile, que yo le aviso al Inglés!

*(Vase por el foro. Llegando a la puerta mira atentamente hacia ambos lados y corre por izquierda.)*

PICHONA *(yendo con cierto misterio a la puerta derecha y hablando al interior)*: Che Juanita, Juanita. ¿Eh?... ¿El qué?... Sí, pronto. ¡Ya están aquí!

*(Mucha naturalidad y ligereza en estas partes.)*

### Escena V

LA PICHONA y JUANITA.

*(Ésta con aire descompuesto y cierta alarma.)*

JUANITA: ¿Ya?... Pero el Inglés...

PICHONA: ¡También! Salió Capurro a llamarlo porque está allí en la esquina esperando con el automóvil.

JUANITA: ¡Con automóvil! Pero no han visto que Peña anda por aquí.

PICHONA: ¡No!; ya se mandó mudar con los otros. Seguro estarán en el café del Vasco, jugando a las barajas.

JUANITA: ¡Qué han de estar!... *(Inconscientemente y como quien no sabe qué decir.)* ¡Quién sabe! También esto es un compromiso porque si después...

PICHONA *(a tiempo y confundiendo ella también)*: Es lo que yo pienso Juana, ¡pero qué le vamos a hacer! Ya le habíamos prometido salir, y al fin algo hay que resolver o decirles redondamente que no, o de lo contrario hacer de tripa corazón y mandarnos mudar de una vez por todas.

JUANITA: Oh, no sé Pichona, no sé qué decirte pero, de un lao te juro, que me gustaría animarme y salir de una vez para siempre de esta inmundicia, porque te garanto que estoy tan aburrida de estas miserias...

PICHONA: ¡Y tras de miserias palos: pa mejor! ¡No sé quién te ha dao paciencia pa haberle aguantao tantas a ese roña! Yo en tu lugar...

JUANITA: Sí; lo comprendo, Pichona... pero antes no era así...

PICHONA: ¡Qué no ha de ser! Si ha sido un desgraciao toda la vida.

JUANITA *(al verle el anillo)*: ¿Y eso?...

PICHONA: ¡Ah! me lo dio Capurro... Ya me olvidaba... pero pa vos otra cosa, fijate qué aros... ¡Si están hechos unos tigres los muchachos!

JUANITA *(mirando indiferentemente el estuche y al tiempo de oír pasos por afuera, temblando)*: Será Peña...

### Escena VI

DICHOS, CAPURRO y EL INGLESITO.

CAPURRO: Dejalos que aunque se vengan...

INGLÉS (*con misterio y marcada agitación*): ¿Y? ¿Ya estamos listas?

JUANITA (*al verlos entrar se esquiva temerosa o descuidadamente*): Pero ya...

INGLÉS (*aproximándose a ella y dándose cuenta de su temor*): ¡Ya estuvo! ¿Y qué? Ya empezaste a remolinar de nuevo? O te has olvidado de... (*Con intención.*)

JUANITA: No es eso, que si llega a verlo Peña.

INGLÉS: ¿Y qué tiene Peña?... ¡qué tiene con que me vea! ¿por qué es malo?, si yo soy tan malo como él. ¡Y qué tanto miedo, últimamente! ¿Querés que vaya a llamarlo y te saque delante de él?

JUANITA: Por Dios, Yhony que está con los otros.

INGLÉS: ¡Y que esté con Jesucristo! ¡Yo soy Yhony pa él, pa los otros y pa cuanto chorro otario hay en el mundo! Así que vamos puntiando y nada de andar con miedo.

JUANITA: Pero así... con esta traza.

CAPURRO: No le hace... Ya estuve yo con el gerente 'e Gati-chavi que es un amigo del viejo y le avisé que tuviera bien abiertas las vidrieras.

INGLÉS: Así, que allá vamos derecho, pa que se apunten las dos con lo mejor de la serie.

CAPURRO (*que impacientemente llevó a la Pichona hasta la puerta del foro, mira por ésta hacia la derecha y con gran sorpresa*): ¡Eh! ¡Sí! Son ellos. Súbito que ahí vienen, Yhony...

INGLÉS: ¿Son ellos? (*Soprendido y perdiendo la serenidad. Simultáneamente.*)

JUANITA: ¡Peña! (*Asustada.*)

CAPURRO: ¡Y vamos de una vez! ¿Qué están haciendo?

INGLÉS: ¡No importa! Seguí adelante. (*Obligándola a Juanita. Capurro y Pichona salieron hacia la izquierda atareados.*)

JUANITA (*indecisa*): Yo no... ¡Dios mío!

INGLÉS (*obligándola rápida y brutalmente*): Seguí, te he dicho! ¡Caminá, otaria, caminá! (*Vanse. Todo esto muy rápido.*)

### Escena VII

DOÑA RAFAELA, después PEÑA, BACHARRA,  
MINGO y MACETA.

RAFAELA (*por la izquierda rezongando*): ¡No te digo! Y me ha dejao ir la leche al fuego esa zanguanga. (*Retirando del fuego la cacerola.*) ¡Ya me parecía a mí que esto estaba jediendo mal! ¡Y siempre metida allí la charlatana! (*Suponiendo que está en la pieza derecha.*) ¡Y gracias lo que ha quedao! (*Mirando la cacerola. Llamando con imperio por dicha puerta.*) ¡Che, sinvergüenza, charlatana, ya te via dar yo que te metas en cuarto ajeno y descuidés la cocina, lengua larga! Venga para acá le digo... ¿Y no sale? ¡Si será zafada la mocosa! ¡Yo te via dar...! (*Se introduce a la pieza.*)

BACHARRA (*por el foro. A Peña que viene delante con rumbo a la pieza*): Bueno, rápido que te esperamos.

PEÑA: Enseguida. (*Al entrar a la pieza choca con doña Rafaela que sale.*) ¿Y usté?...

RAFAELA (*que en el choque se ha derramado la leche en un pie*): Bárbaro, que está caliente.

MINGO (*que desde la puerta del foro ha visto la huida de los otros y los ha reconocido. Con la consiguiente sorpresa, atareado y como el actor juzgue conveniente*): ¡Peña! ¡Peña! ¡Que te la espiantan! ¡Peña! (*Alarma general.*)

PEÑA: ¿Qué pasa? (*Corriendo al foro.*)

MINGO: ¡Que te la espiantan! ¡Capurro y el Inglés!

PEÑA (*de pronto y en una exclamación trágica en que vierte todo su celo, su pasión y su despecho*): ¡¡Juanita!!

RAFAELA (*simultáneamente y con dolorosa agitación*): Y mi hija también... ¡¡Canallas!!

(*En este momento cruza el automóvil a toda velocidad, y oye-se mezclado con el ruido de la máquina que corre la insultante gritería de Capurro y el Inglesito.*)

PEÑA: Al olor de la guita, ¡perras!... (*Con evidente sarcasmo, y como mejor cuadro en las condiciones del actor.*) ¡Pero que se diviertan vieja, que se diviertan! ¡Le aseguro que nosotros también nos vamos a divertir! (*Ponga el actor mucha energía en esta parte.*) Bacharra... ¡Ya picaron los biguases!

(*Vanse todos acatando la voz de Peña que para ellos ha sido una orden. Doña Rafaela en la actitud que juzgue propicia para el momento.*)

## Cuadro segundo

(*Pasa-calle. Es de noche.*)

### Escena I

MINGO, MACETA y después PEÑA y BACHARRA.

MINGO (*por la derecha, cruza el escenario con marcado misterio y mirando investigador y desconfiado hacia todas partes. Detiéndose en el costado izquierdo y aguza el oído atentamente. Se oye un silbido quedo y prolongado. Contesta él con otro del mismo tiempo y vuélvese a mirar por donde vino. Al verlo a Maceta que sale por la izquierda*): ¡Maceta!

MACETA: ¡Mingo!

MACETA: ¡Seren, por este lao!... ¿y los otros?

MINGO: Ahí se quedaron... Pero dejalos trabajar Maceta.

MACETA: ¿Y Peña?...

MINGO: ¡Ya está desestrilao! Pero dejalos, te digo, que ya se me hace que lo estoy viendo al Inglés largar el toco hasta la última chirola. (*Con manifiesta ansiedad.*)

MINGO: ¿Y Capurro? También ese va caer, ese entregante y batidor que tuavía tiene que pagar el deschavo que le hizo a Peña en la catorce. ¿Te acordás?... ¡Bueno!... ¡y pa que aprenda a entregar!...

MACETA: ¡Pero no dice Peña que no quiere furcarlos!

MINGO: Si dice... pero dejalos trabajar Maceta... ¡que no saben, esos turros lo que han hecho con darle ese espiente a Peña! ¿sabés? ¿Se cren que Peña porque lo ven así...? ¡Pero no se dan cuenta que Peña es taura viejo y no cuenta grupos! Y el que le haga un desbanco tiene que saber cuidarse y apretarse los de lienzo. Y mirá Maceta: Vos dejalos trabajar que yo sé lo que te digo.

MACETA (*al ver a Bacharra que viene por la derecha*): ¿Y?...

BACHARRA (*dando señales de evidente satisfacción*): ¡Ya estamos de a caballo piso limpio y puerta franca!

MINGO (*a Peña que viene detrás de Bacharra*): ¿Entonces?

PEÑA: ¡Ya está la cosa! Adentro hay dos pelandrunes que no sé quiénes serán, pero a esos los amansamos, rápido.

MINGO: ¿Y ellos?

PEÑA: Ellos... es una fija que la van a correr de gran tren, por ahí, quién sabe hasta que hora pero éste es el punto obligao y aquí tendrán que venir forzoso. De modo que con ganarles el tirón antes que lleguen... se habrá acabao el negocio.

BACHARRA (*con franco optimismo*): Que a mí se me hace una papa.

MINGO: Y a mí...

PEÑA: Tuavía... no se puede cantar gloria.  
 MINGO: ¿Qué no se puede cantar gloria?... Entonces... cantaremos un tango quiebra y rompedor pa que se mame la gloria.

*(Música)*

MINGO: Yo soy Mingo el gran punquista y rastrillante.  
 MACETA: Yo Maceta el gran bochero y xiador.  
 BACHORRA: Yo Bacharra, yo Bacharra el escrushante.  
 PEÑA: ¡Que lo diga Dellepiane quién soy yo!

*(Bailan éste último con Bacharra y los otros dos entrambos.)*

MINGO: Yo registro en la canasta quince entradas.  
 MACETA: Yo me apunto con catorce y nada más.  
 BACHARRA: Yo de tantas que morfé perdí la cuenta.  
 PEÑA: Compañeros... de esas cosas no hay que hablar.  
 MINGO:

Yo en la culata de un bondi.  
 Sin que manye el mayoral  
 saco la sogá del troler  
 y hago el desgrilo de acá.

*(Mientras canta el último verso se arrima a Maceta y hace ver cómo le saca el dinero del bolsillo.)*

MACETA:  
 Y yo en la cancha tapada  
 preparo al merlo cantor  
 con el changüí lo mareo  
 y... lo bocho en lo mejor...

PEÑA Y BACHARRA *(en coro)*:  
 Pero nosotros... ¡otarios!  
 no sabemos laburar

y el escrushe a toda fuerza  
 nos obliga a madrugar.

TODOS:

Y así somos y así somos los otarios  
 no sabemos, no sabemos laburar  
 y el escrushe y el escrushe a toda fuerza  
 nos obliga, nos obliga a madrugar.

*(Vanse bailando por la derecha.)*

### Cuadro 3

*La escena, un comedor de aspecto más bien pobre que modesto. Aparador, sillas y un sofá, este último a la derecha. Puertas laterales y al foro. Al levantarse el telón la mesa estará preparada con botellas de vino, alguna compotera, platos de fiambres, asaderas o cosas por el estilo. Cuatro cubiertos.*

### Escena I

CIENTOCINCO y EL CURDA.

*(El primero recostado en el sofá y el Curda bebiendo de pie junto a la mesa.)*

CIENTOCINCO: ¡Macanas, Curda!... Son macanas. *(Disputando.)* A mí no me vas a decir quién es el Inglesito, porque mi hermano el Ñato lo manya al Inglés, desde cuando era un pibe como el Rusito, y que cargaba burros por el lao del Once.

CURDA *(riéndose burlescamente)*: ¡Tu hermano el gato! ¿Y qué hablás de ese balurdo?...



CIENTOCINCO (*ligeramente ofendido*): ¿El qué?... ¿Balurdo el Ñato?... No sabés lo que decís, Curda... Ya se quisieran más de cuatro tener las muñecas de mi hermano. (*Cambiando tono.*) Decí que ahura está medio dejao de la vida y que el copetín lo ha matao mucho; pero en su tiempo, ha sido muchacho de hacer temblar a la cana, sabés, de hacerla temblar, porque le ha pegao cada corrida y cada biaba... pero ¡qué biabas, compadre!

CURDA (*burlón*): ¿Biabas con música?

CIENTOCINCO: ¡Con música!... Que te lo diga Capurro que lo conoce de antes. Preguntásele de gusto, y que te diga de aquella bronca 'e Palermo cuando entre doce botones y un cabo no le pudieron dar cana.

CURDA (*con fingido asombro*): ¿Doce botones y un cabo?...

CIENTOCINCO: Porque a uno lo fajó de un talerazo en el mate, al otro le metió tres puñaladas por aquí, y al otro...

CURDA: Ah, ya me acuerdo. ¡Eso fue el día que agrandaron la Chacarita!, ¿no? (*Riéndose a más no poder.*) Pero dejate de grupos hermano y...

CIENTOCINCO (*con resentimiento*): ¿Grupos? ¿Que son grupos decís?...

CURDA: Y aunque no lo fueran che. Lo que yo digo es que esas son biabas antiguas; que allí no hay arte ni elegancia... Porque arte es el del Inglés, que se te pone de aquí (*accionando con pausa.*), te amaga de este corte una castaña con la zurda y no tenés tiempo a moverte que te abolló la antiojera... ¡eso es el arte! Y después, ¡no me vas a comparar!... El Inglés es un muchacho estruido, elegante y de familia, y capaz de floriarse entre la muchachada más pierna ¿sabés? Y si así no fuera; ¿vos te cres que cualquier turro hace lo que hizo el Inglés en la calle Esmeralda la otra noche?

CIENTOCINCO: ¡Qué gracia! Porque encontró el trabajo hecho, y fijate vos, (ahura que hablás), si no es una chan-

chada lo que ha hecho con amurarlo al pobre Mingo después de haber estao cerca de un año preparándole el trabajo.

CURDA: En eso che, no quiero meterme, y aquí no conviene hablar de esas cosas. Cada cual defiende sus intereses como puede. Lo que yo puedo garantirme que el Inglés es un gran púa, y acordate lo que te digo: que el mejor día vas a ver trasladarse a este local la relojería de Escasany.

CIENTOCINCO: ¡Y aquí al lao la caja e conversión!... (*Con risueña exageración.*)

CURDA: ¡Tiempo al tiempo! Quién te dice...

CIENTOCINCO (*se oye un silbido muy bajo*): ¿No sentiste?

CURDA: ¿El qué?

CIENTOCINCO: Parece que están chiflando.

CURDA: Será el Ñato que está peleando en Palermo, por eso tocan auxilio... (*Riendo.*)

CIENTOCINCO: No, che, juera e grupos me pareció.

CURDA: Ilusiones de aburrido, hermano. Ellos no pueden ser porque se hubiera sentido el automóvil. (*Vase hasta la puerta y al volverse repentinamente echando una mirada investigadora alrededor de la pieza:*) Ah, che, ¿y pa los trabajos de Angelo? (*Se pronunciará "Anyelo".*) No sabés quién es el Inglés.

CIENTOCINCO (*sin olvidarse del silbido que oye*): ¿Pa qué?

CURDA: Pa los trabajos de Angelo ¿no manyás?... Pa trabajarse a las minas...

CIENTOCINCO: Pa las minas (*Con mal gesto.*) ¡Qué va a ser!

CURDA: ¿Qué va a ser? Yo quisiera que pudiera batir algo este bulín y te contara todos los burdelos y bailongos y farras que ha presenciao...

CIENTOCINCO: ¡Salí, presenciao!... ¿La tenés con el Inglés? Pero si no jueras tan mixio te jugaría cualquier cosa a que esta noche tampoco trai a las pelandrunas esas que dice.

CURDA (*que durante este diálogo habrá bebido varias copas, empieza a perder su serenidad*): ¿Qué no las trai? Te jugaría la cabeza mirá.

CIENTOCINCO: ¿Y por qué no las traje anoche?

CURDA: Anoche porque la cosa estaría muy fresca; pero esta tarde cuando se jue, me cachó en la puerta, y me dijo con toda la bronca: Mirá Curda, prepará el aposento con escabio, ragutín y tuti cuanti que si no las traímos esta noche, únicamente será porque el mundo se ha dao vuelta y yo me he muerto en el aire.

CIENTOCINCO: ¡Ah Curda cómo se manya que sos nuevo en la vida!

CURDA: Ya lo vas a ver Cientocinco, ya lo verás...

CIENTOCINCO (*que figura haber oído silbar nuevamente*): ¿Otra vez? ¿no sentiste? (*Volviendo con desconfianza.*) Mirá hermano: por este lao merodea gente de mala vida, como dice el diario, y por las dudas me voy a ver si encuentro el bufoso porque hay que estar prevenido ¿sabés? (*Vase por la derecha.*)

CURDA: Deben ser los invisibles. (*Ríese de las presunciones de Cientocinco, bebe otra copa de vino y vencido por el alcohol se recuesta en el sofá cantando catre dientes y con voz de ebrio la popular canción:*)

Me gusta el amor en otro

y en mí no lo puedo ver.

Y para mayor placer

me gusta... el amor en otro.

(*Mientras canta se va quedando dormido.*)

## Escena II

PEÑA, BACARRA, MINGO y MACETA.

PEÑA (*ha forzado la puerta del foro que hasta ahora habrá permanecido cerrada. Abre sigilosamente por la parte posterior. Asómase con la cabeza a poca altura del suelo. Echa una visual investigadora por toda la habitación: aguza el oído y luego hablando para afuera con voz apagada*): ¡Ahura Bacharra que ya se la pilló! Pasá el opio que yo lo via amansar. (*Avanza con sumo cuidado y le pasa el cloroformo al Curda. Cuando se persuade de que está bien dormido y no podrá despertarse al ruido, dirígese al foro y con un silbido.*)

BACHARRA (*entrando con aspecto grave. Muy bajo*): ¿No patió?...

PEÑA: ¡Qué va patiar!... Seguí vos pa aquel lao. (*Indicándole la derecha.*) Y de afuera nomás, le empaquetás la puerta al otro pa que no chillé. (*Bacharra obedece y vase como siguiéndole los pasos al que se fue antes.*)

MINGO (*que viene con Maceta cuidadosamente. Sorprendidos al ver lo que hay en la pieza*): ¡Manyá que bulinaje, hermano!

MACETA (*al ver al Curda*): ¿Y éste? ¿Querés que lo furque, Peña? (*Saca el cuchillo y se lo pasa por el cuello haciendo ademán de quererlo degollar.*)

PEÑA (*rápidamente y en un supremo arrebató de indignación*): ¡Eh! ¡Trai p'acá esa faca! ¡trai p'acá! (*Le quita el cuchillo.*) ¿Tuavía no estás quemao de canas, grandísimo atorrante? ¿Ése es el agradecimiento después que nos han preparaó el morfo los pobrecitos? ¡No faltaría más que hacerle daño a la gente! (*En diciendo esto último le va registrando los bolsillos al dormido. Lo dice seriamente y sin que los otros adviertan la contraproducción de su dicho y del hecho que practica, por cuanto, es legalmente admisible el que un ladrón no considere que al robar hace da-*

ño. *Cuando ve que no tiene nada:*) ¡Ah mixio! ¡Éste anda más triste que yo!

MINGO (*acercándose a la mesa y revisándolo todo con gran ansiedad:*) ¡Y esto! ¡Araca! ¡Y es con champán! (*Levantando una botella.*) ¡Te das cuenta como las vive el bacanazo!

MACETA (*levantando y comiendo a su vez alguna presa:*) ¡Y después dicen que es zonzo!

PEÑA: ¿Y Bacharra?... (*Llamando para la derecha.*) ¡Bacharra! (*Se vuelve. Mingo y Maceta van revolviendo los cajones del aparador y mirando por la puerta izquierda.*) ¡Chít! No revuelvan nada; no se apuren, que hasta que vengan ellos hay que dejar todo como está, pa que no manyen de entrada que hay alboroto. (*Llamando por la derecha:*) ¡Bacharra!...

BACHARRA: Ya está listo ese también. (*Desde dentro:*) ¡Man-yá que liones! (*Vuelve poniéndose un par de pantalones sobre los que lleva.*)

MINGO: ¡Aidió! (*Yendo hacia él.*)

BACHARRA: ¡Tenés que ver qué pilchas el Inglés!... Está el armario ese que se viene abajo.

MACETA: ¿No habrá pa'mí? (*Con la boca llena y queriendo ir a la otra pieza. Lo mismo Mingo.*)

PEÑA (*deteniéndolos:*) ¡Párense!, les he dicho que por ahura no hay que alborotar el nido. Después habrá tiempo pa todo.

BACHARRA: Seguro, ya somos dueños del inmueble y no hay peligro.

PEÑA: ¿Ya está compuesta la entrada?

BACHARRA: ¡Ya está también!

PEÑA: Entonces nada de cumplimientos y a morfar tranquilamente como cuatro grandes pelandrúnes.

BACHARRA: ¡Tiene razón el doctor!...

(*Desde esta parte adoptarán los cuatro gran arrogancia. Es necesario que todo esto se haga con la mayor gracia y naturalidad posible si se quiere darle animación al cuadro. Empiezan las ceremonias.*)

MINGO (*a Maceta ofreciéndole asiento:*) ¡Doctor!...

MACETA (*rebusando con extremada cortesía:*) De ningún modo, doctor.

BACHARRA (*simultáneamente con los otros y rebusando a su vez el ofrecimiento de Peña:*) Haga el obsequio.

PEÑA (*sentándose:*) ¡Perfectamente, doctor! (*Se sientan todos con gran aparatosidad.*) Y vayan sirviéndose de lo que gusten nomás. Hagan de cuenta...

MINGO (*a Maceta:*) ¿Usté no bebe, doctor? (*Ofrece un vaso.*)

MACETA: Muchísimas gracias. (*Rebusando.*)

BACHARRA (*insistiendo:*) Pero un poquito doctor no le va hacer daño... Esto es extra fino superior, pura uva insuperable.

MACETA: ¡Vaya! Por no desairarlos... (*Bebiendo fuerte.*)

MINGO: ¡Hasta luego... Ortiz Basualdo!... (*Beben todos.*)

PEÑA (*a Bacharra:*) ¿Y usté mi distinguido cólega qué tal lo encuentra, qué tal?

BACHARRA: Yo doctor: ¡altamente respetable!... pero (*aquí un gran ronquido*) pasando a nuestro asunto y hablando re...gular (*con mucha erre*) y categóricamente, ¿qué opina usté doctor Peña del futuro movimiento electoral?

PEÑA (*con el mismo tono:*) Yo doctor, en re...alidad no podría en esta materia, batirle mi opinión, por motivos arbitrarios y fortuitos que me obligan a espantar del territorio

TODOS (*aplaudiendo:*) Muy bien, doctor...

PEÑA (*volviendo al tono natural:*) Así ¡batía el Tano Roque cuando lo hicieron chamuyar en el Victoria!

BACHARRA: Ha estao bien; eche otro trago. (*Le sirve otra copa.*)

PEÑA (*brindando*): ¡Felicidá don Benito!

BACHARRA: ¡Se le saluda, Roldán!

MINGO (*a Maceta*): Y usted doctor ¿qué mi cointas? de tu vida interesante, ¿qué mi cointas?

MACETA: Que ya estuvo dominao el movimiento y de esta he-cha saldrán a cantar canarios y cardenales pa afrontar la situación en todo trance. Y vamos a cantar...

BACHARRA (*medio ebrio ya y golpeando una botella sobre la mesa*): ¡Macanas!... ¡Quién va a cantar! A quién ¡le van a cantar!

MACETA: ¡A la guita! (*Mucho ruido.*)

BACHARRA: ¿A la guita? Entonces sí. ¡Cantémosle a la guita, que eso es lo principal!

TODOS (*cantando en coro con mucha algazara*):

Dejémonos de grupos  
y vamos a escabiar  
que de arribeño vienen  
las copas de champan.  
Cantémosle a la guita  
que eso es lo principal.  
Cantémosle a la guita  
que es ella quien nos da  
consuelo y alegría  
amor y libertá.  
Que es ella quien nos da  
consuelo y alegría  
amor y libertá.

(*Al cesar el canto se oye fuera el ruido del automóvil que se ha detenido en la puerta de calle.*)

PEÑA: “¡Atenti ai vredi!” muchachos, que hay barullo en la persiana.

(*Todos se levantan arreglando ligeramente los cubiertos, que como es natural, habrán quedado en el más completo desorden.*)

BACHARRA: ¿Son ellos?

PEÑA: ¡Ya están aquí! ¡Así que a desplegarse súbito. Vos aquí con Maceta. (*A Mingo señalándole la puerta izquierda y luego a Bacharra.*) Y nosotros dos aquí. Y ya lo saben... nadie se mueva hasta que yo diga: ¡vamos! y cuando yo mande atropello (nada de furcas) ¡biaba limpia, y desvalijo general! (*Todo esto muy rápido. Colócase con Maceta detrás de la puerta derecha y los otros dos detrás de la izquierda. Ruido violento y algazara general de los que llegan.*)

### Escena III

EL INGLESITO, CAPURRO, LA PICHONA y JUANITA.

INGLESITO (*rezongando desde afuera*): ¿Y por qué no habrá venido a abrir ese grandísimo vago? (*Entran en desorden. Juanita detrás temerosa y como queriendo resistirse a entrar.*)

CAPURRO (*al ver el desarreglo de todo aquello y al reparar en El Curda*): ¡Uff!... ¡Manyalo al curdelón!...

INGLESITO (*sacudiéndolo con enojo*): ¡Pero qué es esto! Che, atorrante, che.

CAPURRO: ¡Y cómo se la ha pillao!

INGLESITO (*con más enojo y golpeándolo brutalmente*): Se conoce que no te cuesta nada el escabio... ¡Y tanta que le he recomendao!... ¡Che!

CAPURRO: ¡Y qué le pegás ahora! Dejalo que apoliye, si con la curdela que tiene ni Dios le abre los ojos.

INGLESITO (*mirando alrededor y cruzando los brazos en ademán de desagradable sorpresa*): ¡Pero es de sinvergüenza

este atorrante! Vaya uno después a tenerle confianza a estos grapines.

CAPURRO: Y bueno, morfaremos de lo que haiga.

INGLESITO: ¿Qué más remedio?... Pero decí si no está como pa mandársela por la cabeza. *(Tomando una botella y amenazándolo con rabia.)*

CAPURRO *(conteniéndolo)*: ¡Y qué vas a hacerle!

INGLESITO: Pero mirá: date cuenta.

CAPURRO: ¡No hay más que se encurdeló con el otro y se han agarrao a golpes!

INGLESITO *(a Juanita que se ha quedado aparte; retraída y con mal gesto)*: ¿Y vos? ¿Qué es eso? ¿Tuavía seguís mequinando el bulto? *(Es de hacer constar que aquí vienen las mujeres con trajes flamantes y grandes sombreros.)* Pero vení, vení p'acá y acabá de sentarte en la retranca, que de lo que hay, vamos a morfar pa que se te pase el susto. Sentate pué. *(Mientras le va diciendo esto la toma de un brazo duramente obligándola a sentarse. Ella con la vista gacha, sigue temerosa y desconfiada.)*

CAPURRO *(a la Pichona que se habrá sentado al lado de la izquierda junto a éste y frente a los otros dos)*: ¿Y vos también te has puesto seria? ¿Qué tenés?

PICHONA *(con cierto reconcentrado temor)*: Es que la veo a ella como asustada y pienso que...

CAPURRO: Ya sé lo que pensás... pero no vengás con tanta floritura que aquí no se cantan tristes ¿me entendés?... ¡Morfá y dejate de grupos!...

INGLESITO *(a Juanita como el actor juzgue oportuno)*: ¡Y sigue la trompa! ¿No decís nada? Tomá. Servite y morfá vos también; y olvidate de la mugre, que aquí estás en tu casa ¿man-yás?, en tu casa, porque este bulinaje es tuyo, tuyo, de propiedad. Y por lo tocante al otro pelandrún dejámelo por mi cuenta, ¡no te aflijas! dejámelo; que ande quiera que lo en-

cuentre a tiro, me caiga muerto que lo fajo a puñaladas, y como hay Dios que lo fajo pa que no sea zonzo y roñoso... *(Amenazando.)*

#### Escena IV

DICHOS, PEÑA, BACHARRA, MINGO y MACETA.

*(En el preciso instante que dice el Inglesito las últimas palabras, Peña que ha estado observando y oyéndolo todo, sale de su escondite, y todos a un golpe se abalanzan sobre el Inglesito y Capurro sin que éstos tengan tiempo de enterarse de lo que ocurre. Entre Peña y Bacharra lo asaltan al Inglesito, previa una bofetada que recibe éste del primero y al propio tiempo que recibe Capurro una segunda de igual calibre de mano de Maceta quien lo asalta en compañía de Mingo. Con gran espanto y gritos de las mujeres se arma el desbarajuste general; previéndose que el golpe debe ser rápido y oportuno. Las actrices especialmente pongan todo el espanto o miedo que sean capaces de crear en tan difícil situación. Lo demás queda encomendado al juicio de los actores.)*

PEÑA *(al tiempo de aplicarle el bofetón)*: ¡A quien vas a fajar!...

BACHARRA *(lo sujeta fuertemente por los brazos. El Inglesito forcejea atolondrado pero tenaz en el propósito de desasirse de él)*: ¡Qué hacés fuerza!... ¡Qué hacés!...

PEÑA: ¡No patiés, porque te clavo! *(Le pone el cuchillo a la altura del pecho con intención de rendirlo.)*

MACETA *(que lo sostiene a Capurro. Simultáneamente)*: ¡Vení acá. Vení acá que aquí te vamos a enseñar biabas de lujo! ¡Batidor! *(Entre Mingo y Maceta se lo llevan a tirones por la puerta izquierda donde se supone que lo desnudan.)*

*(El Curda como es natural, insensible a todo lo que ocurre, sigue cloroformado en su sitio.)*

PEÑA *(a los otros mientras registra al Inglesito sacándole cuanto tiene en los bolsillos): ¡Métnle opio hasta aturdirlo! (Bacharra le pasa cloroformo a lo que el Inglesito se resiste; ocasión que aprovecha aquél para golpearle con la mano en la cabeza y dominarlo en absoluto. Juanita confundida de terror, conjuntamente con la Pichona estarán colocados en el primer término costado izquierdo. Antes trataron de huir pero Peña en el primer momento ha cerrado estrepitosamente la puerta del foro impidiendo la salida por todas partes. Al sacarle del bolsillo interior del saco un rollo grande de billetes.) ¡Este aquí, aquí está el paco, Bacharra!...*

*(Con el dinero en una mano y el cuchillo en la otra se dirige hacia el grupo que forman Juanita y la Pichona, con repulsivo gesto.)*

JUANITA *(que le reconoce y echándose a sus pies en un supremo arranque de dolor y de sorpresa): ¡Ah! ¡Peña! ¿Sos vos?... Perdón, por Dios perdoname Peña...*

PEÑA *(duro en la voz y con ademán resuelto): Que te perdone ahora, ¿eh? Lo que debía hacer es matarte, grandísima arrastrada. Atravesarte el corazón sin asco pa que aprendieras a respetar al hombre.*

PICHONA *(suplicando locamente y sujetándolo del brazo. Al mismo tiempo): ¡Oh, no Peña!... ¡por favor! ¡por lo que más quieras en el mundo! ¡No! (Bacharra entretanto le habrá sacado al Inglesito el saco, de cualquier manera y lo ha arrojado en mangas de camisa y de un brutal empujón por la puerta derecha. El Inglesito cae pesadamente lanzando un grito. Por la puerta izquierda salen Maceta y Mingo con las*

*ropas de Capurro, y esperan a Peña dispuestos a marcharse.)*

Y llévenos de aquí que vamos a volvernos locas.

PEÑA *(con indignación): ¿Que las lleve? ¿Y pa qué las quiero ya? ¿Acaso vine por ustedes?... ¡No, no he venido por ustedes!*

JUANITA: ¿Y vas a dejarnos solas?...

PEÑA: ¿Solas?... ¿No tienen allí a sus hombres?

JUANITA: ¡Oh no Peña! ¡Por tu vida! ¡que te quiero! ¡te quiero con toda el alma!

PEÑA *(con gran sarcasmo y mostrando el dinero): ¡Qué has de querer! ¡desgraciada! ¡Qué has de querer!... Vos no has querido a nadie en la vida. Lo que quisiste siempre es esto: ¡la guita! ¡Pero esto ya está conmigo! Ustedes se divertieron ¿eh?... ¿se divertieron mucho? (Con dolorosa intención.) ¡Mucho! Pero ahura nos vamo a divertir nosotros... (Volviéndose a los otros y marchándose con ellos por el foro, cerrando la puerta tras de sí.) ¡Bacharra! ¡Ya se puede cantar gloria! (Se van cantando con tonada triste esta canción que se irá perdiendo paulatinamente.)*

¡Cantémosle a la guita,  
que es ella quien nos da  
consuelo y alegrías  
amor y libértá!

JUANITA *(al empezar el canto, con desesperación suprema): ¡Y se va!... ¡Peña! ¡Peña!*

PICHONA *(igual que Juanita): ¡Por favor! ¡Peña!...*

JUANITA *(las dos simultáneamente y golpeando la puerta en voz de auxilio): ¡¡Peña!! ¡¡Peña!!*

TELÓN